



**UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA**

**Participación socio-política y construcción de identidad de
género en mujeres pobladoras de La Victoria.**

Memoria para optar al título de socióloga

**ESTUDIANTE TESISISTA: Fernanda Palacios Sepúlveda
PROFESOR GUÍA: Klaudio Duarte**

Santiago de Chile

Agosto, 2008

Agradecimientos

Quiero agradecer a todas las personas que me apoyaron durante este proceso con su cariño, confianza, tiempo y sugerencias: mi familia, amigos, y a Lucho, mi compañero.

Quisiera agradecer a Rocío Plaza, por ayudarme con los contactos para las entrevistas y a todas las mujeres de La Victoria que accedieron a recibirme en sus casas y compartir parte de su historia.

Agradezco también a Klaudio Duarte, mi profesor guía, por su dedicación, confianza en mi trabajo y porque sus preguntas fueron claves para producir este trabajo.

Resumen

La investigación que se presenta a continuación se inscribe en la temática de la participación sociopolítica de mujeres, y su relación con la construcción de identidad de género. Esta investigación aporta a la descripción de algunos ejes importantes dentro de la participación sociopolítica, como las motivaciones de la participación, roles de género que se asumen en las organizaciones, los efectos que ella produce en las mujeres.

El estudio se realizó con mujeres de La Victoria, que participan en diversas organizaciones sociales y políticas dentro la población. Se optó por este lugar pues existe en ella una tradición de participación que determina un marco importante para comprender las características y efectos que asume tanto en la experiencia participativa de estas mujeres como en la construcción de su identidad.

La relevancia de la investigación está dada tanto a nivel teórico, respecto de actualizar la reflexión y discusión acerca de las participaciones socio-políticas de las mujeres pobladoras y sus características y énfasis distintivos; como también a nivel político, puesto que tiene una incidencia directa en cómo es entendida la realidad por los sujetos y sujetas, y como ésta cambia mediante su participación práctica en la que se éste se materializa.

Índice

Introducción	6
1. El tema de Investigación: Participación socio-política de mujeres pobladoras e identidad de género	6
2. Motivaciones que originaron la investigación	9
2.1 Motivaciones personales	9
2.2 Motivaciones contextuales	10
3. Antecedentes	11
3.1 Un concepto de participación socio-política	11
3.2 La participación socio-política de las mujeres pobladoras	13
3.3 La participación socio-política de las mujeres de la población La Victoria	15
3.4 Objetivos de la Investigación	17
3.5 Relevancia de la investigación	18
4. Estrategia Metodológica	19
4.1 Tipo de estudio y enfoque metodológico	19
4.2 Técnicas de producción de información	20
4.3 Muestra	21
4.4 Estrategias de análisis de la información	22
5. Estructura del texto	23
Capítulo 1: Motivaciones e intensidad de la participación socio-política de las mujeres de la población La Victoria	24
1. El contexto como marco de la participación socio-política de las mujeres pobladoras	24
2. Motivaciones de la participación socio-política de las mujeres de La Victoria	28
2.1 Motivaciones culturales: el peso de ser mujer y la tradición participativa	38
2.2 Motivaciones sociales/reivindicativas: la inequidad del sistema social	38
2.3 Motivaciones personales: entre el afecto y la distracción	40
3. Contexto, motivaciones e intensidad de participación de las mujeres	44
Capítulo 2: Roles que asumen las mujeres en las organizaciones	53
1. El “ellos” y el “nosotras” en las organizaciones	53
2. Las mujeres en La Victoria: de la base a la dirigencia	64
Capítulo 3: Efectos de la participación: el camino hacia una nueva identidad de género	70
1. Efectos personales	71

2. Efectos en el sentido de totalidad	76
3. Efectos culturales	79
4. Efectos e identidad de género	83
Capítulo 4: “Ser Victoriana”	87
1. Los otros	88
1.1 ¿Quiénes somos para los otros?	88
1.2 ¿A quiénes somos distintas?	93
2. ¿Cómo son las victorianas?: la relación entre los otros, la cultura y los objetos	96
Capítulo 5: Conclusiones	107
Bibliografía	116

Introducción

1. El tema de investigación: Participación socio-política de mujeres pobladoras e identidad de género

La categoría género alude a la construcción social y cultural de la diferencia biológica que hacen las sociedades, la cual constituye una de las principales formas de diferenciación y estratificación que éstas hacen. En su dimensión social, el género no sólo configura determinados tipos de relaciones sociales, sino también define y delimita espacios de acción para cada uno de los sexos, establece entonces división sexual del trabajo, que estructura una distinción entre una esfera reproductiva, propiamente femenina y una productiva de dominio masculino (Valdés y Fernández: 2006). La esfera reproductiva se identifica con el trabajo que se realiza preferentemente en el hogar y que remite principalmente a las tareas domésticas y cuidado y crianza de los hijos; y la esfera productiva que se identifica con el trabajo de producción de bienes y servicios que son retribuidos económicamente (Lagarde en *ibid*). La división sexual del trabajo fija límites a la participación pública de las mujeres, restringiendo su campo de acción básicamente a lo doméstico, a la esfera privada.

Debido a esto, reviste de un especial interés para los estudios de género abocarse a profundizar en ámbitos y procesos sociales en los cuales las mujeres se integran a los espacios de los cuales han sido tradicionalmente excluidas. La participación social y política les permite participar- no sin conflictos y resistencias- involucrarse, parcial y gradualmente, a la vida pública donde se define cómo se estructura y organiza la vida social.

Ahora bien, es muy importante aclarar que los alcances de la participación femenina no sólo dependen del contexto en que ella se exprese, sino también del grupo social al que hagamos referencia, ya que si bien al hablar de “mujeres” consideramos la condición

básica de subordinación y exclusión de ciertos espacios sociales, definidos por la sociedad patriarcal, también es cierto que no es lo mismo estudiar la participación de mujeres en movimientos sociales populares, que en movimientos sociales populares de carácter étnico, o en movimientos sociales de mujeres que pertenecen a las élites de la sociedad. Los significados, sentidos, problemáticas e implicancias de ésta, lo mismo que los objetivos y su relación con la política institucional, pueden variar y adquirir distinta relevancia según el grupo o categoría social al que hagamos alusión.

Así, por ejemplo, en la participación socio-política de las mujeres que pertenecen a alguna etnia, la resistencia cultural por mantener y modificar su cosmovisión del mundo; la tensión que se presenta en los derechos individuales y los derechos de la comunidad; la relación que se establece con el Estado-Nación y la importancia de las labores productivas, cobran mayor relevancia en el análisis que al referirnos a la participación de mujeres que no pertenecen a estos grupos (Millán, 2006). En otro caso, entre las mujeres que pertenecen a las élites culturales y económicas de sus países, se observa que ellas poseen una conciencia de género mucho más desarrollada que, por ejemplo, las de sectores populares, la cual a medida que ellas se van incorporando y participando en las estructuras políticas e institucionales tiende a diluirse y masculinizarse; si bien su propia condición de clase les abre más posibilidades para acceder a este tipo de esferas, no las libera de la subordinación dentro de ella, y una vez insertas en las estructuras a las que tuvieron acceso, tienden a replicar de forma mucho más clara la lógica de participación masculina; este conflicto es central a considerar cuando se trata la participación femenina de este grupo social (García, 1994).

De este modo la participación de mujeres de sectores populares, que aquí acotaremos exclusivamente a pobladoras, también tiene características que la distinguen, lo que no quiere decir que las características que se presentan en los distintos grupos sociales sean excluyentes y que las de unas no puedan sucederse en el otro, sino más bien apuntamos al hecho de que asumen diferentes matices y variantes.

La experiencia participativa de las pobladoras ha sido destacada por el efecto reproductivo que produce de la estructura básica que impone el sistema de género entre lo reproductivo-doméstico-femenino y lo productivo-público-masculino. Varios estudios tratan acerca de cómo estas mujeres asumen las tareas reproductivas en los movimientos u organizaciones a las cuales se incorporan, las cuales si bien son vitales para su mantenimiento, no alcanzan la misma notoriedad y poder que las funciones y cargos que asumen los varones. Sin embargo, hay que destacar que las investigaciones no sólo dan cuenta del carácter reproductivo de esta participación femenina sino también de su componente transformador: “la participación de las mujeres en el mundo del barrio, ligada en su origen a la satisfacción de las necesidades reproductivas de la familia puede llegar a tener implicancias complejas y subversivas de las formas de organización y del orden tradicional” (Jelin, 1987: 322).

Este componente transformador puede actuar en distintas dimensiones, afectando desde la lógica de acción del movimiento u organización, sus objetivos, contenidos y relación con diversas estructuras sociales, políticas e institucionales, hasta modificando las propias relaciones sociales que se establecen y las concepciones subjetivas que las participantes tienen de ellas mismas y los (as) otros (as).

Para diversos autores (Jelin 1987; Campero 1987; Valdés: 2000) la experiencia participativa de las mujeres pobladoras, tanto en movimientos sociales populares como en diversas organizaciones sociales de base, no sólo tiene importantes efectos sociales y políticos, sino sobre todo tiene implicancias culturales, pues modifica su concepción de ser mujer. Así, la participación socio-política femenina adquiere características más innovadoras de lo que se piensa, “...la distorsión consiste en considerar a la participación femenina como más conservadora de lo que realmente es; la pérdida, en no percibir la ambigüedad contenida en la participación de la mujer que, a pesar de hacerse en nombre del papel más tradicional, representa justamente una salida hacia fuera de la esfera que se usa como medio de legitimación” (Caldeira, 1987: 98).

En la presente investigación nos abocaremos justamente a este espectro más cultural de las implicancias de la participación socio-política de las mujeres pobladoras, viendo como ella modifica y (re)construye una nueva concepción de ser mujer y de, por tanto, como ella interfiere en la construcción de su identidad de género.

2. Motivaciones que originaron la investigación

2.1. Motivaciones personales

Siempre he pensado y sentido que, durante mi etapa universitaria interactué en un ambiente bastante masculino, donde siempre me generó incomodidad la tensión entre el supuesto progresismo -discursivo por cierto- de las Ciencias Sociales y sobre todo de la Sociología, respecto a los temas género y las prácticas concretas, que tanto en lo más estrictamente académico como en el plano más cotidiano de la vida universitaria en la Facultad se desarrollaban en el tópico más conservador del espectro. En este contexto, desde lo académico eran casi nulas las posibilidades de acercarse a la temática del género porque, por un lado, no existían los espacios -ni las personas- para hacerlo y, por otro, porque en caso de llegar a intentarlo, había que estar dispuesta a cargar con cierta “sanción social” de no estar a la altura de los “grandes temas de sociología”, y pasar a ser una mujer que se ocupa de temas de mujeres.

Tuvieron que pasar algunos años para que, en primer lugar, se abrieran espacios en la Escuela de Sociología, y en segundo lugar, para que mi propia práctica profesional me fuera mostrando la necesidad de manejar la temática de género. Con un mero propósito profesional llegué a cursar un Diplomado en Género y Políticas Públicas, que en su andar fue reactivando ciertas cuestiones que siempre me llamaron la atención durante mi etapa universitaria y que ahora como tesista podía transformarlas en un problema de investigación. Una de ellas era el cómo se daba la participación de las mujeres en distintos tipos de organizaciones sociales y políticas del movimiento universitario, los

roles que asumían y conflictos a los cuáles se enfrentaban. Siempre me pareció curioso que “los compañeros” proclamaran una transformación social donde “sus compañeras”, seguían ocupando el rol tradicional de “la compañera del hombre libre” y que las dirigencias, las discusiones acaloradas, y el “núcleo político” del movimiento estaba reservado mayoritariamente para los “íconos revolucionarios”, masculinos evidentemente. Sin embargo, me parecía que esa podía ser una realidad muy propia de mi círculo de referencia, por lo que empecé a indagar acerca de la participación social y política de las mujeres en otros grupos sociales. Esta búsqueda me llevó a constatar la alta presencia de mujeres en diversos movimientos sociales en Chile y América Latina; entre ellos la presencia de mujeres, según las investigaciones, era bastante significativa dentro los movimientos poblacionales. Así, fruto de un interés bastante vivencial, sumado al interés académico por los movimientos sociales que siempre tuve mientras cursé la carrera de Sociología, logre ir configurando un problema de investigación.

2.2. Motivaciones contextuales:

Durante el gobierno de esta presidenta, han surgido varios debates y cuestionamientos acerca de la participación de las mujeres en el espacio público, se ha hablado de los tipos de liderazgos que ponen en prácticas las mujeres, de las dificultades que enfrentan las mujeres en política y se ha debatido en general acerca de los cambios y efectos culturales que provocaría esto. El hecho de que una mujer haya alcanzado el cargo político más importante del país, se presenta como algo inédito que consagra la incorporación de la mujer a ciertos espacios sociales en los cuáles históricamente ha existido mayor presencia masculina. Sin embargo, la participación social y política de las mujeres en nuestro país no es un hecho espontáneo ni reciente, no obstante el contexto actual, se presenta como un escenario propicio y estimulante para tratar estas temáticas.

3. Antecedentes

3.1. Un concepto de participación socio-política

Antes que todo resulta oportuno detenernos en explicar brevemente porque aquí hemos optado aquí por referirnos a la participación socio-política de las mujeres.

Suele considerarse en nuestro país que la participación de la política de las mujeres se presenta como problemática, pues ella se vincula al menor acceso a los puestos en el poder institucional. Afirmar este hecho parte del supuesto que la única forma de participación política es través de los partidos políticos, cuestión que tal como sostiene Baño se presenta como una enorme dificultad, pues “nada determina que la participación política sólo se pueda ejercer a través del sistema de partidos, ni nada impide que a través de los partidos se realice una participación que no sea estrictamente política” (1998:23). A lo que apunta este autor es que en ningún caso el órgano a través del cual se realice la participación, determina el tipo de participación que realiza (op.cit).

Según Garretón, en Chile, “la política” ha quedado definida en lo partidario, hecho que ha traído como implicancias el que “...tiendan a excluirse otras formas de participación y representación que no pasen por el canal político” (1990:19). Garcés¹ también se refiere a este hecho, señalando que a pesar de la centralidad del sistema partidario en lo que respecta a participación política, esto no implica que existan otras formas de este tipo de participación, ni que la participación política sólo pueda darse a través de la vía institucional, ni muchos menos que las otras formas de participación (como por ejemplo, la social), no tengan implicancias en lo político.

¹ Entrevista 19 Julio 2006. Lo político y lo social en: <http://www.voltairenet.org/article141723.htm>. Fecha de consulta: 15/05/2009

Como efectivamente las mujeres han tenido y tienen menos acceso al poder, su participación en “lo público” ha quedado relegada mayoritariamente a “lo social” y lo “comunitario”. Pero tal como se ha señalado, nada implica que esa participación no sea también política o no tenga implicancias políticas. Sobre todo, afirmar que la participación de las pobladoras es sólo participación social o comunitaria, y negar las implicancias políticas que ésta ha tenido sería desconocer parte de la historia de nuestro país.

A esto se suma el hecho que si bien las mujeres pueden no participar de la política institucional tanto como los varones, esto no significa que ellas no se interesen por el contenido de la política: “el interés de la mujer no por la política o la economía en términos abstractos, sino por los temas de que se ocupa la política (educación, salud, costo y calidad de vida, etc.), no es más bajo que el de los hombres” (Garretón, 1990: 4).

Lo expuesto hasta acá entonces nos sirve para clarificar que en esta investigación hablaremos de la participación social y política (socio-política) de las pobladoras, pues nos interesa abordar el fenómeno de las participaciones “públicas” de las mujeres, y consideramos que éstas pueden tener elementos tanto de participación política como social.

Lo anterior implica a su vez que el tipo de organización no determina el tipo de participación que presenten estas mujeres. En adelante entonces nos referiremos a la participación de estas mujeres como socio-política.

3.2. La participación socio-política de las mujeres pobladoras

Con la crisis económica del '30, se comenzó hacer patente el agotamiento del régimen agrario que imperaba en América Latina. Este hecho trajo aparejado un explosivo proceso migratorio campo-ciudad, que provocó una expansión descontrolada de la urbe. El Estado Nacional Popular presentaba poca capacidad y maniobrabilidad para cumplir las expectativas de integración social que demandan los grupos de inmigrantes. Este proceso migratorio - que alcanzó su máxima expresión en la década de los '50 - generó un fenómeno de marginalidad, constituyendo bolsones de pobreza en las distintas ciudades latinoamericanas.

La insatisfacción de estos grupos y sus demandas de incorporación, donde el tema habitacional constituía uno de los mayores estandartes, dio paso a movilización social que se expresó en lo se denominó movimientos barriales o movimiento poblacional. Se comenzaron entonces a expandir en las distintas ciudades latinoamericanas una serie de acciones orientadas a satisfacer las carencias de estos actores(as); aquella que más caracterizó a estos movimientos fue las “tomas de terreno” que buscaban presionar al Estado para dar solución definitiva a sus problemas habitacionales.

Las investigaciones realizadas -principalmente en América Latina- en la década de los '80 referida a los movimientos poblacionales, dan cuenta que la participación femenina tanto en la acción misma de las “tomas de terreno”, como en la lucha de resistencia posterior a ella, y luego en la etapa de construcción y consolidación del barrio, y en otras labores desarrolladas, había sido imprescindible para conseguir los objetivos del movimiento (Jelin, 1987). Sin embargo, a pesar de la explosividad de la participación femenina, y de que ella mostraba un alto compromiso con el movimiento, a medida que se iban cumpliendo las metas esta tendía a diluirse.

Ante la emergencia y la necesidad, las mujeres volvían a participar de la movilización popular y tendían a concentrar su accionar en distintas organizaciones de base. Así durante el período dictatorial que azotó Latinoamérica durante la décadas del '70 y '80, las mujeres volvieron a tener protagonismo en la escena social. Los estudios de género realizados en aquellos años prestaron principal atención es describir cómo se daba la participación social y política de las mujeres populares pobladoras.

Respecto de la participación de estas mujeres durante aquellos años, podemos destacar los siguientes aspectos: (Jelin, 1987; Cepal: 1984; Fuentes: 1992)

1. Está motivada principalmente por el objetivo de cubrir necesidades materiales y asegurar la reproducción de la unidad doméstica.
2. Por tanto, su participación no se da en relación con su participación laboral, sino como ama de casa.
3. A pesar de presentar altos niveles de compromiso y presencia en la organización, tiende a ser invisibilizada, dejando a los varones los cargos de representación y dirigencias.
4. Ésta tiende a acotarse al ámbito comunitario y es percibida por las mujeres como algo totalmente distinto de “la política”.
5. Encuentra fuertes resistencias culturales, entre las que destaca el machismo y la negativa de sus parejas a participar de las actividades públicas.
6. Hay indicios de que su participación tiene un efecto ideologizador sobre las mujeres, respecto de su conciencia de clase y por tanto en la construcción de una identidad social común.

En Chile, que con variantes vivía la misma realidad descrita para el resto de América Latina, la participación de mujeres pobladoras en el movimiento antidictatorial cobró una alta relevancia. Las investigaciones realizadas durante esa época dan cuenta que además de las características antes mencionadas, la presencia femenina tendía a concentrarse en organizaciones sociales de base de sobrevivencia económica, de carácter autónomas o bajo el alero de la iglesia católica. También surgió como un hecho relevante el que la experiencia organizativa más allá de producir cambios en la conciencia social de estas mujeres, estaba abriendo espacios para producir cambios en los roles y concepción del ser mujer (Campero: 1987).

3.3. La participación socio-política de las mujeres de la Población La Victoria

En Chile, uno de los casos emblemáticos dentro de los movimientos de pobladores la constituye la población La Victoria. Esta población emerge de una toma de terreno (la primera realizada con éxito en América Latina), realizada por varias familias pertenecientes a diversos sectores de lo que en esos años era conocido como el Zanjón de la Aguada.

En ella, al igual que los que hemos descrito en la sección anterior, la participación femenina fue activa desde la acción misma en que se tomaron los terrenos. En el libro “La Victoria: rescatando su historia”, material bibliográfico y periodístico constituido a partir de diversos testimonios de pobladores de La Victoria, se destaca cómo la presencia de las mujeres siempre ha sido una constante en las distintas organizaciones de la población.

Durante el período fundacional se destaca la presencia femenina en las acciones de resistencia al desalojo de los terrenos, y en las distintas iniciativas orientadas a organizar a la población e iniciar el proceso de asentamiento. Se destaca el hecho que las mujeres

se incorporaron en distintas labores de construcción, tareas generalmente atribuidas a los hombres.

Entre el período fundacional y el golpe militar la presencia femenina sigo siendo activa, este hecho estuvo, sobre todo, marcado por las políticas de institucionalización de la organización popular y fomento de la participación social. Más allá de lo cuestionable que puedan ser los enfoques de los gobiernos respecto del fomento de la participación de mujeres, es indiscutible el hecho que efectivamente significó un proceso de inversión social respecto de un aprendizaje en este ámbito.

Durante la dictadura las mujeres en esta población nuevamente se constituyen como un fuerte bloque de resistencia. Además de organizarse para protegerse de la represión que vivían los pobladores, asumen un rol activo en la organización para enfrentar las diversas consecuencias traídas por la crisis económica que vivía el país en ese entonces.

La presencia femenina en el mundo social y en las organizaciones de distinto tipo ha caracterizado a esta población, de hecho es relevante destacar el hecho que actualmente dos pobladoras de La Victoria hay llegado alcanzar los puestos de mayor importancia a nivel del gobierno local (a través de votación popular), una de ellas como alcaldesa y la otra como concejala.

Todos estos antecedentes referidos a la alta participación social y política en la población, nos hicieron interesarnos en indagar qué es lo que sucedía con las mujeres, cuándo han tenido históricamente presencia en “lo público”, y cuándo las condiciones objetivas también se han modificado para ellas.

Según datos referidos a la comuna en que se ubica esta población, en el Censo del 1992, las mujeres que únicamente contaban con educación básica representaban un 46%. En 2002 esa proporción ha disminuido a un 37%. En 1992, sólo el 9% de las mujeres

accedía a la educación superior, y en 2002 este porcentaje llega al 15%. En el caso de mujeres que han cursado únicamente hasta educación media el porcentaje aumentó de 38% al 41%. En 2002 el 38% de las mujeres de esta comuna participan en la fuerza laboral; en 1992 esa cifra era de 30%. Las cifras anteriores ubican a Pedro Aguirre Cerda en el lugar 57 de las comunas según la participación laboral de mujeres del país. El año 92, un 29% de los hogares era encabezado por una mujer, el año 2002 es un 38%, ubicando a Pedro Aguirre Cerda en el lugar 13 del ranking según la proporción de hogares con jefatura de hogar femenina². La mujer pobladora más educada y con más posibilidades de acceso al modelo cultural imperante, comienza a compartir códigos de comportamiento y significación que no son necesariamente los que definían el modelo cultural del “ser mujer pobladora” de las etapas anteriores.

En base a estos antecedentes revisados, la pregunta de investigación queda acotada a:

¿Cuáles son las características actuales de la participación socio-política de las mujeres de la población La Victoria, respecto a su identidad de género?

3.4. Objetivos de la investigación

Objetivo general:

Caracterizar la participación socio-política de mujeres de la población La Victoria, respecto de su identidad de género.

Objetivos específicos

a. Indagar en los distintos factores que motivan la participación socio-política de las mujeres de la población La Victoria.

² Datos en www.pedroaguirrecerda.cl, Fecha de consulta 31/04/2009.

b. Indagar en los roles que asumen las mujeres cuando participan en organización sociales y/o políticas.

c. Indagar en los efectos sociales, culturales y personales que ha traído aparejada la experiencia participativa en estas mujeres.

d. Indagar en los efectos que la experiencia participativa de estas mujeres tiene en la construcción de su identidad de género.

3.5. Relevancia de la investigación

La *relevancia teórica* radica en que consideramos importante actualizar la reflexión y discusión teórica acerca de las participaciones socio-políticas de las mujeres pobladoras y sus características y énfasis distintivos, la cual tuvo su mayor apogeo durante la década de los '80, época desde la cual es posible constatar una pérdida de centralidad. Debido a las transformaciones sociales que se han desarrollado a la fecha, los hallazgos encontrados en aquella época requieren ser revisados, analizados, discutidos y contrastados en el nuevo contexto; e indagar de qué manera cuestionan las categorías de género operantes en nuestra sociedad actual.

A su vez estos procesos sociales, así como tiene una incidencia práctica en la que se éste se materializa, también incide directamente en cómo es entendida la realidad por los sujetos y sujetas, y como ésta cambia mediante su participación. De esta consideración se desprende la *relevancia política* de esta investigación, pues consideramos que actualmente en el país - si bien hay una gama diversas de agrupaciones, coordinadoras, colectivos y ONG'S de tendencia feminista, o que no declarándose feministas tienen como principal objetivo mejorar la situación de las mujeres en nuestra sociedad - aún los intentos por trabajar en conjunto y lograr articularse en un movimiento de mayor envergadura que permita constituirse en un actor social y político, han sido

infructuosos. Sin duda, gran parte de la imposibilidad que ello suceda se debe a que, ni dichas organizaciones, ni las mujeres que pertenecen a ellas, ni menos a las que buscan representar, son iguales y tienen los mismos intereses y objetivos políticos; la condición de género que comparten no las convierte en ningún caso en un grupo homogéneo que en forma automática permita definir ni el contenido de sus demandas, ni los cursos de acción a seguir. Esclarecer por tanto las formas diversas que asumen la participación social y políticas de las mujeres, puede ayudar a identificar elementos que si bien pongan de manifiesto las diferencias -también reconociéndolas - permita construir puentes para trabajar en conjunto y lograr una mayor incidencia en el campo no sólo político, sino también social y cultural que modifique favorablemente la condición femenina.

4. Estrategia metodológica

4.1. Tipo de estudio y enfoque metodológico

De acuerdo a las características del objeto de estudio y de los objetivos planteados, se ha optado por realizar una investigación de carácter *exploratorio-descriptivo*. Este tipo de investigación permite acercarnos a nuestro objeto de estudio tentativa y abiertamente, sin intentar acotarlo determinadas categorías conceptuales establecidas a priori, ya que éstas sólo sirven como marco referencial (Kerlinger, 1983). El carácter exploratorio del estudio se sustenta en la constatación de la escasez de material actualizado sobre la participación socio-política actual de mujeres pobladoras en Chile; la mayor parte de información disponible consiste principalmente en investigaciones y documentos escritos durante la década de los '80.

Respecto del enfoque metodológico se ha optado por la utilización de una metodología cualitativa, ya que ella nos permite comprender los significados y sentidos que las mismas sujetas, las mujeres de La Victoria, le dan a su participación. Este enfoque nos

parece el más indicado si lo que se busca comprender los fenómenos desde la propia perspectiva de los actores sociales, privilegiando los procesos subjetivos de significación de la realidad de los sujetos o grupos estudiados.

4.2. Técnicas de producción de información

En esta investigación utilizamos la entrevista en profundidad como técnica de producción de información. Optamos por ésta técnica debido a que una de las principales funciones que se le atribuye es comprender las perspectivas que los propios informantes tienen de sus experiencias, lo cual se consideró más pertinente a los fines de esta investigación: “Entre las funciones más reconocidas de la entrevista en profundidad está en aprender sobre lo que es realmente importante en la mente de los informantes: sus significados, perspectivas y definiciones; el modo en que los actores **ven** la realidad o en que la clasifican y **experimentan** su mundo. Sobre todo esta idea según la cual las entrevistas en profundidad nos permiten acceder a la **experiencia**³ de los propios sujetos investigados” (Gaínza, 2006:241).

Utilizamos una pauta de entrevista semi-estructurada, debido a que permite indagar de forma no inducida en las diferentes dimensiones que interesan al investigador; ésta además presenta la ventaja de que según el clima de confianza que se establezca con la entrevistada, posibilita profundizar en ciertos tópicos no contemplados con anterioridad, pero que van cobrando relevancia a medida que transcurre el trabajo de campo.

La pauta inicial fue testeada en base a 2 entrevistas preliminares, las cuales sirvieron para redefinirla, eliminar o agregar dimensiones no contempladas.

³ Hemos destacados aquí algunas palabras con negrita, pues en el texto original el autor las resaltaba con cursiva

4.3. Muestra

En este estudio utilizamos el muestreo teórico, entendiendo por este aquel que no que definido por completo al comenzar la investigación, sino que esta va evolucionado a lo largo del proceso investigativo y se basan en conceptos que van emergiendo del análisis. Estos pueden ser conceptos que se encuentren repetidamente presentes o notoriamente ausente, y cuando ellos actúan aportando variaciones a una categoría principal; siendo el propósito de este tipo de muestreo: “maximizar las oportunidades de comparar acontecimientos, incidentes o sucesos para determinar cómo varía una categoría en términos de sus propiedades y dimensiones” (Strauss y Corbin, 2002: 220).

Teniendo como fundamento este tipo de técnica muestral, nuestra muestra fue cambiando e intencionándose con el objetivo de recoger variaciones a las categorías principales que habíamos definido. Así el primer criterio muestral con el cual iniciamos el trabajo de campo para contactar mujeres que participaran de organizaciones sociales y políticas en la población La Victoria, fue “actividad actual”: diferenciando entre estudiante, trabajadora y dueña de casa. A este criterio posteriormente se sumaron dos más: trayectoria de participación y generación a la que pertenecían las mujeres. Respecto de éste último criterio las mujeres se agruparon en tres generaciones: fundadora: que corresponde aquellas que llegaron al momento de “la toma” o durante los primeros años; intermedia: que congrega a las jóvenes que tuvieron activa participación durante la dictadura; y la actual.

La muestra final quedo configurada de la siguiente forma:

Actividad							
Generación	Dueña de casa		Estudiante		Trabajadora		total
	Trayectoria de participación						
	Con	sin	con	sin	con	sin	
Fundadora	1				1		2
Intermedia	2				4		6
Actual	1	1	2	1			5
Total	3	1	2	1	5		13

Es necesario recalcar que la situación de las mujeres respecto su actividad actual no las ubica necesariamente en categorías excluyentes; así por ejemplo, las tres mujeres que ubicamos en la casilla estudiantes eran además trabajadoras, así mismo de las tres dueñas de casa entrevistadas, dos eran también trabajadoras y una adicionalmente era estudiante.

4.4. Estrategia de análisis de información

Para examinar la información producida en esta investigación utilizamos como estrategia metodológica el de contenido cualitativo, entendiendo que éste permite analizar en detalle y profundidad el contenido de cualquier producto comunicacional, que en nuestro caso correspondieron a las transcripciones de las entrevistas realizadas.

Es necesario puntualizar que “El análisis de contenido cualitativo no sólo se ha de circunscribir a la interpretación del contenido manifiesto del material analizado sino que

debe profundizar en su contenido latente y en el contexto social donde se desarrolla el mensaje” (Andréu, 2000:22); así esta técnica no sólo permite a partir de los datos hacer referencia al contexto de producción sino también a partir de ellos hacer inferencias replicables de dicho contexto (Krippendorff en op.cit).

5. Estructura del texto

El texto que sigue consta de cinco capítulos; todos ellos están estructurados en torno a los objetivos propuestos para esta investigación. Así, el capítulo I, da cuenta de las motivaciones de la participación socio-política de las mujeres. El capítulo II se refiere a los roles que asume las mujeres cuando participan de diversas organizaciones sociales y políticas. El capítulo III tiene como foco describir los efectos de la participación de las mujeres y cómo incide en la construcción de sus identidades de género. El capítulo IV grafica como la participación socio-política de las mujeres de la población La Victoria ha ido moldeando una determinada identidad de género. Por último el capítulo V da cuenta de las conclusiones y pone en discusión algunos aspectos surgidos de esta investigación.

Capítulo I

Motivaciones e intensidad de la participación socio-política de las mujeres de la población La Victoria

1. El contexto como marco de la participación socio-política de las mujeres pobladoras

En el siguiente capítulo se expondrán los principales factores que motivan la participación sociopolítica de las mujeres de La Victoria, dando cuenta de cómo ellos están condicionados por diversos procesos sociales y personales que ellas viven.

Como vimos en las investigaciones realizadas en la década de los '80, las cuales daban cuenta de la participación de las mujeres pobladoras, tanto del período en el cual se incrementó el proceso migratorio campo-ciudad y se iniciaron las “tomas de terreno”, como del dictatorial, los principales motores de esta participación eran, por un lado, cubrir necesidades básicas de subsistencia, estableciendo demandas de carácter reivindicativo al Estado, y por otro, abastecer insuficiencias para la construcción del nuevo barrio o población: “es el déficit en las condiciones de vida básicas, y las posibilidades de llevar a cabo las tareas de mantenimiento y reproducción de la población trabajadora, la que las hace participar (...) la acción colectiva que se deriva de esta situación es, en consecuencia, de un doble carácter: reivindicativa, reclamando al Estado la provisión de los servicios; pero también generando acciones colectivas orientadas a satisfacer algunas necesidades barriales de la organización local misma, con autonomía local” (Jelin,1987: 319). Ambos motores de la participación, se fundaban en un papel tradicional de la mujer, su participación en la reivindicación colectiva de su grupo social era posible entonces, porque ella no contradecía su rol tradicional como ama de casa y madre. (op.cit; CEPAL, 1984).

Ahora bien, cabe preguntarse por qué durante aquellos años, como señala Kirkwood (1990), tanto desde la historiografía de los movimientos sociales populares, como en las investigaciones llevadas a cabo desde las ciencias sociales, se destacaba la participación de la mujer pobladora anclada en el rol de madre abnegada, esposa y compañera que apoyaba al hombre luchador. Para explicar esto describiremos algunos hechos claves que marcaban su participación durante la década finales de los '50 y principio de los '70. Utilizaremos este período como referencia por dos motivos. El primero, porque éste coincide con el período en que se produjo la toma de terreno de la población La Victoria, lo cual nos permitirá entender mejor la información que presentaremos más adelante; y el segundo, porque junto con el período de los regímenes autoritarios en América Latina, el período señalado es del cual hay más antecedentes disponibles.

Post crisis de la estructura oligárquica, en el país se buscaba afianzar un modelo basado en la sustitución de importaciones, lo que exigía contar con trabajadores disciplinados y eficientes que permitieran desarrollar la industria nacional. Para ello, como señala Lamadrid (2008), era necesario impulsar diversas políticas públicas que permitieran ordenar a las familias de los sectores populares, que era donde se concentraba mayormente la mano de obra requerida. Estas políticas buscaban implantar un modelo de familia moderna industrial basado en la división sexual del trabajo, consagrando al hombre como el proveedor de la familia y a la mujer las responsabilidades domésticas y la crianza de los hijos. Según se evidencia en algunas investigaciones de corte más historiográfico, este rol de la mujer en sectores de extracto popular más abocada a su espacio doméstico, se presentaba en nuestro país como un elemento novedoso pues con anterioridad a la implementación del nuevo modelo económico la presencia de un padre proveedor era inconstante y las mujeres asumían, por tanto, la jefatura del hogar desempeñándose en diversos tipos de empleos informales y con poca estabilidad laboral (Lamadrid, 2008).

Las políticas públicas desarrolladas durante todo esos años, si bien fueron efectivas en el repliegue de las mujeres al espacio doméstico -como se refleja, por ejemplo, en la disminución de las mujeres en la PEA de 25,5 % en 1952 a 20,1 en 1960⁴-, esto, según Lamadrid, se dio de forma diferenciada por grupos sociales, pues la mujer del sector popular siguió desarrollando diversas labores informales que significaban ingresos para las familias. Sin embargo, a pesar de que las mujeres en estos sectores no se retiraron completamente de las actividades económicas, y en muchos casos, siguieron asumiendo la jefatura del hogar a través de actividades esporádicas e informales (op.cit.), el marco general en el que se asentaron las políticas públicas de la época fue exitoso al imponer un modelo de “cómo ser mujer”.

Siguiendo a la misma autora, en este modelo el tema de la maternidad se proclamó como el principio identitario central de las mujeres. Cabe aclarar que esto no significa que anteriormente la maternidad no fuera un eje definitorio del ser mujer, la diferencia es que con el nuevo marco general aportado por la política pública de familia, la maternidad pasó a asentarse bajo una especie de atributo moral que pesaba sobre la mujer. Se estableció así una “maternidad moral” que adquirió gran fuerza en el sector popular.

Una de las razones que explican el asentamiento exitoso de este modelo de “ser mujer”, fue el escaso nivel educacional de la mujer durante el período, situación que dificultó su inserción en empleos formales y con condiciones laborales satisfactorias. Este fenómeno, a su vez, generó mayor frustración e insatisfacción con el trabajo, situación que impactó reforzando el espacio doméstico y la crianza de los hijos como el principal horizonte de realización (Campero 1987; Valdés 1987).

Hasta acá entonces podemos entonces concluir dos cuestiones importantes. La primera es que si bien en este contexto existían carencias materiales y sociales básicas como el

⁴ Datos de Mundo Mujer, pág. 257 en Lamadrid 2008.

tema de la vivienda, las cuales no estaban siendo cubiertas por el Estado, la participación de las mujeres pobladoras que era motivada por esas necesidades, tenía un carácter no sólo reivindicativo, sino también se fundaba fuertemente en la concepción imperante del modelo de cómo ser mujer.

La segunda conclusión es que este modelo de “cómo ser mujer” pobladora no era mera generación espontánea, pues desde el propio Estado se llevó a cabo todo un despliegue para consolidarlo. Todo esto implica entonces que el contexto de participación adquirió centralidad en la incidencia sobre las motivaciones de la participación femenina.

Teniendo estos antecedentes, en esta investigación indagamos en cuáles son actualmente las motivaciones de la participación socio-política de mujeres pobladoras de La Victoria.

Para analizar la información producida, contamos entonces con un primer elemento conceptual: **las motivaciones de la participación socio-política de las mujeres están influenciadas por el contexto de participación.** Entenderemos por contexto de participación, tanto la situación económica, política, social y cultural global que se da en el país- la cual a su vez configura también un modelo de cómo ser mujer determinado- y que llamaremos **contexto global de participación,** como la situación del entorno inmediato en que se da la participación de las mujeres, o sea, la población; cuando hagamos referencia a dicho contexto hablaremos del **contexto local de participación.**

Si bien entre contexto global y contexto local de participación existe una relación dinámica pues la situación global en el ámbito económico, cultural y político condiciona lo que sucede a nivel local y viceversa, también es cierto que a nivel local hay dinámicas propias que tienen que ver con las particularidades de la población.

2. Motivaciones de la participación socio-política de las mujeres de La Victoria

Identificamos tres grandes tipos de motivaciones que presentan actualmente las mujeres de la Victoria para participar de diversas organizaciones sociales y políticas de la población: motivaciones culturales, sociales/reivindicativas y motivaciones personales. Cada una de estas categorías, a su vez, contempla motivaciones particulares.

2.1. Motivaciones culturales: El peso de ser mujer y la tradición participativa

La participación de las mujeres durante la década de finales de los '50 y '60, según hemos descrito, estuvo fuertemente anclada en una motivación cultural que tenía que ver con el rol de la mujer pobladora como madre y esposa abnegada, preocupada de la reproducción y satisfacción de las necesidades básicas de la unidad doméstica. Esta “maternidad moral”, también fue posible observarla entre las mujeres de la población, que pertenecen a esa generación.

“Yo podría haberme quedado donde mi madre porque la casa era grande, me hubiera quedado ahí de allegada pero es que no, si yo me metí a tener hijos tenía que luchar para ellos (...) yo llegué sola a esta población, sin el apoyo de mi marido, yo le decía: ‘si querí tomar déjame sola, déjame sola, yo veré si aguanto y vivo aquí, total yo no soy sola, tengo papá y mamá, así es que no me vengay a decir que me vaya, yo no me voy a ir, yo de aquí no me voy a ir’, porque yo quería tener donde vivir, porque bueno, así mismo era en la familia, mi mamá luchó, mi papá para nosotros poder vivir en lo nuestro (...) yo no tenía tanto hijo, pero también, todos tenemos esa idea que tenemos que tener luchar para nuestros hijos, no esperar que nos den los demás”

(Participante organización social y política, generación fundadora, 71).

Cabe destacar que entre el grupo de familias que llegaron a “la toma” venían varias mujeres solas; solas en el sentido que a pesar que muchas de ellas tenían una pareja o marido, la presencia de éste era inestable en la casa y por tanto esto las ubicaba a ellas como únicas responsables de su grupo familiar. Como vimos, pese a que existían una serie de políticas públicas orientadas a ordenar a la familia popular, ubicando a los

hombres como los proveedores y a las mujeres como las encargadas de la familia, en este grupo social, en muchos casos, eran las mujeres quienes seguían a cargo de ambos aspectos.

Ahora bien, tal como también señalamos con anterioridad, a pesar de esto, las políticas habían sido exitosas imponiendo un modelo de cómo ser mujer que contenía un fuerte contenido moral. De este modo, si bien entre estas mujeres existía la necesidad material de dar un techo a sus hijos, su motivación estaba anclada en el “ser madres”.

Actualmente entre las mujeres de la población encontramos que “ser madres”, y por tanto, la preocupación por los hijos, sigue siendo un tema que las motiva a participar; sin embargo, como madres, actualmente su mayor preocupación ya no es darle un techo a sus hijos, sino tratar de que no caigan en la droga y tengan oportunidades de surgir.

“Bueno los niños como te decía, que ojala no... es que igual yo lo hago más pensando en mi hija, que mi hija es chiquitita, y yo de repente la prefiero tener todo el día pegada en el computador, viendo los monos, haciendo las tareas, y no dejarla salir afuera porque no me gusta el ambiente que hay allá afuera, y eso es lo que uno quiere tratar, lograr acá... cambiarle el ambiente a todos los niños porque no es justo que otras personas X... por ejemplo un niño quiere salir a andar en bicicleta y no puede, porque hay cosas feas en la calle que no deberían ver ellos. Y contra esas cosas luchas, por eso participas, para que los niños puedan ser niños y puedan jugar y pasarlo bien. Volver a recuperarle su espacio”

(Dirigenta organización social, madre con una hija de seis años).

“Las mujeres acá se movilizan por el tema del tráfico. La droga que es el tema más duro para madres, las mujeres madres. Porque en el fondo te das cuenta de que no es un tema lejano y que está a la vuelta de tu casa. Está ahí, está en el colegio, está en la pega, por lo tanto aunque tú protejas al cabro chico en la casa, él va a la escuela y allá le están ofreciendo la salida. O si entran a trabajar en la pega le están vendiendo. Es un tema complicado. Yo creo que no hay familia acá en La Victoria que no tenga algún familiar, algún cercano que no esté metido consumiendo”. (Dirigenta organización social, sin hijos).

Si bien “ser madres” y preocuparse por el futuro de los hijos aparece como una motivación importante, es posible apreciar que ésta tiene menos carga moral que para las mujeres de la generación fundadora de la población.

Se observa en las citas reseñadas que hay una cierta proyección del problema que se puede vivir como madre a un problema social más global que se vive en el entorno. Varias mujeres señalan que a pesar que los hombres de la población participan y se organizan menos que las mujeres-tema en el cual profundizaremos más adelante- también es posible encontrar casos en los cuales ellos, a través de organizaciones deportivas, tratan de enfrentar este problema.

Lo dicho hasta aquí no significa que la maternidad no sea aún un eje central definitorio de las mujeres en general y en particular de las pobladoras. De lo que queremos ir dejando constancia aquí, es de los matices que van teniendo estos temas y como van tomando forma, particularmente en las motivaciones. De hecho, a pesar de que actualmente éstas se muestran como menos cargadas de “la maternidad moral”, de todas formas en esta población es posible identificar motivaciones que se arraigan en el hecho de “ser mujer”.

Hoy, más allá de que para algunas aún sea motivo de participación “el ser madres y preocuparse por el futuro de los hijos”, una de las principales motivaciones que estas mujeres señalan con respecto a su participación consiste en “el bien general de la población”. Así, del cuidado de los hijos, pasan al cuidado de la población. Lo que se produce, entonces, es el paso de una “maternidad moral” a una “maternidad social”, como fuente de motivación de su participación (Di Liscia, 2007). De este modo, aunque se produce cierto desplazamiento del orden simbólico predominante, la preocupación “por la población”, por el bien de “otros” se identifica como una motivación preferentemente femenina.

“Yo creo que de repente los mueve más sus ideales políticos. Mucho con tanto hombre no he trabajado, pero cuando uno conversa o escucha por ahí, es como que ellos tienen un ideal y un propósito o algo, y solamente es conseguir eso, y apoyar para conseguir lo que ellos quieren(...) siempre así pensando y hablando de lo que eran sus ideales. Teniendo siempre muy en claro que ellos querían a su alcaldesa porque era comunista, porque ella pensaba diferente. Es como eso, el ideal político. Son como muy pocos los que quieren algo diferente para la población, que la población siga creciendo, que cambie”

(Participante organización social).

“Hay participación de hombres, pero yo siento que los hombres participan igual como en organizaciones más de su interés, mas especializadas, te podría, por ejemplo los clubes deportivos han existido siempre y tienen bastante buena participación de hombres, como que en ese campo yo los veo como hartos, en el tema cultural pueden a ver otros, y por ejemplo en la junta de vecinos o en los consejos de salud, en eso temas como más sensibles para la comunidad siento que hay una mayor participación de mujeres que de hombres”

(Participante organización política).

Esto abre un tópico interesante porque para estas mujeres el “ser mujer” o el “ser hombre” define, por ese simple hecho, motivaciones distintas, donde las mujeres privilegian su participación para “el bien común” y los hombres, movidos por intereses personales y de tipo más reivindicativos, se movilizan en torno a lo que ellas tienden a asociar a “motivaciones de tipo más político”, o “recreativas”, donde el deporte es la actividad más recurrente.

La preocupación de las mujeres por los temas del barrio no es un elemento nuevo entre las motivaciones de la participación de las pobladoras. Como señala Campero (1987) en base a una investigación realizada en varias poblaciones de Santiago, en aquellas organizaciones de base donde más participaban mujeres, primaba una lógica de acción comunitaria que va dando respuestas a la desintegración que vive la comunidad y que es menos política y reivindicativa y más simbólica y expresiva. Esto en buena medida se debe a que la participación de las mujeres, como hemos dicho, se fundamenta en el hecho que se expresa como una extensión de la maternidad biológica hacia el espacio público, que en este caso es la población. Lo que permite entonces, por un lado, que ella

justifique su conducta para el resto de la sociedad, pues no se desmarca de rol definido por la sociedad patriarcal, y por otro, que su acción social asuma un fuerte contenido valórico.

Como mujeres, por tanto, con incuestionable “instinto maternal”, que las hace preocuparse por el bien y cuidado de los otros, sean los hijos, o la población, orientan su acción hacia ese objetivo incuestionable (el bien de los otros). Su acción se asemeja entonces a lo que Weber (1992) caracterizó como acción racional con arreglos a valores, entendiendo por ésta aquella en que los(as) sujetos(as) se guían por cierta incondicionalidad con un objetivo, que se considera valioso por sí mismo, sea este religioso, político, moral o cultural como en este caso.

A pesar entonces que no se presente como un elemento novedoso en que las mujeres se preocupen por el bienestar de su entorno, en el actual contexto pudimos apreciar que esta tendencia toma otro cariz, debido principalmente a dos hechos.

El primero está dado porque la situación de las mujeres ha cambiado: hay mayores niveles de escolaridad, de inserción en el mercado laboral, mayor presencia en la política y en cargos de jerarquía en su propio gobierno local. Todo esto hace a las mujeres sentirse más responsables directas del futuro de la población; hay un “modelo social de mujer actual” que también les refuerza que no sólo tienen un rol importante en su hogar sino también en “lo público”.

“Antes era el derecho a voto de la mujer. Yo creo que ha ido cambiando. Cada vez como que vamos exigiendo más cosas, más derechos. Antes era el derecho a salir a trabajar. También tenemos derecho a trabajar y salir de la casa, o haciendo el aseo y viendo a los niños. Yo creo que ha medida... vamos exigiendo más cosas las mujeres, va cambiando. Han ido cambiando. Por ejemplo ahora la misma Claudina⁵ que hoy día es alcaldesa. Antes nos conformábamos en

⁵ Claudina Nuñez es actual alcaldesa de la comuna de Pedro Aguirre Cerda. Claudina es pobladora de La Victoria, y tiene una larga trayectoria de dirigente poblacional. Antes de ser alcaldesa, fue concejala de la misma comuna.

participar en organizaciones no más. Ahora queremos mucho más. Queremos tener un papel mucho más importante en la sociedad”

(Dirigenta organización social).

El segundo, es que más allá de este nuevo modelo de ser mujer que las motiva a participar para mejorar su entorno inmediato, también en el caso particular de La Victoria, hay un contexto local, que tiene que ver con la historia de la población, que refuerza su interés.

En esta población hay **una tradición de participación y organización** muy enraizada entre algunos de sus miembros, la cual se constituye en otro tipo de motivación cultural relevante para estas mujeres.

Como señala Campero, los orígenes históricos de la población tienen importancia respecto a la tradición de participación que se trasmite entre los pobladores: “Existen poblaciones que son el resultado notable de movilizaciones sociales y políticas por la vivienda, las que han provisto a sus habitantes de una cierta tradición de lucha que permanece con el tiempo (el caso más conocido es la población “La Victoria” en la zona sur de la ciudad)” (1987:39). Esta tradición de participación de la que habla Campero fue posible encontrarla en varias de las mujeres, para las cuales la participación pasa a ser parte de su rutina de vida.

“Uno, cuando volvió esta democracia, tenía por años una rutina de trabajo y de verdad te quedaste así como “plop” porque la crisis política no fue sólo para los partidos políticos sino también para otras estructuras diversas. Yo creo que ahí uno miró y era tal el despelote, la desorientación que uno se pregunta ¿qué hago? Pero algo tengo que hacer. Después que uno está en el ritmo de todos los días, levantándose, trabajando, denunciando. Y cuando ya tienes tu hija y cachaste que no te fuiste para la casa, porque ese es otro tema. Tú ves a muchos compañeros que se fueron para la casa, legítimo o ilegítimo, fue su opción. Entonces tú llegas y dices ‘no, parece que yo no me voy a ir a la casa’”

(Participante organización social, generación intermedia, 39 años).

“A mí me motiva a participar porque ya estoy acostumbrada; y a mis compañeras es lo mismo casi, porque están acostumbradas a siempre participar, desde que llegaron a la Victoria se organizó bien, se hicieron organizaciones de mujeres, centro de madres todo eso, siempre han estado”

(Participante organización social y política, generación fundadora, 71 años).

A pesar de que las mujeres señalan que la tradición de participación es un factor que las motiva a participar, observamos que esta motivación se da de forma más intensa en la generación fundadora y en las hijas de esas mujeres. Éstas últimas conforman la generación de mujeres jóvenes que tuvieron alta participación en distintas organizaciones sociales y políticas durante la dictadura. Esta “tradición de lucha” de la que habla Campero, según las mujeres ha tendido a diluirse en las generaciones más jóvenes.

“Hay una generación que es la mía que sí, que participa bastante y que la motiva de la historia de nuestras viejas, pero hay generaciones que creo que todavía no se motivan. Antes en mi época cuando era lola, andaban todas, ahora no”

(Dirigenta organización social, generación intermedia, 43 años).

Que la participación en organizaciones se presente como un hecho “casi natural” para las mujeres, y que principalmente para la generación fundadora e intermedia, la tradición de participación se destaque como un factor motivador importante, se debe a que existe entre ellas un acto consciente por rescatar tanto la historia de lucha de la población como la propia, son hechos que no se quieren olvidar, porque por un lado, dotan de identidad y, por otro, dan sentido a su acción. Esta selección consciente de lo que no se quiere olvidar y que se quiere preservar remite entonces a la memoria colectiva que comparten estas mujeres, la cual está sujeta tanto a procesos personales y vinculares, como sociales.

Ahora bien, la tradición de participación como motivación cultural de la participación socio-política de las mujeres, no sólo tiene que ver con la “tradición de lucha de la población”, por tanto, con la memoria colectiva que comparten estas mujeres, sino también con una **tradición de participación familiar**.

Entre las mujeres que tenían antecedentes familiares de participación, está parecía mucho más incorporada a su identidad personal y las motivaba a participar. Este es, en general, el caso de las mujeres cuyas madres o padres eran militantes o participaban activamente de organizaciones sociales o políticas.

“Luego un tema familiar, está en mi naturaleza, somos de naturaleza participativa ya sea en esa organización, en el tema laboral, en el colegio donde están cada uno de mi familia. Mi familia participa, entonces es una cosa que va por naturaleza. Y esto de esta cosa que tú no paras. Siempre tienes que luchar y participar, porque tiene que mejorar tu calidad de vida, porque tienes que mejorar... si no hacemos nada ¿quién va a velar por nosotros?”
(Dirigenta social, con padres con antecedentes de participación en organizaciones).

“Porque toda mi familia desde siempre ha participado, igual mi familia ha sido gente que algunas de las que, por lo menos... en la parte de mi mamá ha sido más participante a nivel político y yo creo que a pesar de que, por lo menos yo recuerdo en la casa de mi mamá, siempre conversaban a nivel social, a nivel político, las cosas que sucedían en el país, y yo creo que eso se fue transmitiendo, el interés por la otra gente digamos, por los demás, por participar”

(Dirigenta social, con mamá con antecedentes de participación en organizaciones).

La memoria individual de estas mujeres está en sintonía con la memoria colectiva; en ambas se rescata la organización y la participación como algo propio, por ende, pensamos que cuando ambos tipos de memoria están en la misma sintonía, el efecto -en este caso, la participación en organizaciones- es más potente.

Respecto de la tradición familiar como factor motivador de la participación, cabe hacer un alcance. Si bien las mujeres señalan que esta tradición las motiva pues es parte de “su naturaleza”, ellas mismas hacen una distinción respecto de aquellas que se interesan en participar en organizaciones políticas.

El interés por “la política” no se presenta como un interés natural de las mujeres; éste aparece cuando hay antecedentes familiares de participación política.

“Yo creo que hay mujeres que tienen vocación mas política pero yo siento por las que conozco, es más por tradición, porque sus papás fueron políticos, sus mamás fueron políticas, no conozco mujeres que hayan optado más por sí mismas digamos al mundo político, yo creo hay mujeres mas inquietas y que les interesa tanto el mundo social que se van tirándose al mundo más político”

(Dirigenta organización social).

Para las mujeres, moverse en este espacio requiere un trabajo de resocialización especial, pues en general, tanto la socialización primaria a cargo de la familia, como la socialización secundaria en manos de instituciones como el sistema de educación formal, no están orientadas a preparar a las mujeres para desenvolverse en este espacio; la participación política no es “natural” a la condición femenina. La socialización de género implica poner más atención a ciertos campos sociales y culturales que a otros y definir las identidades ancladas en ciertas actividades más que en otras (Di Liscia, 2007). La “política”, entonces, no está dentro de los campos definidos para las mujeres.

De esta forma, pensamos que la socialización primaria en familias donde existen antecedentes de participación política femenina, tiende a cambiar en algo este patrón, pues más allá de la simple tradición familiar, existiría un aprendizaje social que sería transmitido a las generaciones posteriores.

“Si yo creo que el tema político tiene que ver con un tema de valores. Cuando a ti te lo inculcan de pequeña. Es como una cosa de tradición el tema más político. Es como más tradicional, si mi familia fue una familia de participación política, se prevé que los hijos van a ser, y los nietos. Y es así históricamente. Sin embargo si una familia no tiene esa tendencia y los padres han sido que no, sin tendencia política, sobre todo después de la dictadura, porque te van a matar, te van a tomar preso. No significa que haya habido gente que participara en política de esa familia, pero es en menor grado. Y mujeres también en menor grado, sobre todo en política”

(Dirigenta organización social).

A pesar de la activa participación de estas mujeres en diversas organizaciones sociales, aún “la política” y el “interés político” siguen asociados a la militancia en algún partido o colectivo político; sólo las dirigentes con mayor tradición de participación definen su

participación en organizaciones sociales como también “política”. Esto, pensamos, se explica fundamentalmente por dos factores que se cruzan.

El primero, por el mismo fenómeno de socialización al que hicimos alusión anteriormente: no se educa a las mujeres para desenvolverse con la misma naturalidad que los hombres en “la política”. El segundo factor se relaciona con que la política se presenta como algo ajeno a los pobladores en general.

Respecto de este último factor, varios autores que estudiaron el movimiento poblacional en los años ‘80 señalan que la tendencia común entre los pobladores que participan activamente de organizaciones sociales es desmarcarse de la “política y el interés político” (Baño 1985; Espinoza 1993). “La política”, en general, para los pobladores aparece cruzada por un tema de clase social; los políticos son los otros (de otra clase) que velan por intereses distintos a los de su grupo social. De hecho, señala Baño (1985), cuando una o un dirigente social se transforma en militante de un partido político, es mirado por muchos pobladores como “traidor”, y es blanco de desconfianzas.

En las mujeres la condición de género y clase incrementa el hecho de sentir “la política” como algo ajeno. Caldeira (1987) en una investigación realizada en Brasil entre un grupo de pobladoras, observó que para ellas “la política” era definida en contraposición a “sus temas”, que eran los del barrio; aquí se producía un “ellos y nosotros” que no sólo apelaba a la diferencia de clase, sino también a la distinción hombres-mujeres. Las luchas del barrio, de la familia, que eran señaladas como “las del bien de uno” eran femeninas y las “del lado de allá, “de ellos”, de la política, de los partidos, era considerada masculina, como señala la autora: “muchas mujeres no van al partido simplemente porque ‘allá hay sólo hombres’, o porque allá se mezcla con la política” (op.cit.:101). Otras mujeres manifestaban directamente la visión del interés colectivos v/s individuales, según distinción de género. Como vemos los hallazgos identificados por Caldeira, coinciden con los encontrados en las mujeres de La Victoria.

2.2. Motivaciones sociales/reivindicativas: La inequidad del sistema social

Las motivaciones de este tipo son aquellas que tienen un carácter predominante reivindicativo y en las cuales identificamos de forma más clara una crítica a las condiciones sociales más globales, con un tinte más clasista en las demandas.

Las mujeres experimentan la falta de oportunidades para ellas, para sus hijos y para su grupo social en general y es esta inequidad la que motiva su participación.

Una de las temáticas que surge con más fuerza en este tipo de motivaciones está referida a la educación. Ésta se considera el principal mecanismo para salir de la pobreza y mejorar las condiciones de vida propias y del entorno, por lo tanto, también es un móvil importante no sólo para participar, sino también para determinar el área donde hacerlo.

Varias de las mujeres participan en organizaciones que tienen como objetivo desarrollar mayores habilidades sociales en los niños de la población para favorecer su permanencia en el sistema escolar, mejorar sus capacidades cognitivas y reforzar contenidos, en suma, su participación tiene como foco, por un lado, compensar las desigualdades que presenta el sistema educacional para su grupo social, y por otro, aumentar las posibilidades de que los niños lleguen a la educación superior, que se constituye en un objetivo primordial.

“La educación es injusto que si tienes plata puedes entrar en un colegio que te van a dar una educación de verdad y si no, como mi caso, entras en un colegio municipal que tú sabes que aunque tengas el mejor promedio, porque a mi igual me iba bien, pero después en la PSU me va súper mal porque los conocimientos no son los mismo que enseñan en un colegio particular o uno municipal por no tener plata, te enseñan mal. Por esas mismas injusticias yo participaba”

(Participante organización social, programa de reforzamiento escolar, estudiante preuniversitario y trabajadora, generación actual, 18 años).

“Creo que es importante trabajar porque todos tengamos las mismas oportunidades, entonces si los niños de acá, no tienen las posibilidades...por ejemplo en el colegio tener todos los libros en una biblioteca, abramos el espacio (...) trabajemos para que ellos aprendan que si estudian, el día de mañana van a poder tener una mejor casa, van a poder desenvolverse mejor, van a conocer otras cosas, entonces eso me motiva. El querer tal vez, por el entorno trabajar para que se conozca otro tipo de ambientes (...) Que no todo es delincuencia y drogas. Que también salen gente que pueden ser abogados, doctores, ingenieros, lo que sea, profesores... entonces eso me motiva de trabajar acá, y a participar y a meterme y enojarme y a pelear y a decir que no estoy de acuerdo, o que si estoy de acuerdo”

(Participante organización social, biblioteca popular, estudiante educación superior técnica, y trabajadora, generación actual, 22 años).

Es importante señalar que las mujeres que más manifestaron este tipo de motivación son aquellas para las cuales el cursar estudios en la educación superior, o terminarlos, es uno de los proyectos personales más importante en este momento de sus vidas. La cercanía con la realidad, que les enrostra que para las mujeres u hombres de su misma condición social es más difícil acceder al sistema de educación superior, incide en que el “combatir la inequidad del sistema” se transforme en una motivación importante para participar.

El contenido de la demanda reivindicativa por la cual participan las abuelas de las mujeres más jóvenes -“la vivienda para sus hijos”-, se ha transformado, pasando a exigir mayores oportunidades y mejor calidad de educación, pues estas ya no viven en un mundo donde su única expectativa es ser madres y abnegadas esposas, por tanto, la motivación de la participación ya no es sólo por el bien de los otros; hoy estas mujeres también participan por ellas mismas. Vale decir, se trata de una motivación social, pero que, interpretada en este sentido, también puede constituirse en una motivación personal. No la clasificamos como motivación personal, pues observamos que hay un fuerte compromiso con mejorar las condiciones del grupo social para que en el futuro, otros niñas y niñas tengan más oportunidades.

2.3. Motivaciones personales: Entre el afecto y la distracción

Las motivaciones personales de la participación socio-política que manifestaron las mujeres, apuntan básicamente a dos aspectos. El primero, referido a la búsqueda de afecto y apoyo, y el otro, la necesidad de distraerse y salir de lo cotidiano.

Respecto de la primera motivación personal, referida a la búsqueda de afecto y apoyo, observamos que quienes principalmente se refieren a este elemento, son mujeres que pertenecen a la generación intermedia-entre fundadoras y generaciones actuales-, y aquellas que participan de grupos de mujeres.

Como sostiene una de las mismas mujeres, esto probablemente se deba a que su generación estuvo fuertemente marcada por la experiencia de la dictadura, donde los espacios para los afectos eran bastantes marginales. Por ello, una vez que se recuperó la democracia, existía la necesidad de reconstituir los lazos rotos y encontrar espacios de encuentros donde compartir la experiencia vivida. No hay que olvidar que muchas mujeres en esta población perdieron hijos(as) y parejas durante la dictadura, y otro gran grupo estuvo presa y/o fueron torturadas. La necesidad de reconstruir un espacio de protección y encuentro para ellas se transformó en una motivación importante, marcada por su experiencia biográfica.

“En dictadura interesaba más el objetivo que cómo estabas como persona, o sea muchas parejas que estaban en ese momento se deshicieron después, no pudieron seguir juntas por miles de razones y una de las razones yo creo era porque no tuvimos espacio para los afectos, no nos dimos espacios para eso, no había tiempo, y yo creo que gente mucho más metida en la política, menos tiempo tenía, mucho más dura tenía que hacerse. Yo me recuerdo de repente haber conversado con amigos torturados y yo de repente ni siquiera sabía los apellidos de ellos, porque no era importante, no había que saberlos, entonces no los sabía y nos fuimos como haciendo mucho más duros, entonces cuando volvió la democracia necesitábamos como preocuparnos, recuperar el sentido de lo humano de alguna manera, y eso lo sentíamos nosotras como necesidad nuestra que se reflejaba en la organización”

(Dirigenta organización social, generación intermedia, 46 años).

Aquí vemos cómo nuevamente el contexto global va interfiriendo en las motivaciones de las mujeres. En este caso particular, observamos cómo el proceso de reconstrucción que vive el país luego de 17 años de dictadura, también se expresa en el propio proceso personal de estas mujeres, que en cierta medida condiciona también sus motivaciones para participar de las diversas organizaciones.

Más allá de esta interpretación sobre las razones que explican esta motivación, las cuales podrían ser válidas tanto para los hombres como para las mujeres de la población, se observó que a pesar de ello, se reconoce que las mujeres tienden a buscar más afecto en las organizaciones que los hombres, lo que en cierta medida refuerza la concepción del hombre frío, motivado a participar por temas concretos y de tipo más reivindicativo e individualista; y las mujeres más afectivas, sensibles al bien común y más preocupadas por los otros. Aunque esta concepción aparece bastante más diluida entre las generaciones más jóvenes, pues el cambio de las condiciones objetivas de las mujeres, les muestra un modelo de mujer distinto al de generaciones anteriores: una mujer más integrada al mercado laboral, profesional, que se enfrenta más de “tú a tú” con los hombres. Pese a que estas mujeres, por su condición social no puedan efectivamente ajustarse a este modelo, éste está presente y opera como parámetro.

“Las mujeres también tenemos esa capacidad de participar en la organización por un tema personal también, por un tema afectivo. Cuando yo busco, busco la organización pero también busco el afecto dentro de la organización. O sea a mí no me sirve una organización que llegas y se abre la sesión, y listo y vámonos. Tu dentro de la organización tratas como de establecer una relación de afecto, de amistad con tus compañeras de la organización, con tus compañeros de la cuadra, con la junta de vecinos. O sea tú estableces un lazo como más afectivo, más de compromiso. Que a lo mejor los hombres no. Y yo creo que las mujeres tenemos mucha necesidad de salir, de hablar, comunicar”

(Dirigenta organización social, generación intermedia, 48 años).

La motivación “necesidad de distraerse y salir de lo cotidiano”, es entre las motivaciones personales, la más mencionada, pero no como una motivación propia, sino como lo que motiva al resto de las mujeres que participan de la población. Las mujeres aquí

entrevistadas mayoritariamente tenían trayectoria de participación, lo que las hace tener bastante conocimiento de cómo se da el proceso participativo entre las otras mujeres de La Victoria, por ello tienen alta conciencia de que la posibilidad de distracción y recreación es el primer gancho para motivarlas y sacarlas de sus casas.

“A las mujeres de acá las motiva a participar el recrearse. El que tú invites a hacer un poco de gimnasia, el distraerte y salir de tu casa. En bailar, en ir a los talleres de salsa, en ir a conversar con la Malucha Pinto. Cosas que te hacen olvidarte de todos los problemas que tienes en tu casa y así uno aprovecha de sacar a la mujer de adentro y de apoco irlas enganando”

(Dirigenta social, con trayectoria de participación).

Sin embargo ellas, aunque reconocen que también se distraen y divierten en las organizaciones, y que de todos modos éste es un factor que las motiva a participar, no surge como el móvil principal. Es más, para ellas se presenta como un derecho ganado el señalar que participan “también” por este motivo, lo que tiene que ver más con el hecho que les refuerza su autonomía como mujeres, menos subordinada al espacio doméstico - es decir, más cercana a una motivación cultural-, que porque la recreación por sí misma sea el principal motor para que ellas participen de las diversas organizaciones sociales y políticas.

“Para participar siempre es el tema de no quedarme estática, yo tengo que participar para no convertirme... para no encerrarme. Tengo que participar porque si no, no quiero ser la típica mujer encerrada en su casita. Entonces tengo que participar, no puedo no hacerlo”

(Dirigenta social, con trayectoria de participación, generación intermedia, 48 años).

Una cosa más interesante para el análisis es que, en general, las motivaciones de tipo personal, si bien como señalamos con anterioridad, no aparecen como las más importantes para estas mujeres, aunque sí para otras, surgen principalmente en aquellas que pertenecen a la generación fundadora e intermedia, que tienen hijos grandes, que ya

no viven con ellas, o que, tal como ellas mismas señalan “ya son adultos”, o en otros casos que han quedado viudas.

En el caso de las que ya no viven con sus hijos, o tienen hijos “adultos”, podríamos pensar -aunque de esto no tenemos suficiente evidencia- que las mujeres participan en buena medida para suplir el “efecto del nido vacío”. Es sabido que gran número de mujeres una vez que los hijos se van de la casa, o son más autónomos de sus madres, viven un proceso de pérdida de sentido, cuestión que hace probable que la participación supla esa carencia y devuelva la sensación de “ser útil en algo”.

Hay una tercera motivación que vale la pena mencionar, pero que sólo apareció de manera muy marginal, y que tiene que ver con la búsqueda de desarrollo y crecimiento personal. A ésta sólo hicieron referencia aquellas que participan del “grupo de mujeres”.

En las otras mujeres que encontramos esta motivación personal, en general ella tenía que ver con la necesidad de “sentirse útiles” e indirectamente mejorar su autoestima, pero esto no surgía como una motivación consciente.

Realicemos una pequeña síntesis con todo lo dicho hasta acá. Partimos este capítulo afirmando que el contexto de participación (tanto local como global) incide en las motivaciones que van presentando las mujeres. Ahora bien, además de ello también fuimos mostrando que, si bien el contexto brinda un marco que hace más propicio que emerjan o tomen mayor relevancia determinados tipo de motivaciones, ellas también están influenciadas por otros factores como la experiencia participativa familiar, determinada memoria colectiva que se busca preservar, proyectos personales que priman en determinados períodos de la vida y experiencia biográfica. Todos son factores que van incidiendo en las motivaciones que presentan estas mujeres. En el contexto global, que como vimos va configurando determinados modelos de “ser mujer”, estos otros factores también van tomando forma y se van constituyendo en distintas motivaciones

de la participación. Las motivaciones por tanto no sólo dependen del contexto de participación.

Cabe decir, además, que la clasificación de las motivaciones corresponde a una distinción analítica, lo que no implica, que las mujeres presenten uno u otro tipo de motivación pura. Muy por el contrario, observamos que lo que sucede en la realidad es que la participación de una mujer está motivada por estos distintos tipos.

Una última cuestión que señalar es que dependiendo del contexto de participación, un tipo de motivación puede adquirir mayor preponderancia que otro, cuestión que también genera diferencias entre las distintas generaciones.

Es así que, cuando fuimos presentando la información, señalamos cómo ciertos tipos de motivaciones se presentaban con más o menos fuerza en uno u otro tipo de generación. Usamos este concepto – generación- porque consideramos que permite reflejar de forma más global cuando hacemos alusión a un contexto determinado. La generación entonces hace alusión a un contexto que contempla ciertas condiciones sociales, culturales, políticas y económicas generales que caracterizan a un período.

3. Contexto, motivaciones e intensidad de participación de las mujeres

El contexto no sólo está relacionado con el tipo de motivaciones que presentan las mujeres, sino también tiene estrecha relación con la intensidad de participación de las mujeres, o sea con la mayor presencia o ausencia que ellas tienen en las organizaciones de la población. Como contexto tiene cierta correspondencia con las motivaciones; entre intensidad de participación y motivaciones también se observa una estrecha relación.

Respecto a la intensidad de la participación (mayor o menor presencia en las organizaciones de la población) encontramos dos hallazgos principales: el primero

relacionado a la baja de participación femenina actual en comparación con otros períodos; y el segundo, referido a la preeminencia femenina en la organización, por sobre la masculina.

En relación al primer hallazgo, las mujeres de las generaciones fundadoras e intermedias coinciden en que la participación actual de mujeres es bastante más baja que en períodos anteriores en dos sentidos: menor participación de mujeres más jóvenes y menor participación de las mujeres de todas las edades en general.

“Yo creo que todavía los grupos de mujeres la mayoría son mujeres adultas, adultas mayores incluso, la mayoría tiene mas de 60. Hay otro grupo que del 100%, el 70...el 60% son adultas mayores, hay como un 20% de mujeres más jóvenes, de menores de 50 que están participando de algunos grupos, y hay un porcentaje mínimo de mujeres más jóvenes, más chiquillas digamos”

(Dirigenta organización social, generación intermedia, 46 años).

La baja participación de las jóvenes, las mujeres la explican básicamente por dos factores. El primero, referido a la mayor oportunidad que tienen las mujeres respecto de su inserción en el mercado laboral y estudios, diferente a las generaciones anteriores donde existían menos oportunidades, y las mujeres tenían la organización como única posibilidad de participación de la vida pública.

“Antes en mi época cuando era lola, andaban todas, ahora no, quizás puede ser el hecho también que en mi época las cabras no tenían lucha posibilidad de nada, entonces era lo único que tenías que hacer, participar. Estabas sin pega no podías estudiar, entonces te quedaba ir a la organización, a la actividad. Ahora las mujeres jóvenes tienen muchas más posibilidades, están estudiando, criando hijos, trabajan. Entonces claro también les queda poco tiempo para dedicar a las organizaciones. Muchas veces participan en sus universidades o en sus pegas. Cabras jóvenes que trabajan en horarios terribles, llegan tarde”

(Dirigenta organización social, generación intermedia).

El segundo, tanto por la incapacidad de la estructura organizacional para adecuarse a los intereses de las mujeres más jóvenes, como a la propia lógica de funcionamiento de la

organización, la cual muchas veces choca con las nuevas formas de participación y organización de las generaciones más jóvenes.

“Por eso yo creo que la mayoría de los grupos son de adultas mayores y porque de repente no estamos respondiendo a las inquietudes de las mujeres más jóvenes, yo creo que les interesa pero no es una cosa de compromiso a largo plazo, porque no pueden, porque no tienen el tiempo, porque no tienen la energía entre trabajar, criar y no sé que más, pero si yo creo que hay que generar algunos espacios para posibilitar eso, yo creo que les interesan algunos temas pero no pueden estar tan presentes, ponte tu el tema de los derechos sexuales y reproductivos que deberíamos trabajarlo con mujeres más jóvenes muchas veces terminamos trabajándolos con mujeres que no sé po, uno lo está trabajando con las abuelas”

(Dirigenta organización social, generación intermedia).

“Pero ahora son como diferentes las organizaciones a las que había antes. Por ejemplo antes había grupos juveniles, centro de recreación infantil, había organización para los niños pobres. Ahora no, como que igual tú ves grupos pero por ejemplo como lo anarquistas, que tú los identificas y que generalmente son jóvenes los que participan. Pero tú no te metes ahí porque no cabes en ese grupo. Entonces no hay grupos a los que tú llegues libremente. Tú preguntas si puedes entrar o no entrar. No como antes, en donde tú podías entrar y había de todo, socialistas, comunistas, de todos los partidos. Ahora no”

(Dirigenta social, generación intermedia).

Como vemos, el contexto ha ido cambiando para las mujeres y eso también ha impactado tanto en sus motivaciones, como en la intensidad de su participación.

Anteriormente, con menos posibilidades, las mujeres tomaban el espacio de la organización como la única instancia para acceder al mundo público; hoy con más oportunidades en este aspecto, también emergen nuevos intereses y motivaciones más diversas, hecho que incide en que el panorama se presente más heterogéneo y disperso, lo que a su vez repercute generando la impresión de que hay menos participación de las mujeres; lo que si bien puede ser cierto, está influenciado por el hecho que el contexto también la hace menos visible.

“Ahora yo siento que no se si ha abajado o subido, yo siento que se mide con distintas varas no mas, en otras épocas era mucho más visible, porque había también una coordinación más permanente y porque se pasaba harto rato en la calle también entonces era como fácil ver y palpar a las organizaciones ahora como que cada una está en lo suya y en épocas importantes como que existen estar coordinaciones”

(Participante organización política, generación actual, 28 años).

Respecto del segundo hallazgo, referido a la mayor presencia actual femenina que masculina, surge como un elemento común el hecho de que las mujeres desde los inicios de la toma han tenido una activa participación en las distintas organizaciones de la población. También hay consenso en que a pesar de esta activa participación, durante la etapa fundacional la mayoría de los dirigentes de la población eran hombres.

“Ahora hay más mujeres participando, pero aquí históricamente esta población fue dirigida por hombres. Nuestros dirigentes de las primeras juntas de vecinos fueron hombres los que teníamos. En la toma, y después en los pasajes eran hombres. Eran aquí los dirigentes por cuadra hombres. Nuestros papás, nuestros tíos dirigentes de la calle”

(Dirigenta organización social, generación intermedia, 48 años).

La participación de las mujeres no decayó durante la época de dictadura, por el contrario debido a la fuerte represión que recaía sobre los hombres de la población, ellas y los jóvenes fueron quienes mantuvieron la estructura organizativa.

“Lo que fue el golpe posterior... te digo, nosotros teníamos dirigentes adultos, y vino el golpe y las que asumimos tendríamos 20 años. Al tiempo del golpe éramos mujeres jóvenes, y nos incorporamos como dirigentes de la población en ese límite de edad. Esa generación, es lo que yo represento que es la generación que asume después del golpe. Y ahí fue un involucramiento de una cantidad de mujeres inmensa. Y nos involucrábamos en el tema de derechos humanos, de la olla común, de los sin casa. Y era una tremenda dirigencia de mujeres. Hombres eran menos por los temas del terror, del miedo. Entonces los allanamientos para defender el tema de los derechos humanos, éramos la mayoría mujeres y siempre estábamos ahí con los cabros...”

(Dirigenta política, generación intermedia).

A pesar de que la dictadura significó un período de fuerte represión, sobre todos contra los hombres, su participación en las organizaciones se mantenía alta. Hoy, contrario a lo que sucedía tanto en el período fundacional, como durante la dictadura, las mujeres señalan que la presencia masculina ha tenido una baja considerable y que la preeminencia femenina es indudable:

“Igual hay harto hombre que está comprometido pero como que la mujer más que el hombre hoy en día. Antes como que el hombre era más... entraban más en lo que eran las organizaciones, ahora como que se ven muy pocos hombres en las organizaciones de todo tipo”

(Participante organización social, generación actual, 25 años).

“Ahora hay muy poca participación de hombres, yo veo muy poca participación de hombres en la organización. La mayoría son mujeres en las organizaciones que yo conozco. Entonces hubo una época aquí en que los cabros eran luchadores, comprometidos y hubo como una desilusión grande y se fueron para la casa”

(Dirigenta organización social, generación intermedia).

Como vemos en estas citas, hay alusiones a un pasado donde a pesar de la alta presencia femenina en las organizaciones, la masculina era mayoritaria. Cabe preguntarse entonces, ¿qué es lo que pasó en esta población que actualmente los hombres parecen menos motivados a participar?, y aquí es donde contexto y motivación nos sirven como elementos explicativos.

Vimos que, en general, las mujeres señalan que los hombres se motivan por temas más políticos y más reivindicativos. Ambos temas tuvieron mayor visibilidad justamente en los períodos donde la participación masculina fue predominante: “la toma” y “la dictadura”.

“Los hombres de la Victoria como yo te digo, los veo pasivo. Yo los veo pasivo. (...) A mí me merecen muchos respetos, muy valientes, jugados, dando sus vidas. Por eso tenemos tantos muertos varones, porque eran en el fondo los cabros los que hacían la contención y una desde atrás apoyaba. Valientes y entregándose

los cabros. Pero ahora los encuentro muy pasivos en el tema de organización. Pero si también con eso de que si tú les das la oportunidad participan”
(Dirigenta organización social, generación intermedia, 48 años).

“Yo creo que empezó habiendo dirigentes hombres, por una cosa política, por una cosa de poder masculino, de machismo...el otro día conversábamos que no se reconocía al inicio de la toma de La Victoria la participación femenina, y existió, lo que pasa es que a la hora de escribir la historia a todos se les olvidó”
(Dirigenta organización social, generación intermedia, 46 años).

Como ya señalamos, “la política” se presenta como una motivación y un campo de acción más masculino. Resulta curioso que en esta población parece darse cierta sincronía entre la crisis que enfrenta la política en general y esta “crisis” de participación de los varones, donde las mujeres reclaman su ausencia, falta de compromiso y participación en la organización.

Las mujeres señalan que actualmente las preocupaciones de la población no son los temas reivindicativos materiales, ni los “grandes temas políticos”, como “derrocar a un régimen”, hoy son importantes el narcotráfico, la seguridad, la falta de oportunidades para los jóvenes y niños para que no se pierdan en la droga, temas “del cotidiano”, que no preocupan tanto a los hombres.

“Los Hombres ahora están, si tú los necesitas salen, cuando han ocurrido cosas aquí en La Victoria y necesitas apoyo aparecen, pero son flojazos para participar. Súper flojos. Sin embargo las mujeres se están atreviendo, están saliendo, tú logras... cuando nosotras hacemos reuniones aquí en el pasaje que habemos 50 familias participando, siempre la mayoría somos mujeres. ¿Hay vecinos?, si, pero 2 o 3, los que siempre participan con nosotros pero la mayoría son mujeres. Si tu vas a la junta de vecinos y es lo mismo, si hay reunión de delegados, mujeres. Hombres muy poco. Pero cuando hay un tema específico que abordar y masivo, van. Pero no en la cotidianeidad sino lo específico. Lo cotidiano es lo que te da lo importante pero ellos no lo creen así”
(Dirigenta organización social, generación intermedia, 48).

“Los hombres participan cuando hay algo que a ellos les conviene. Por eso yo creo que son muy pocos los dirigentes de cuadra que sean hombres, generalmente son mujeres, yo creo que la mayoría. Pero el 90% de la población

que está organizada, son mujeres. Hombres son muy pocos y si participan es porque hay algo que les conviene”

(Dirigenta organización social, generación intermedia, 47 años).

De hecho, algunas mujeres señalan que esta “crisis de participación masculina” se reproduce incluso en las generaciones más jóvenes, porque sigue primando una imagen donde el hombre participa “por los temas importantes”, y como no hay “un gobierno que derrocar” los jóvenes sienten añoranza del pasado en que los hombres si pudieron tener una participación más “heroica”. Aunque hay que señalar que entre las mujeres de las generaciones más jóvenes esta apreciación sobre los hombres y su relación con la política tiene una leve tendencia a diluirse. Probablemente esto tenga que ver con que, actualmente, más allá del género, existe una sensación general de distanciamiento con la política.

“Los cabros más jóvenes los encuentro como más rebeldes. Que es como con los que más peleamos nosotros. Porque ellos quisieron estar, y tiene esta rebeldía como de haberse perdido la lucha de durante la época de la dictadura, pero no fue su época no más! Entonces quieren vivirla, quieren ser héroes. Y no se puede porque ahora son otras las vidas, esas eran otras luchas. Ahora la participación es a través del voto, de la organización, a través de la demanda de tus derechos. Pero no agarrando a piedrazos, destruyendo. Porque no es. Ahora dentro de los jóvenes eso les pasa más a los hombres. Ellos son cabros que quieren salir a pelear, quieren destruir. Y no es no más, no lo vivieron. Si tampoco fue gratuito el tema. Tampoco es que haya sido tan maravilloso, para nada”

(Dirigenta organización social, generación intermedia, 48 años).

Lo que se observa entonces, es que hoy, cuando pesan los temas que podrían ser catalogados como no políticos y que tienen que ver con preocupaciones que motivan más fuertemente a las mujeres como el bienestar por la comunidad, entonces se produce una mayor presencia femenina y un retraimiento masculino. De hecho las mujeres señalan que los hombres “se avergüenzan” de participar de las organizaciones del barrio, como en las organizaciones de cuadras porque son muy femeninas.

Con lo dicho hasta acá podríamos describir entonces la siguiente secuencia:

1. En el inicio de la toma las mujeres tenían una activa participación en las organizaciones, motivada principalmente por su rol de madres y cuidado del espacio doméstico. En ese periodo la dirigencia era mayoritariamente masculina.

2. En dictadura las mujeres también tuvieron una alta participación, pero “los héroes” y quienes estaban “en el frente” eran los hombres. Sin embargo fruto del contexto ellas tuvieron que ir asumiendo gradualmente los vacíos en la dirigencia que dejaba la represión contra los varones

3. Post dictadura, se vivía un proceso generalizado de disgregación social y las mujeres por la necesidad de reconstitución se movilizaron a participar, motivadas principalmente por necesidades de carácter más bien afectivo.

4. Actualmente cuando surgen como principales problemas el narcotráfico, la droga, la seguridad del barrio y las posibilidades de un futuro mejor para los niños y jóvenes de la población, las mujeres parecen tener mayor presencia en las organizaciones, motivadas por el bien común.

Aunque las motivaciones permanecen aún muy asentadas en el rol de “ser mujer”, ellas ya no sólo se preocupan de sus hijos y la “maternidad moral” no es su exclusivo motor de participación; actualmente se sienten responsables de su entorno, y se observa que hay un paso del espacio doméstico al público. Si bien esto puede ser leído como una simple extensión del espacio privado al barrio, vimos cómo ellas, motivadas fuertemente por el nuevo rol que va asumiendo la mujer en la sociedad, se sienten más interpeladas a participar y hacerse responsable de este espacio

No sólo observamos que hay un tránsito de lo doméstico a lo público-la población- sino también de la participación de base a la dirigencia. Justamente de los roles que asumen

las mujeres en las organizaciones y de este cambio que hoy surge en la población La Victoria es que tratará el capítulo que sigue a continuación.

Capítulo II

Roles que asumen las mujeres en las organizaciones

Este capítulo da cuenta de cómo es la participación de las mujeres en las distintas organizaciones sociales y políticas: los roles que asumen, las temáticas que priorizan, las diferencias en cómo se lleva la organización cuando la lideran hombres y mujeres; y de cómo es posible hoy en la población La Victoria, observar ciertas transformaciones y diferencias en las formas que tienen las mujeres de participar, en relación a las etapas anteriores.

1. El “ellos” y el “nosotras” en las organizaciones

Primero es necesario señalar que la información que se presenta en esta sección está construida en base a lo que las mujeres manifestaron respecto de cómo son ellas y cómo son los varones en las organizaciones, tomando en cuenta su experiencia participativa en organizaciones mixtas. Las que además han participado en organizaciones de composición femenina, contaban con un punto comparativo adicional.

Se observó que en general, las mujeres coinciden al señalar que dentro de las organizaciones se produce una división bastante marcada de roles, donde los hombres presentan una tendencia a querer asumir los liderazgos o las funciones de más visibilidad y de dejar en manos de las mujeres las labores “menos importantes”.

“Ellos sienten como que la llevan siempre. Cuando yo participaba por ejemplo en los centros de recreación, a nosotras siempre nos tiraban a la cocina, cuidar a los niños, ordenar. Y los hombres como que automáticamente se creían libres y querían llevar la batuta y mandar todo. Ellos creen que eran la cabeza”

(Dirigenta organización social, con trayectoria de participación).

“Yo estuve mucho tiempo en colonias urbanas y pasó mucha plata por mis manos y en eso, el hombre se cree autosuficiente, que puede manejar un montón de plata y manejar a un montón de gente. En eso el hombre falla. Entonces como

que nos miran a nosotras en menos, como que nosotras no somos capaces de hacernos cargo de una actividad así”

(Dirigenta organización social, con trayectoria de participación).

Como es sabido, a pesar que tiende a existir cierto imaginario social que considera los espacios de participación como ámbitos horizontales y solidarios, los estudios de género han puesto de relieve que en ellos no sólo se dirimen conflictos del poder con un “otro externo”, sino que también con un “otro interno” (Fassler, 2004). Aunque dentro de las luchas internas la variable de género tiende a ser invisibilizada, es uno de los conflictos que más quiebres puede producir dentro del movimiento o la organización.

Según Dunezat (2006), en el “trabajo de militancia”⁶ también se produce una división interna de las labores, donde las mujeres mayoritariamente ocupan funciones que son menos visibles y parecen menos importantes, pero que sin embargo, son imprescindibles para el futuro de la organización o el movimiento social en cuestión. Siguiendo a esta misma autora, este fenómeno que ella llama “lucha dentro la lucha”, produce tensión al interior de la organización y una creciente crítica de las mujeres a la dominación masculina. En este sentido, las mujeres de La Victoria que tienen mayor tradición de participación, manifiestan que la actitud de los hombres en la organización es un fiel reflejo de la dominación de género que se establece en el ámbito privado.

“El tiempo que yo trabajé en la Junta de Vecinos, hubo un presidente hombre, y presidenta mujer, y por supuesto yo al presidente hombre lo encontraba papá, patrón dando órdenes a las hijas o a la familia. Era autoritario... era la visión de él no del universo, sino que él... yo me imagino que se enfrentaba en la organización como se enfrentaba en su casa. O sea traía cosas de la casa para

⁶ Dunezat, en su trabajo de investigación realizado en Francia, analiza en base a dos movimientos sociales de desempleados como la acción colectiva es cruzada por el establecimiento de relaciones de género. La autora construye la categoría de “trabajo de militancia” para generar un concepto más pertinente al espacio-tiempo que se construye en los movimientos sociales, pues considera que los conceptos de trabajo doméstico y trabajo profesional, no pueden ser reutilizados de forma directa en los movimientos sociales; aunque señala que la relación entre el trabajo de militancia y el trabajo doméstico es innegable, pues considera que no es posible comprender las posiciones y trayectorias sociales dentro del movimiento o la organización independientemente del “modo de producción doméstico”, el cual a su vez tiene estrecha relación con la trayectoria de empleo y desempleo de los participantes.

acá diciendo ‘se compra esto’, ‘se hace esto otro’, sin consultar al resto (...) en cambio las mujeres son mucho más preocupadas de que el tema uniera, de escuchar como habla el resto”

(Dirigenta organizacional social, con trayectoria de participación).

Entre las mujeres surgen reiteradas alusiones a la “habilidad” que poseen para preocuparse “por los detalles”, “por la minucia”, la cual es considerada como un valor para la organización y una de las principales diferencias con los hombres.

“Yo siento que las mujeres somos mucho más organizadas, vemos más los detalles, realizamos mucho mejor las cosas que los hombres (...) siento que somos mucho más organizadas. Por lo menos en las participaciones que hemos tenido cuando sólo hemos estado mujeres y otras con hombres”

(Dirigenta organización social).

Esta “habilidad” que manifiestan tener las mujeres, es producto de los propios roles que ellas asumen dentro del hogar como “experta administradora de la unidad doméstica” y responsable del cuidado- en su amplio espectro- de cada uno de sus miembros.

“Te podría decir que para mi modo de ver, las mujeres son más organizadas. Quizás pudieran percibir otros aspectos de envío por el ensayo y el error. Siento que los hombres igual tienen como una visión unilateral. Siempre veo que los hombres toman esto desde un punto pero que les cuesta ver el panorámico y tiene que ver con los roles que se cumplen. Si el hombre llega del trabajo a la casa, muchas veces no tienen nada más que hacer que bañarse, cambiarse de ropa e irse a trabajar. Yo siento que en un alto porcentaje la mujer finalmente es la que está a cargo de la economía del hogar, se preocupa de las enfermedades de los hijos. Hay como ciertos roles tan definidos para la mujer que la mujer, les guste o no, igual los tiene que solucionar. Además, la sociedad te carga a ti de un estigma de si eso lo hiciste bien o lo hiciste mal”.

(Participante organización social, con trayectoria de participación).

Nuevamente son las mujeres que tiene más tradición en participación en organizaciones, quienes están más conscientes que las habilidades referidas a las capacidades de administración son producto de la socialización de género. Tal como señalaba Dunezat

(2006) a medida que aumenta la experiencia participativa, las mujeres van desarrollando mayor conciencia de que los roles que asumen son productos de la cultura patriarcal.

Sin embargo, pensamos que no sólo la experiencia participativa es que la genera este proceso. La conciencia de la situación de subordinación, también se incrementa cuando las mujeres acceden a otras esferas diferentes al ámbito doméstico. Entre ellas, el ingreso al mercado laboral; y el acceso al sistema de educación superior, adquieren relevancia. El moverse en distintos espacios de interacción les permite, por un lado, vivenciar cómo la dominación de género se reproduce en otros espacios sociales, y por otro, las ubica también como “observadoras” de las interacciones sociales de los y las otras, lo que también influiría en dicho proceso de reconocimiento. Aunque, tener mayor conciencia de la experiencia de subordinación no implica que ellas se trate de revertir, ni que no la sigan reproduciendo, ante eso las salidas pueden ser múltiples, desde resignación a rebeldía.

Cabe resaltar una cuestión importante respecto de la tendencia de los hombres a querer ocuparse de las “tareas importantes”. Observamos que la mayoría de las mujeres coinciden en manifestar que actualmente en las organizaciones mixtas de jóvenes, hay mayor propensión a la paridad en las funciones que asumen unos y otras; lo que no implica que no sea un proceso exento de resistencias por parte de los varones o que su inclinación a asumir las tareas de mayor relevancia haya desaparecido. Lo que sucede más bien en las jóvenes, es que se oponen a la inequidad en la distribución de las tareas y manifiestan su disconformidad.

“Por ejemplo querían presentar un proyecto como grupo de música a los chiquillos, pero cuando llegó el momento de tener que ir a hacer la pelea, de hacer papeleos... ellos dicen: Usted es la mujer, ustedes son las que tiene que ir, que ellos no sirven para hacer papeleos, la mujer tiene que ir, presentar el grupo, presentar el proyecto que ellos tenían. Y no po’ si somos el grupo, somos cinco los que tocamos en la banda, somos los cinco los que deberíamos ir. O por último uno que acompañe... pero si eso ustedes no lo están haciendo, nosotros tampoco” (Participante organización social, generación actual, 25 años).

La cercanía de las mujeres, sobre todo de la generación fundadora e intermedia, con la problemática local y cotidiana, repercute en el hecho que cuando asumen puestos de liderazgo o son mayoría en la organización, ésta tiende a ser más cercana a la comunidad. Según Campero (1987), cuando son ellas quienes llevan las organizaciones se observa un mayor balance entre la lógica instrumental y la comunitaria.

“Las organizaciones cuando son más de mujeres que de hombres son más cercanas a la comunidad, un poco es lo que pasa con los clubes deportivos que son esencialmente de hombres y es como un núcleo súper cerrado, no es mucho el efecto que yo siento que producen en la comunidad, así si hay organizaciones de mujeres siento que se preocupan, o sea las temáticas de las que las preocupan son muchas más amplias de las que se preocupan los hombres y yo creo que tiene que ver con eso con estar pendiente como que las mujeres a la vez son no se son más sensibles a muchos más temas que los hombres. Un ejemplo práctico, nosotras hemos tenido directiva en la calle y cuando han sido lideradas por hombres tú los cachay súper estructurados por la reunión y que se yo, en cambio cuando ha habido directivas mujeres así como súper preocupadas del vecino y con iniciativa para poder ayudar a los vecinos y como pendiente siento que en esas cosas son más preocupadas”

(Participante organización política).

Si bien como hemos mencionado, algunas mujeres reconocen que las habilidades que ellas despliegan en la organización como: la administración, la preocupación por los detalles, entre otras, son producto de los dictámenes culturales que se les imponen, también se mencionan otras características que se identifican más bien como destrezas innatas del ser mujer, las cuales también se consideran un *plus* para la organización: el afecto y la preocupación por los otros, son las más mencionadas. Cabe destacar que principalmente quienes mencionan éstas, son mujeres que tienen menos experiencia participativa; lo que en cierto modo corrobora lo que señalábamos más adelante respecto de la relación entre trayectoria de participación versus mayor conciencia de dominación patriarcal.

“Tú misma como mujer por ejemplo, llegan acá a tu lado y te explican un caso de cierta persona. Tú como que dices ‘Chuta y ¿si me pasara a mi?... y tienes el corazón más blandito. Y un hombre no, porque te dice- ‘que no y es no, no más.’

Yo hallo que es como que nosotras nos ponemos en los zapatos de las otras personas, nos ponemos en los pies de ellos y se asimila que a uno igual le puede pasar(...)los hombres son más distantes, más fríos, como que dicen... como que a ellos nunca les va a pasar nada. Son como más distantes pa' esas cosas, son como más fríos, de corazón de piedra, y eso influye en la organización"

(Dirigenta organización social, sin trayectoria de participación).

"Yo creo que el hombre es más frío, piensan en las cosas... en lograr su objetivo y nada más. En cambio las cosas siempre la mujer las va a ver como diferentes. Nosotros por ejemplo acá trabajando... por lo mismo se hizo ese proyecto, lo que es la prevención de drogas con el reforzamiento escolar. Mezclar las dos cosas, trabajar con los niños; y la idea siempre ha sido sacar a los niños de la calle y de la droga. Y eran como distintos proyectos y siempre la presidenta de la junta de vecinos se tiró por ejemplo por el lado de lo que eran los niños... pensando que son el fruto de Chile. Pienso que se hacen las cosas diferentes, con más... poniendo un poquito de sentimiento en las cosas que se hacen, en las decisiones, en los proyectos, ese tipo de cosas"

(Participante organización social, sin trayectoria de participación).

Esta cuestión retoma una vieja discusión en las temáticas de género, respecto de si existen habilidades, destrezas o características esenciales del ser mujer. Según Fisher, autora que partiendo de los propios planteamientos de Simon de Beauvoir referidos a como "la mujer no nacía, sino se hacía en sociedad", señala que la mujer nace y que la cultura va moldeando ciertas "capacidades innatas" propias del ser mujer: "Para Fisher las capacidades innatas de la Mujer se resumen en las siguientes: habilidad verbal; capacidad para interpretar posturas, gestos, expresiones faciales y otros signos no verbales; sensibilidad emocional; empatía; excelente sentido del tacto, del olfato y del oído; paciencia; capacidad para pensar y hacer varias cosas simultáneamente; una amplia visión contextual de las cosas; afición a hacer planes a largo plazo; talento para crear redes de contacto y para negociar; impulso maternal; preferencia por cooperar, llegar a consensos y liderar sirviéndose de equipos igualitarios" (Fisher, 2000: en Doña, 2005: 2).

Tanto las capacidades innatas como las adquiridas van moldeando, según las mujeres, un tipo de liderazgo particular distinto al masculino, que se caracteriza por su horizontalidad, su componente afectivo y su cercanía a la comunidad. Según Helgsen

(en Doña, 2005:6), el liderazgo femenino se diferencia del masculino en que este último “pretende alcanzar metas y lograr objetivos...y por cierto, llegar a la cumbre, porque las mujeres ven a las organizaciones de una manera distinta. Para las mujeres no se trataría del gran juego de la vida donde todo se gana o todo se pierde, porque ella es capaz de poner atención a los detalles y a las relaciones entre las personas, gestiona su tiempo a tal punto de salir a la hora y atender a su familia, cuida y ayuda a sus empleados, comprendiendo sus situaciones personales, y en general tienen una vida más allá de la propia organización”.

Nos parece que tanto las habilidades innatas que señalan las mujeres, como las que destaca Fisher, ponen en evidencia que la pretendida naturalidad de la esencia femenina a preocuparse por los otros, ser más afectivas, empáticas, presentar mayor propensión hacer planes a largo plazo etc., radica en último término en el hecho de ser madre, o sea es también producto de una construcción socio-cultural la cual pone como horizonte de realización y definición del ser mujer la maternidad. Si ponemos atención en las características que se mencionan, todas de forma implícita, o explícitas en algunos casos, hacen alusión a lo que describe como “instinto maternal”; “lo maternal” entonces sería siempre lo definitorio e inmutable del ser mujer, incluso aunque no se sea madre, sería “lo innato” a la condición femenina.

Es cuestionable entonces esta tendencia universal de las mujeres, a ser horizontales, afectivas, empáticas, cercanas, entre otras, pues de ser así no podrían existir mujeres déspotas, torturadoras, que apoyan dictaduras, que asesinan, cosa que sabemos no se ajusta en ningún caso a la realidad.

De hecho pudimos observar que aunque las mujeres consideren que ciertas características son más propias de la condición femenina, también dan cuenta de como la pretendida universalidad femenina no es tal cuando se aplican criterios de realidad. Así aunque coinciden en manifestar que el liderazgo femenino tiende a adoptar los rasgos aquí señalados, también es unánime entre ellas manifestar, por un lado, que esto es una

tendencia y que en ningún caso todas las mujeres son iguales, y por otro, que debido a eso mismo, “ser mujer” no basta para ellas como un criterio de selección, cuando elijen tanto a sus autoridades nacionales como locales o en las propias organizaciones. En todas ser mujer se podría configurar como un elemento a favor, siempre y cuando “esa mujer” adscriba a su corriente ideológica, la que no se transa en ningún caso. Más fuerte que la identidad partidaria es el eje izquierda –derecha el que prevalece entre estas mujeres.

Todas las mujeres se autodenominan de “izquierda” y ninguna votaría por una mujer de derecha por “muy mujer que sea”, aquí la memoria colectiva pesa enormemente entre ellas, pues todas asocian la derecha al período más duro que ha vivido la población, la dictadura, y por tanto votar por ellos sería olvidar y desconocer la represión que sufrieron, pero también la lucha de muchos hombres, mujeres, jóvenes, que fueron asesinados, torturados y desaparecidos.

Aunque se reconoce como un tema importante el apoyarse entre mujeres, cuando éstas acceden a puestos de poder, también hay un llamado a ser criteriosa y tener en cuenta que la condición de género no es suficiente para votar, apoyar o coincidir con otra mujer.

Retomando el tema del liderazgo femenino, también hay coincidencia entre estas mujeres, que cuando son ellas quienes lo asumen, en la organización hay un funcionamiento menos “institucionalizado” a la hora de tomar decisiones, que permite a su vez generar otro vínculo entre los miembros, ya que no hay “tanta burocracia” de por medio. Aunque cabe hacer la distinción que quienes tienen formación política señalan que tienden a asumir un estilo más formal, pues adoptan formas masculinas, retomaremos esto un poco más adelante.

“Es que nos cuesta menos ponernos de acuerdo en algunas cosas, por ejemplo hay muchas veces que nosotras hemos querido hacer murales por ejemplo, y nos cuesta muy poco ponernos de acuerdo con algunas chiquillas que son muralistas y que nos ayuden, no hay burocracia de por medio, mientras que generalmente los hombres hay que hacer reuniones, poner puntos de reunión...puro

atado...Que nosotras no lo necesitamos, nosotras vamos a la casa de la persona, conversamos con ella, vemos el dibujo juntas y se hace, no es necesario más. Generalmente es un tiempo más compartido, conversamos mucho, y quizás el cuento es ese, que conversamos mucho nosotras, el cómo estoy, qué pasa contigo, es como súper fundamental ir mas allá de la tarea, es como generar ese lazo mucho más humano”

(Dirigenta organización social).

Campero, señala que en las organizaciones sociales de base, donde las mujeres pobladoras tenían alta presencia, se observó que tendía a primar y a valorarse más un tipo de funcionamiento informal de la participación a la hora de tomar decisiones: “la democracia interna parece practicarse entonces sobre todo por medio de un control social informal, más que mediante mecanismos acordados o pactados explícitamente” (1987; 77).

Cabe decir aquí una cuestión más sobre la tendencia de las mujeres a “ser y actuar” de determinada forma. Observamos que incluso entre las mujeres que parecen más conscientes que varias de estas características que se les atribuyen, corresponden a construcciones socio-culturales, tienden de igual forma siempre a diferenciarse de los varones en base al mismo “esencialismo” asignado a la condición femenina que critican, lo que pone en evidencia como la estructura de dominación patriarcal, está más arraigada de lo que parece, actuando como diría Bourdieu como violencia simbólica, entendiendo por esta “aquella que impone una coerción que se instituye por medio del reconocimiento extorsionado que el dominado no puede dejar de prestar al dominante al no disponer, para pensarlo y pensarse más que de instrumentos de conocimiento que tiene en común con él y que no son otra cosa que la forma incorporada de la relación de domino” (Bourdieu, 2000:14)

Es así que se establece entre estas mujeres una constante lucha entre el reconocimiento de la condición de subordinación, y por tanto el intento de modificarlo y hacerlo ver a otras mujeres, y el peso del *habitus* que tiende a reproducirlo. Entendiendo por *habitus* a

aquellas disposiciones estructuradas y estructurantes que configuran esquemas generativos a través de los cuales se interpreta, percibe y actúa (Bourdieu, 2000).

“Nosotras hemos aprendido a ser dirigentes de manera masculina, sobre todo las que estamos en la población, aprendimos de cómo era la junta de vecinos, de cómo eran los partidos políticos y los comandos poblacionales de manera muy jerárquica, con un presidente, una secretaria y yo creo que nos ha costado cambiar el estilo, a pesar de todo, a pesar de los años...yo todavía conozco un centro de madres que todavía son muy jerárquicas, que todavía dicen que la presidenta es la que tiene que mandar, que es la presidenta la que ordena y nos ha costado mucho. Pero hemos otras que hemos tratado de cambiar eso porque hemos aprendido otra manera de relacionarnos y nos cuesta mucho, porque tú nosotras hemos aprendido a tratar de relacionarnos en forma horizontal, de tener relaciones más circulares y nos ha costado mucho generar esos grupos de mujeres porque está tan anquilosado el cuento de relacionarse en forma jerárquica que no se entiende el trabajo de equipo, no se entiende el tener una casa abierta a todas las mujeres y que todas las mujeres puedan sentir que es su casa, porque ellas creen que tiene que haber un orden preestablecido y nos ha costado cambiar eso...”

(Dirigenta social, con trayectoria de participación).

La orgánica política, dentro de los diferentes posibles espacios de participación, se presenta como aquel donde se es más proclive a reforzar y reproducir la estructura de dominación masculina.

“No es fácil porque tenemos dos mecanismos, hacemos las cosas de manera diferente, o una vez que participamos en política nos mimetizamos igual que el hombre y pasamos a ser mujeres disfrazadas de hombres en la política. Entonces tenemos que aprender a hacerlo de nuestra manera, si yo tengo ganas de llorar yo lloro y no importa, tengo ganas, y me emociono, y lloro y me alegro, y me río y si quiero bailar bailo (...) el protocolo a los hombres se los come, y a las mujeres que no somos capaces de poner bien las reglas también nos come. O hacemos la política desde la lógica de que somos diferentes, que receptionamos diferentes. Lo que tenemos que demostrar es que somos efectivas, ese es el desafío porque a la larga igual nos van a evaluar con los hombres y mujeres, y una mujer en esta sociedad va a ser evaluada con mucho más rigor que un hombre en los roles que cumple. Van a ser más drásticos con las mujeres porque lo primero que dicen es que las mujeres no saben”

(Dirigenta política, con trayectoria de participación).

En la línea de lo aquí hemos venido señalando, Kirkwood (1990:65) sostiene “Ello ha significado para nosotras alcanzar conciencia política a través de ideas, acciones y organizaciones propias del poder y la cultura masculina y *en sus términos*⁷ ; lo que va desde el lenguaje, hasta las formas de organización consideradas como posibles. Esto mismo se ha traducido, con frecuencia, en la aceptación de las modalidades de participación atribuidas a las mujeres en las organizaciones políticas masculinas: constituir bases de apoyo, fuerza explosiva o punta de reivindicaciones específicas, complementariedad de labores principales y en general, realización de dictats de jerarquías, sin cuestionamiento”.

Particularmente en las organizaciones políticas, observamos que se produce un fenómeno de rechazo/aceptación de las mujeres bastante peculiar. Como ya hemos visto con anterioridad, las mujeres tienden asociar el espacio de la participación en organizaciones políticas, a los hombres; la política se presenta como una motivación propiamente masculina, y los hombres a su vez son descritos como sujetos en los que prima el interés individual sobre el colectivo, son menos empáticos a las necesidades de la comunidad, y que cuando lideran una organización son más burocráticos, autoritarios y les gusta asumir los cargos de poder más altos y visibles. En el espacio de participación política las mujeres entonces se sienten más incómodas, lejanas a sus lógicas de funcionamiento y a las temáticas que les interesa tratar. Al ingresar a este tipo de organizaciones generalmente se corre el riesgo de masculinizarse y debillo a ello prefieren marginarse, pues participar de la organización política significa para muchas de ellas, replicar y reforzar la sensación de dominación masculina a nivel social, cuestión a la que no están dispuestas exponerse.

Sin embargo, y justamente en concordancia con lo último que hemos venido tratando acá respecto de cómo el *habitus* actúa, también observamos que en algunos casos se produce comodidad con la lógica de la organización. La lógica vertical, autoritaria, masculina, donde las mujeres se encargan de “las tareas domésticas” del trabajo

⁷ Cursiva de la autora

militante también es algo cercano a ellas, pues han sido socializadas bajo ese modelo, por ende es algo naturalizado que se “acomoda” en cierta medida a lo que ellas son y saben hacer mejor; esto les permite participar sin la necesidad de enfrentarse al modelo de dominación que se reproduce en la organización, enfrentamiento que las mujeres coinciden en señalar, como un costo personal muy alto, pues la resistencia masculina también es alta. Se produce entonces, en algunos casos, una situación donde si bien las mujeres participan, ellas se automarginan de desempeñar funciones y cargos que se salgan de “lo tradicional”.

2. Las mujeres en La Victoria: de la base a la dirigencia

Como ya hemos visto, desde los orígenes de la población, la presencia de mujeres en organizaciones ha sido alta. Inicialmente muy anclada en su rol de madres y esposas abnegadas, su participación estaba directamente relacionada con el objetivo de conseguir un techo para sus hijos y satisfacer las necesidades básicas de la unidad doméstica.

Existe consenso entre las mujeres en señalar que la participación femenina en el período fundacional fue de suma relevancia, pues eran ellas quienes se quedaban “resistiendo” en la población, mientras sus parejas salían a trabajar.

“Los niveles de participación y de liderazgo de mujeres han sido como súper importantes creo en la Victoria, de hecho desde la génesis de la toma, quienes se quedan son las mujeres aperrando, entendido que el hombre tenía que de una u otra forma proveer en términos económicos, entonces son ellas en la que la práctica levantan la organización y quienes hacen un poco ir cumpliendo, o sea como cumpliendo las metas que se estaban programando, desde construir el consultorio, desde construir la escuela, que eran para necesidades diarias que se producían ahí” (Participante organización política).

A pesar del protagonismo de las mujeres en este período, las mujeres también coinciden en que los liderazgos y cargos de mayor importancia dentro de la estructura organizacional de la población durante ese período, eran ocupados por varones.

La participación de las mujeres en la estructura organizacional barrial no decayó durante las etapas posteriores, sin embargo no fue hasta la época de la dictadura que las mujeres comenzaron a asumir ciertos puestos de liderazgos. Ahora bien, este hecho concreto no tuvo que ver tanto con un cambio de roles en las organizaciones, como con el contexto político de aquella época.

“Yo creo que cuando ya vino la dictadura, la mujer tuvo...por los múltiples allanamientos y detenciones y todo, que tomar un rol con eso. Entonces también ahí se capacitaron unas a otras (...) en tiempos de dictadura los hombres recibían una represión más dura. De hecho, en los allanamientos, los hombres desde los 12 años eran llevados a las canchas de la población. Nunca hubo un allanamiento masivo para mujeres. Eso ya te dice algo”

(Participante organización social, generación intermedia, 39 años).

Aunque las mujeres señalan que durante la dictadura tuvieron que aprender a luchar “codo a codo” con el hombre, su participación, más allá de los cargos dirigenciales que empezaron a asumir, seguía mayoritariamente agrupándose en ámbitos tradicionalmente asignados para ellas. Respecto de esto, Campero (1987) señala que la composición de las organizaciones de base fueron cambiando a lo largo de la dictadura. En un inicio pensando en la transitoriedad del golpe militar, estas organizaciones buscaban salvaguardar el capital militante que existía, por ende su composición era predominantemente obrera y la organización de base predominante eran las “bolsas de cesantes”. A medida que el régimen se fue consolidando y la crisis económica empezó a azotar a los grupos más pobres, el carácter y los participantes también mutaron “En efecto, la idea en cierto modo obrerista o sindicalista que había animado las iniciativas, especialmente de “las bolsas de cesantes”-dando lugar a una cierta preeminencia de dirigentes varones- va cediendo paso a la noción de familia popular como centro de la acción. A partir de ello comienza a surgir el rol de las mujeres como protagonistas centrales de esta nueva fase. No es que ellas no estuvieran presentes en las experiencias previas, pues su participación fue evidente en los comedores populares e incluso en las bolsas de cesantes. Lo que ocurre es que ahora surgen con un papel de primer plano y

asumen progresivamente la dirigencia de las organizaciones de sobrevivencia” (op.cit:54).

A pesar entonces que las mujeres en esta etapa comienzan asumir lentamente puestos de liderazgo, aunque todavía muy ligados a su rol de ser mujer, es innegable el aprendizaje conseguido durante esta época como dirigentes y militantes de base. Se concentró durante esta época un capital organizativo muy potente entre ellas. De hecho ahora no nos parece tan casual el hecho que al iniciar los contactos del trabajo de terreno buscando mujeres que participaran actualmente en organizaciones sociales o políticas de La Victoria, nuestra muestra se haya ido concentrando entre mujeres que pertenecían a la generación de jóvenes durante la dictadura, (que aquí hemos denominado generación intermedia) y entre mujeres de la generación fundadora. Es un hecho compartido por varios autores que se dedicaron al estudio del movimiento poblacional durante la dictadura, que gran parte del movimiento de aquella época era constituido por mujeres y jóvenes.

Los primeros años post dictadura se reconoce como un período de baja generalizada de participación y organización, las mujeres hacen alusión ese período, como etapa “perdida”, donde la gente “se entró hacia sus casas”, por ende no fue posible identificar, los roles que hombres y mujeres asumieron en la estructura organizativa de la población.

“Cuando estábamos en dictadura nosotros éramos una población súper organizada. Había organizaciones por todos lados. Llegó la democracia y como que todo eso se terminó entonces nos fuimos guardando en nuestras casas y yo creo que ese fue el error más grande, haber cedido los espacios porque nosotros nos entramos. Nos quedamos en la casa porque ya no hay nada que pelear, no hay nada que hacer y por lo tanto, es el error más grande (...) Todo el mundo se entró. Para mí ese era el concepto, llegó la democracia por lo tanto, no hay que hacer nada más”

(Dirigenta organización social, generación intermedia, 47 años).

Sin embargo también surge como un elemento reiterativo entre las mujeres, que pasado los primeros dos años de la democracia, las mujeres fueron las que nuevamente comenzaron a organizarse.

“Aquí paso que de los hombres de mi generación quedan pocos, por eso no participan, casi todos se fueron, se casaron hicieron sus vida. Hay más mujeres de esa época... nosotras nos quedamos porque somos más aperradas. Insisto, si las mujeres son más aperradas y siempre quieren aprender algo. Independiente que tú te guardes en tu casa, llega un momento en que despiertas o te hacen despertar y sales a la calle. Los hombres no. La mayoría de los que trabajamos, son todos casados, pero se casaron y ahora él deber de ellos es trabajar y alimentar a la familia y nada más”

(Dirigenta organización social, generación intermedia, 47 años).

Ante este “despertar” de las mujeres surgen dos elementos importantes. El primero es al contenido de aquello que “te hace despertar”; observamos que “ese algo” era el tema de la droga, de cómo ella estaba influyendo negativamente en el futuro de jóvenes, niños y de la población en general, pues la presencia de narcotraficantes en la población hacía del entorno un espacio más hostil, violento e inseguro. El segundo, es que este “despertar” presenta un elemento novedoso. Si bien como siempre en esta población las mujeres presentan una activa participación en las organizaciones, hoy ellas se están haciendo cargo pero asumiendo mayor liderazgo, ocupando cargos que antes eran reservados para los hombres.

Si, se están viendo más caras femeninas, que masculinas, en todo, por lo menos acá, en todo, en las organizaciones, en las calles haciendo cosas, se están viendo más y hay varias como dije anteriormente, se están viendo las caras de la gente que esta haciendo las cosas acá... Ya sean talleres, abrir bibliotecas, trabajar la junta de vecinos...hacer cosas (...) Es que como dije denantes, yo creo que es el tiempo, tal vez antes si se hacia pero era todo más despacito, más detrás, no se..., aquí siempre han visto mujeres con harto poder y todo, pero igual era como una protagonista más antigua, era como detrás del marido su participación. Entonces ahora ya no

(Participante organización social, generación actual, 22 años).

Ahora bien, a pesar que el tema del barrio y la preocupación local es una motivación importante, por la cual las mujeres siguen participando, pero no ya no sólo “detrás del hombre”, nos atrevemos también a señalar, que esa motivación se cruza en esta población con la tradición de participación de las mujeres que se ha ido consolidando gradualmente en La Victoria. O sea aquí no sólo las mujeres participan porque hay problemas locales que resolver, que culturalmente es una preocupación más asociada a las mujeres, sino también porque la participación de las mujeres en lo público se ha ido consolidando como un rol importante.

De hecho, a pesar de que hemos visto como surgen varias alusiones entre las mujeres al predominante liderazgo masculino que existía en esta población desde sus orígenes, también pudimos encontrar, que al mismo tiempo ellas consideran que, por ejemplo, esa tendencia masculina a apropiarse de los roles y funciones más “importantes” y visibles de la organización, en la Victoria se da de forma más suave que en otros lugares.

“No, si hay diferencias. Pero yo creo que se da en distintas partes. Tal vez no sé, porque por ejemplo, cuando trabajamos acá en la junta de vecinos, la que era la coordinadora de todos los talleres que se hicieron fue la Katina, que ella es mujer, y ella es muy ordenada, organizaba las cosas, llegaba a las reuniones y así veía que hay que hacer esto. Y no se veía, como que el hombre fuera el liderazgo porque fuera el hombre, sino que, tal vez ellos hacían otro tipo de cosas (...) En la parroquia acá las mujeres son bien mandonas, entonces si alguien quiere decir algo, no se lleva como el liderazgo de que “nosotros somos hombres”, de hecho, los coordinadores son hombres creo, los de nuestra juvenil, tres... o en las decisiones que se hacen... ellos más que escuchan que toman alguna decisión, las decisiones generalmente se toman en el grupo. Y las mujeres participan bastante, entonces no. Pero por ejemplo, no así en mi curso del instituto donde estudio. Somos cuatro mujeres, el resto son puros hombres y las niñas si son súper distintas, calladas, tímidas, no se enfrentan mucho al discutir, al “es que no me parece lo que tu estás diciendo” y si, ahí si se da, eso de que los hombres son como más...Entonces creo que tal vez, aquí en La Victoria, las mujeres tienen harto power”

(Participante organización social, generación actual, 22 años).

Massolo (2003: 42) señala respecto de la participación femenina en el espacio local: “Se proyecta su rol domestico sobre el espacio público pero no se disminuyen o eliminan las desigualdades de género. La participación de las mujeres se concentra en cuestiones y tareas relativas a las necesidades básicas de la familia y la comunidad, mientras que los hombres se reservan la participación en los cargos de poder político en las organizaciones sociales y el gobierno local”.

Si bien lo que se señala Massolo se ajusta en cierta medida a lo que hemos visto a lo largo de este capítulo, también no deja de ser cierto que actualmente podemos ver en La Victoria que aunque la participación de las mujeres sigue fuertemente concentrada en preocupaciones por las problemáticas de su comunidad, también es posible observar que esta participación gradualmente las ha llevado a ocupar puestos de poder tanto en las organizaciones locales, como en el gobierno local. No hay que olvidar que hoy en el gobierno local encontramos una alcaldesa y concejala de la comuna que son pobladoras de La Victoria.

Cabe preguntar entonces, si la alta participación de las mujeres ha tenido como efecto el que las mujeres hoy estén asumiendo estos roles de mayor liderazgo y si ella ha influido también en su identidad de género. Sobre estos temas nos explayaremos en el capítulo siguiente que trata de los efectos de la participación social y política de las mujeres.

Capítulo III

Efectos de la participación: el camino hacia una nueva identidad de género

Campero en el año 1987, observaba que la participación de las mujeres en las organizaciones de sobrevivencia económica, provocaba como uno de sus principales efectos, redefiniciones en su rol: “La evidencia que surge de las entrevistas es nítida respecto a que las prácticas participativas, el aprendizaje de nuevas formas de sociabilidad, la comprensión más elaborada del carácter social y colectivo de la crisis, y en fin, la capacidad expresiva que facilita el núcleo comunitario convierten a esta experiencia en un proceso de impacto profundo sobre la conciencia de las mujeres que participan. Por primera vez y con la extensión que tienen estas prácticas parece estarse dando un emergente fenómeno de redefinición en el rol de la mujer popular “(1987:72).

Éste hecho, es bastante compartido entre las estudiosas del género, casi todas coinciden en que la participación social y política de las mujeres produce diversos efectos entre ellas, que impactan preferentemente en su concepción de la condición femenina. Como señala Valdés, aludiendo a la participación de mujeres pobladoras en organizaciones durante la década del ‘70: “la existencia de estos grupos tiene gran impacto en la vida de las mujeres y legitiman un tipo de organización social que cambia la experiencia de ser mujer, pobre y urbana” (2000:53). En este capítulo mostraremos que esta redefinición en el rol y experiencia de las mujeres se orienta hacia un cambio en su identidad de género.

Partamos primero por describir los hallazgos encontrados en esta investigación. Identificamos tres grandes tipos de efectos de la participación: **efectos personales, efectos en el sentido de totalidad y efectos culturales**. Entendiendo por los primeros aquellos que tienen impacto en la esfera más subjetiva, como aspectos referidos a autoestima, satisfacción personal y desarrollo personal. Por efectos en el sentido de totalidad, se entenderán aquellos cambios que se producen en las mujeres en una apertura a una comprensión más global de la situación que se vive, que les permite

construir un “nosotros” donde se colectivizan los problemas personales que se enfrentan; y por efectos culturales, se entenderá a aquellos cambios que se producen a nivel de roles y concepciones arraigadas en la experiencia de dominación patriarcal. Cada uno de estos efectos, podríamos decir en lenguaje coloquial, aporta “su grano de arena”, en la construcción de nueva identidad de género de las mujeres de la población La Victoria.

1. Efectos personales

Los efectos personales de la participación, son en general los más nombrados dentro de las investigaciones referidas a este tema (CEPAL, 1984; Jelin, 1987). En nuestra investigación identificamos varios tipos de estos, los cuales se agrupan de distinta forma entre las mujeres dependiendo básicamente de cuatro variables: años de trayectoria de participación, tipo de organización en la que se participa, generación a la que se pertenece y “vivencias significativas”, entendiendo por éstas últimas a experiencias biográficas que marcan y definen fuertemente su historia de vida presente y futura.

El primer efecto personal denominado **mejora en la autoestima**, ha sido registrado por varias autoras que se refieren al tema de participación femenina (Massolo, 2003; Fassler, 2004; Jelin, 1997; CEPAL, 1984). En esta investigación aunque también surgió como un elemento reiterativo, pudimos observar que era más destacado entre las mujeres en que existían “vivencias significativas” muy potentes, tales como historial de violencia o procesos migratorios, y entre aquellas que tenían menos años de trayectoria en participación. En el primer caso, la participación logra ir remediando gradualmente la sensación de inutilidad, invisibilidad para el resto y poca valoración, que habían traído consigo las situaciones de violencia o migración.

En relación a las mujeres con menos trayectoria, pudimos observar que al compararlas con las de más años de participación continua, estas últimas tendían a destacar la mejora en la autoestima mucho menos como un efecto. Esto corrobora entonces el hecho que a

mayor trayectoria de participación se posea una mayor autoestima, lo que provoca entonces que luego de las experiencias iniciales en organizaciones (y siempre que se sigan teniendo participación continua) este efecto tiende a ser menos destacado, pues él se concentra más fuertemente en los primeros años de la experiencia participativa.

“Yo creo que me he sentido más realizada en poder hacer otras cosas. Bueno yo estuve un tiempo con mi autoestima bien por el suelo, y al empezar a trabajar acá me di cuenta de que sí podía. El trabajar en una organización con diferentes personas (...) de repente había gente que ni siquiera se sabía mi nombre, ‘la hija del Pedrito’⁸ o ‘la hija del Soto’, pero no importa, me conocían igual. Y después de a poco yo empecé a participar... y ahora para todos soy la Fran, francisquita, la Francisca Ya me di a conocer yo, con mi nombre, no como la hija de. Y eso para mí también era importante, el poder lograr que ya me nombraran, dijeran mi nombre, no que la hija de alguien o cualquier otra cosa. Claro porque al principio yo donde llegaba era la hija de Pedrito, ya después no. Era la Francisca, era como diferente”

(Participante de organización social, sin trayectoria de participación).

Un segundo efecto personal es la **adquisición de conocimientos y habilidades sociales**. En éste cobra especial relevancia la variable generacional, debido a que se observa que hay una estrecha relación entre el tipo de valoración que se hace de este efecto y las condiciones objetivas de las mujeres según cada período histórico. Así, por ejemplo, entre la generación de mujeres fundadoras, las cuáles tuvieron menos posibilidades de insertarse al mercado laboral formal o continuar estudios superiores, se destaca más este efecto, pues identifican la organización - sea esta política o social - como el único espacio al que pudieron acceder más allá de la familia. A su vez, para las mujeres de la generación actual, si bien también se observa que se reconocen efectos similares que las otras, no adquiere la misma potencia, debido a que como han mejorado, en cierta medida, sus posibilidades de acceso al mercado laboral y a la educación superior, existen otros espacios de aprendizajes, agregándose un matiz más utilitario, en tanto una racionalidad con arreglos a fines, en su valoración.

⁸ Tanto los nombres como apellidos a los que se hacen alusión en las citas han sido cambiados para proteger la identidad de las mujeres.

“En términos personales, creo que se me desenvolver bien en otros entornos, se pararme enfrente de gente y decir lo que pienso sin miedo a que este mal o que este bien. Llego y se decir, por ejemplo, a mi me ha servido mucho ahora que estoy estudiando, por ejemplo todo ese tipo de disertaciones que hay que pararse a hablar, a mi no me da nada de vergüenza o en el no saber algo y preguntarlo. Porque no me da susto que todo el mundo sepa que dije algo que estaba mal dicho. Y si pregunto algo “ah no sabe”, creo que eso me ha servido bastante”

(Participante organización social, estudiante y trabajadora, generación actual, 22 años).

“Yo si bien estudie una carrera súper estructurada, siempre he trabajado en programas de intervención, la idea es poder ponerlos a disposición en la comunidad y mis experiencias de participación me han servido hartito para mi desempeño laboral”

(Participante organización política, estudiante y dueña de casa, generación actual, 28 años).

Ahora bien, en unas y en otras se mencionan como conocimientos y habilidades adquiridas: los conocimientos técnicos, los conocimientos políticos, la cultura general y varias habilidades sociales como aprender a hablar en público, escuchar distintas opiniones, ser más tolerantes, menos testaruda; todas habilidades que valoran y reconocen como indispensables para ser dirigente o participar de una organización social o política.

“Sí a conocer a las personas, sus decisiones, sus pensamientos... tú vas escuchando para ir tomando decisiones. Porque ejemplo tu un día puedes decir ‘hoy día hace calor’, y la gente te va a decir ‘No, hoy día está como tibio’ Y tu como que va dando una idea de... ¿no sé si me entendí? Que te sirve, te va capacitando lo que tú vas haciendo”

(Participante organización social).

“Yo creo que la importancia para mi es que uno aprende y asume que de cada cosa que uno hace vas aprendiendo. Lo primero es asumir que yo no tengo la verdad, yo no conozco la verdad absoluta, no soy dueña de la verdad absoluta. El asumirse cuando yo voy a una organización política, voy con la idea de que yo tengo una opinión, una idea y peleo mi opinión, pero también espero que me convenzan y que me digan que estoy equivocada con argumentos, no que me impongan”

(Dirigenta política).

Un tercer efecto personal, corresponde **al proceso de autoconocimiento**, el cual comprende desde un conocimiento en los aspectos más íntimos del ser mujer hasta los más públicos. Aquí la variable tipo de organización cobra relevancia. Las mujeres que participan de grupo femeninos destacan más aspectos referidos a su intimidad, como por ejemplo, cambios en como viven su sexualidad, que no se observa de forma tan clara entre las que participan en otros tipos de organizaciones. Esta diferencia se sustenta en que en los grupos de mujeres hay una intención consciente de la reivindicación por lo femenino, de formar a sus participantes en cómo la condición de subordinación de género, opera también en lo íntimo, a diferencia de lo que pasa en los otros tipos de organizaciones donde se da un proceso más indirecto, ya que las mujeres a raíz del reconocimiento de ciertos derechos sociales y de las inequidades y luchas de poder que se dan en otros ámbitos, comienzan a tomar consciencia de cómo ellos se replican en la esfera privada.

“Inclusive a mi forma de relacionarme con mi pareja, yo creo que si hubiese conocido a Juan hace 10 años atrás, hace 15 años atrás yo creo que mi relación no hubiese sido como es ahora porque, bueno primero está la madurez y lo otro es que hace 15 o 20 años atrás no tenía tan claro los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres, entonces la relación habría sido mucho más sumisa, más sometida, ahora no, ahora siento que es mucho más igualitaria, me siento mucho más segura de mí misma, de mi propio cuerpo, y mucho más capacitada para establecer relaciones igualitarias con mi pareja, de sentirlo como compañero, y se establece una relación de amantes también distinta, más rica, más libre y eso yo creo que lo hemos ido logrando de a poco, porque también hay que enseñarle”

(Dirigenta organización social grupo de mujeres).

Como otro efecto en el proceso de autoconocimiento se menciona el haber descubierto su “vocación profesional” a través de la participación:

“De hecho cuando yo empecé a participar en los centro de recreación infantil, llegue como niña a participar. Como éramos dos los de esa edad de 16 años, fuimos ayudantes de monitores. De hecho participando en los centros de recreación elegí mi profesión. Vi que el camino era para ese lado y empecé a estudiar. A trabajar primero, se me dio la oportunidad de trabajar acá en La

Victoria con los niños en un jardín, y después se me dio la posibilidad de estudiar. Y desde que empecé a participar en organización, vi mi profesión. Es lo que yo elegí y fue por la participación de acá que tuve en La Victoria”

(Dirigenta organización social).

Un último efecto personal que mencionaron las mujeres, fue la **realización personal**. Varias de ellas relevan el hecho que la participación en organizaciones sociales y políticas las hace sentirse realizadas. Observamos que entre las mujeres con más trayectoria de participación, la importancia de ésta es tal, que la relevan como uno de los aspectos más del ser mujer.

La participación entonces aumenta el horizonte de realización de la mujer, ya no sólo es la casa y los hijos lo que las “completa”, sino también el posicionarse en otros espacios. Es interesante mencionar aquí el hecho de que quienes más resaltan este efecto personal, son las mujeres de la generación intermedia. Ellas representan el tránsito entre el modelo tradicional de mujer abocada al espacio doméstico, y el modelo de mujer actual, con mayor presencia en otros espacios. Se observa entonces que si bien hay una necesidad de reconocerse en la generación anterior, en tanto mujeres luchadoras, al mismo tiempo tratan de desmarcarse y diferenciarse de ella.

“Yo me siento realizada como mujer porque me case con una persona que igual ha participado de organizaciones. Nos conocimos participando en organizaciones. Pude estudiar, trabaje, tuve a mis hijos más adulta. Trabajo, puedo participar en organizaciones. Siento que estoy como realizando ideas como mujer”

(Dirigenta de organización social, con trayectoria en participación).

Como hemos visto, si bien la participación femenina puede estar fuertemente motivada por los propios roles que le son asignados y por “el deber ser” de las mujeres, que las hace movilizarse por temas concretos, asociados generalmente a cubrir carencias materiales de su núcleo familiar o a para resolver problemas de su entorno inmediato, ésta puede tener implicancias no esperadas, que pueden impactar positivamente, tanto en el reconocimiento de su condición de subordinación en la sociedad patriarcal, como

desarrollando herramientas que permitan, aunque sea muy gradualmente, ir la modificando. Massolo (2003: 44), plantea que es posible identificar dos tipos de intereses que motivan la participación de las mujeres y que están relacionados: los intereses prácticos de género, que son formulados a partir de las condiciones concretas que vive la mujer en el terreno doméstico y que se dirigen a la supervivencia humana, los cuales no cuestionan la inequidad de género; y los intereses estratégicos del género “los cuales pueden surgir a raíz de la participación en base a los primeros y que se producen del reconocimiento y toma de conciencia de la posición de subordinación, desigualdad y discriminación de las mujeres en la sociedad (...) Participar por intereses estratégicos de género ayuda a las mujeres a adquirir libertad, igualdad real, autoestima y empoderamiento, según el contexto sociopolítico y cultural de donde emergen y se expresan”. Como vemos entonces, si bien estas mujeres no participan, a excepción de las de grupos femeninos, por intereses estratégicos del género, su participación ha ido teniendo efecto en ellos, aunque estos aún se mantengan en el plano de los efectos no esperados y no como motivaciones explícitas en ellas.

2. Efectos en el sentido de totalidad

En este tipo de efectos identificamos dos que nos parecieron relevantes para el tema de la identidad.

Uno de ellos, lo denominamos **de “lo local” y/o afectivo a las problemáticas sociales** y se refiere a los nuevos intereses que se van generando entre las mujeres producto de la participación. Muchas señalan que como efecto de ésta les han empezado a importar cuestiones que antes no estaban entre sus inquietudes; hay una “apertura al mundo” donde se comienza a manifestar de forma creciente la necesidad no sólo intervenir en el curso de las problemáticas locales sino también en las globales. Esto redundará, en que comiencen a informarse y discutir sobre nuevos temas, y se vuelvan más críticas de su

situación actual y futura, pasan así de la preocupación inmediata y cotidiana, a una de más largo plazo y estructural.

“Ahora como te decía me empezó a interesar votar, inscribirme en los registros electorales para dar yo mi opinión, decir lo que yo pienso, votar por la persona que yo creo que pueda hacer algo por nosotros. Me ha llamado eso la atención ahora”

(Dirigenta organización social).

“Empecé a relacionarme más con gente. Empecé a ver experiencias de otras personas. Uno al estar en contacto con otra gente va conversando y adquiriendo nuevas experiencias. Y viendo experiencias de otras mujeres, como que se le abre... no tiene esa mente tan estrecha de la casa y nada más, estar en la casa, ver a los hijos, ver la tele. Uno ve mucho más allá, ve más mundo”

(Dirigenta organización social).

Esta misma experiencia de “relacionarse con más gente” a la que hace alusión la última cita, genera un segundo efecto que hemos denominado: **la construcción de un “nosotras”**. Éste se refiere a como las mujeres van internalizando el que la realidad que viven, y por ende sus necesidades y demandas, también son compartidas por otras de su mismo grupo social, surgiendo entonces en esta construcción un componente clasista y de género.

“Yo creo que una de las cosas es entender que tú no eres una isla. Que tu problema no es sólo tuyo. Yo entiendo que las mujeres sienten que son pobres y mujeres. O sea, doblemente afectadas. Yo creo que ellas sí visualizan eso. Que son un poco invisibles al tema del gobernante de turno. La importancia es esa, que cuando tú participas con otras mujeres, te sientes acompañada, quieres aprender más. Yo creo que ahí se visualiza como la ignorancia que uno tiene en diversos temas. Esa mirada te la dan los otros”

(Participante organización social, ex- militante organización política, con trayectoria de participación).

Es necesario señalar que aunque hay una identificación con el ser mujer y pobladora, prima el carácter clasista –dado por la condición de pobladora- y sólo muy pocas resaltan con claridad el hecho que la participación afecta directamente la condición de género.

“Y tenemos que estar involucradas e incorporadas en la política y en la organización porque además también junto con eso, a medida que avanzamos en la organización, en la participación, también vamos tomando conciencia del rol como mujeres que tenemos que jugar, y el déficit que hay con nuestros derechos. Y desde el lugar donde uno esté tiene que influir para que esos derechos también sean entregados a las mujeres y tenemos que ganarnos esos derechos y combatir contra una mentalidad machista, retrograda”

(Dirigenta organización social, con trayectoria de participación).

Cabe destacar que entre las que surge como efecto de su participación un cuestionamiento a su condición de género, son aquellas en que se congregan a lo menos dos de estas variables: trayectoria de participación, participar en grupo de mujeres y/o tener cierto grado de formación política. Entre el resto prima lo que se documenta en otras investigaciones: “Además pareciera que esencialmente es la misma práctica participativa la que radicaliza a las mujeres y despierta nuevos y mayores compromisos con su grupo. Asimismo las luchas en que participan las mujeres de los sectores populares no suelen tener un carácter de reivindicación individual; por el contrario, pelean por sus familias y por los grupos a los que pertenecen y muchas veces, aunque organizadas por género, pareciera que su participación obedece más bien a una estrategia colectiva que a iniciativas definidas sexualmente” (Cepal, 1984:11).

De esta forma las mujeres pobladoras, generalmente inician su participación por interés prácticos de género y si bien es posible que ellos a la larga generen interés estratégicos de género, el paso de uno a otro no es automático. La condición de subordinación y desigualdad de género se encuentra interiorizada y se reproduce de forma tan natural, que se requiere que otras variables confluyan para que potencien el efecto de reconocimiento de dicha condición (como por ejemplo: contar con formación política, desenvolverse en otros espacios más allá del hogar, acceder a estudios de educación superior, entre otras). Es más fácil por tanto radicalizar su postura e incrementar su compromiso con el grupo social, pues es más fácil identificar y oponerse “al otro”, al cual hay que demandar, presionar o exigir, si con este no se tiene ningún tipo de vínculo afectivo, que identificar y reconocer la relación de conflicto y poder dentro de su círculo

más íntimo, pues oponerse a “los hombres” como el alter que también reproduce y sostiene la situación de dominación, es entrar en conflictos con sus parejas, hermanos, hijos, donde no hay sólo un vínculo afectivo, sino una historia, origen y sentidos de pertenencia compartidos.

3. Efectos culturales

En esta dimensión identificamos dos efectos: **cambios en la concepción del ser mujer** y **cambios en los roles de las mujeres**.

El primer efecto, **cambios en la concepción del ser mujer** incorpora dos aristas: (1) tradición de participación femenina de la población y (2) cambios en los patrones de socialización del ser mujer. Respecto del punto (1) observamos que el concepto de “ser mujer” que han elaborado las mujeres está fuertemente influenciado por la historia de participación femenina en la población, sobre todo del período fundacional. Para ellas la lucha que dieron las generaciones que llegaron a la toma tuvo un impacto positivo en desmitificar la pasividad de las mujeres como simples encargadas de ejecutar las labores del hogar, pues con sus acciones demostraron que ellas también son capaces de incorporarse a la lucha social y desarrollar habilidades que no suelen atribuírseles:

“La participación de la mujer... sí. Yo pienso que las mujeres si podemos, por lo menos acá en la población está muy demostrado que la mujer si puede. Que la mujer ha sido la que ha luchado por muchas cosas. Como que sube harto el ego el ver que las mujeres si podemos trabajar, que podemos lograr algo por nuestras familias. Que no siempre sea visto como que la casa es siempre el hombre el que la mantiene y hace algo por su familia. La mujer también puede. Acá muchos tienen sus casa y siempre dicen que gracias a su mamita que tienen una casa, un lugar donde vivir, algo que dejarle a los nietos, a lo hijos. Porque si no hubiera sido por ellas, mientras tu papá trabajaba... quien se iba a venir a tomar terreno si la mamá no se daba el valor de hacerlo y la lucha por buscar un lugar para sus hijos”

(Participante organización social).

Como hemos dicho la participación femenina no sólo se mantuvo después de la etapa fundacional, sino que durante el período de lucha antidictatorial ella se incrementó, tanto a nivel de base como dirigencial. Ambas experiencias han ido configurando una concepción de mujer distinta, mucho más involucrada tanto en el devenir de sus hogares como en el de su población, y de la sociedad en general. Si bien siguen aún muy ancladas al rol tradicional de mujer pobladora, ellas se auto perciben como mujeres menos sometidas al espacio doméstico, y más idóneas para demostrar que tienen muchas más capacidades de las que culturalmente se les atribuyen.

“Lo importante es que las mujeres demostramos que somos capaces, que no estamos solo para estar en la casa, que fueron y son valoradas las mujeres de esta población, que son inteligentes. Es una visión de una mujer distinta, muy pocas veces utilizada. Siempre las mujeres hacen las cosas a sabiendas, aquí”
(Dirigenta organización social, generación intermedia).

En relación al punto (2); la concepción de mujer que ellas han desarrollado producto de la participación, también ha provocado cambios en los patrones de socialización. Se observa que quienes tienen hijas mujeres tratan de inculcar en ellas el ser más independientes y autónomas- sobre todo de sus parejas-. Éste patrón no sólo es asimilado debido al acto deliberado de transmitirlo, sino también se produce una incorporación menos consciente a través de la propia observación de quienes tienen madres participativas.

“Y el ver que mi mamá, estando con mi papá, con mi hermana, que ella tiene su familia pero que ella igual se da el tiempo para salir, para trabajar y apoyar a la gente, participar en distintos talleres; me hicieron darme cuenta de que yo también podía. Que no necesariamente tenía que estar aquí encerrada en estas cuatro paredes, del trabajo a la casa y de las casa al trabajo y listo. Entonces más me motivo a poder participar”(Participante organización social, generación actual, con madre que participa de organizaciones sociales).

“El aprendizaje que tú obtienes de la participación tienes que entregárselo a otra persona y qué mejor que a tu hija. No quiero que sea una de las mujeres sometidas de la sociedad. Ya tiene su bebé de un año y cuatro meses, tiene su

pololo y le digo o sea, las cosas son claras: si tú no te pones firme, el día que tú te cases...”

(Dirigenta organización social, con trayectoria de participación, una hija de 21 años y un hijo de 19 años).

Ahora bien, como hemos señalado la participación no sólo ha traído como efecto **cambios en la concepción del ser mujer**, sino también en **los roles que ellas asumen**. Hay que destacar que este último efecto adquiere distintos matices según tres variables: años de trayectoria de participación, tipo de organización y si la mujer trabaja o no. Observamos que en aquellas mujeres que recién se inician en la experiencia participativa se resguarda el no descuidar sus roles domésticos y participar en los tiempos que preferentemente no interfieran en ellos, a diferencia de aquellas que ya llevan más años de trayectoria, entre las cuales más que abandonar las labores domésticas, lo que se produce es una mayor redistribución de dichas tareas entre los distintos miembros de la familia. En estos casos ninguna de las mujeres deja de participar o asistir a una actividad por cumplir con esas labores.

Entre aquellas que participan de organizaciones políticas, se observa que hay una mayor distribución de roles al interior del hogar, debido a que éste tipo de organizaciones son más exigentes en los tiempos que de ellas demandan. Llama la atención que cuando las labores que tradicionalmente se asignan a las mujeres las suplen los varones, inmediatamente se asocia al hecho que ellos adquieren características propiamente femeninas. En el sentido inverso de cuando las mujeres pasan a ocupar lugares propiamente masculinos, lo que sucede aquí es que ellos se feminizan.

“Y hay cosas que yo no he podido cumplir con mis hijas y él las ha suplantado, y tiene buena relación con sus hijas. Es la mamá en algunos aspectos con sus hijas, compinche con ellas. Pero para otras cosas soy compinche yo. Entonces yo a veces soy la bruja, la que pone la mano dura, y él es el compinche y a veces al revés”

(Dirigenta política, con trayectoria de participación, generación intermedia).

La distribución de roles se incrementa cuando además de participar, las mujeres trabajan y son un aporte económico importante para la unidad doméstica. Quisiéramos destacar un caso, que si bien puede ser marginal, abre un elemento importante para el análisis. Revisemos la siguiente cita:

“Es como... yo toda mi vida he trabajado... y cuando yo me casé con el Pedro él no ha tenido trabajo permanente de todos los días, entonces él asumió solo. Yo trabajo y él se queda en la casa. Pero no he tenido dificultad de roles, porque él siempre me ha ayudado, o sea no me ha ayudado ha hecho lo que le corresponde no más. Si están los niños sabe que tiene que atenderlos, si llegan del colegio los atiende él, si estoy yo, los atiende yo. Si estoy acá y tengo que hacer el aseo lo hago yo, si está él lo hace él (...) o sea igual un período nos generó conflictos que él no trabajara, como que yo ya estaba cansada de trabajar y yo lo veía aquí que no hacía nada. Entonces hubo un tiempo que nos generó conflicto eso, pero después lo conversamos y lo asumí de mejor forma. Yo tenía la sensación de que estaba aquí, no hacía nada, dormía todo el día. O sea, yo lo veía así, me pasaba películas de que yo me iba él se quedaba durmiendo. Pero no era tan así, no se quedaba durmiendo, solo era lo que yo pensaba”

(Dirigenta de organización social, con trayectoria de participación, trabaja, generación intermedia, 43 años).

Aquí se observa que si bien a primera vista ella parece adoptar una postura bastante progresista respecto a los roles de cada uno, haciendo alusión a que “es lo que le corresponde”, y que tal como son asignados socio-culturalmente los roles para hombres y mujeres, habría un intercambio de ellos; al igual que el caso de mujeres que participan en organizaciones políticas, esta redistribución, se presenta más bien como “un machismo invertido”, muy asentado, aunque menos consciente de lo que ellas mismas pueden identificar, en los “deberes ser” de cada género. Así el que ellas o sus parejas no cumplan los roles socio-culturalmente aceptados se presenta como una desviación a la regla; “la regla” entonces no es cuestionada, sino que lo que se pone en entredicho es que ella no se cumpla. Prima la creencia, y el temor, que cambiar los roles establecidos, es convertirse en el “otro”, como si al abandonar la condición de género que les ha sido asignada significara convertirse en el opuesto (Lagarde, 1990).

Así entonces, cuando aquí hemos hablado de que de la experiencia participativa se produce un cambio de roles, esto se refiere básicamente a (1) una redistribución de roles dentro de la familia, (2) mayor desprendimiento de las mujeres de cumplir las labores tradicionalmente asignadas y (3) desempeño de roles en posiciones sociales históricamente menos ocupados por mujeres, como participar de “lo público”, sin por ello haberse desprendido de la estructura más elemental de la dominación patriarcal. Si bien como vimos a nivel discursivo ellas declaran que su concepción de mujeres ha cambiado, hecho que no deja de ser cierto, a nivel más estructural, observamos que aún hay un predominio muy arraigado de esta estructura de dominación patriarcal que actúa como *habitus*.

4. Efectos e identidad de género

Comencemos primero por acordar una definición de identidad. Utilizaremos el concepto según lo define Larraín: “la identidad es un proceso que tiene que ver con la manera en que los individuos y los grupos se definen a sí mismos al querer relacionarse – “identificarse”⁹- con ciertas características” (2001:23), resalta la importancia de los factores sociales en su construcción y señala también que no es estática y que por ende no puede ser concebida bajo ningún tipo de esencialismo. La identidad según este autor se construye en base a tres elementos: (1) la cultura, (2) los objetos y (3) los otros.

Concentrémonos aquí en el tercer componente que según Larraín (2001:28) construye la identidad¹⁰. “Los otros son aquellos cuyas opiniones acerca de nosotros internalizamos. Pero también son aquellos con respecto a los cuales el sí mismo se diferencia”. En el primer sentido del término este significa específicamente “que nuestra autoimagen total implica nuestras relaciones con otras personas y su evaluación de nosotros” (Gerth y Mills en Larrain, 2001:28). El sujeto interioriza las actitudes y expectativas de otros-

⁹ Cremillas del autor

¹⁰ Retomaremos que significan los elementos 1 y 2 en el capítulo siguiente

significativos- respecto de él y las transforma en autoexpectativas. Estos “otros” son lo sumatoria de varias relaciones sociales que se cruzan de forma compleja y variable y que se terminan articulando como un cuerpo integrado de múltiples expectativas, la pregunta entonces ¿quién soy yo a los ojos de otros¹¹? asume gran relevancia. Larraín introduce la idea de autoreconocimiento, en el sentido que éste actúa como función del reconocimiento de los otros que hemos internalizado. El autor siguiendo a Honneth, señala que el autoreconocimiento que hace posible la identidad, toma tres formas: autoconfianza, autorrespeto y autoestima, el desarrollo de estas formas de relación con el sí mismo depende de haber experimentado el reconocimiento de otros, en síntesis la identidad es un proceso intersubjetivo de reconocimiento mutuo. La confianza en sí mismo surge a medida que la expresión de necesidades encuentra respuesta positiva; el respeto de sí mismo depende de que otros respeten su dignidad humana y derechos, y la autoestima depende del hecho que el aporte de una persona pueda ser reconocido como valioso (Larraín, 2001).

Según Larraín el aporte que hace Honneth de la lectura de Mead, de quien toma sus planteamientos, es que “permite comprender a la identidad no como una construcción meramente pasiva sino como una verdadera interacción en la cual la identidad del sujeto se construye no sólo como el reconocimiento libre de los otros sino también como el resultado de una lucha de ser reconocidos por los otros” (Op. Cit: 31)

Vimos con anterioridad como la experiencia participativa produce efectos a nivel personal, cultural y en el sentido de totalidad. Ahora bien, a ello podemos agregar que a su vez cada uno de estos incide en uno de los elementos constitutivos de la identidad: los otros.

Los efectos personales mejoran el autoconcepto de las mujeres, autoreconocimiento en el lenguaje de la Larraín. Así si ellas mejoran su autoestima o se sienten más realizadas o con más herramientas para desenvolverse en diversos espacios sociales, se producirá no

¹¹ De los “otros significativos” en el lenguaje de Mead

sólo un cambio en como se ven a ellas mismas, sino también en como las ven los (as) otros (as). Lo que en último término incidirá en la imagen que interioricen acerca de cómo esos (as) otros(as) las ven.

Lo mismo sucede en el caso de los efectos culturales. El que las mujeres construyan una concepción de mujer con más presencia en “lo público” y menos subordinadas a su espacio doméstico y a sus parejas, o asuman roles distintos a los impuestos socio-culturalmente, cambiará no sólo en como se relacionan con los y las otras, sino también en su autoconcepto, en las expectativas que los(as) otros(as) se hacen de ellas y entonces, en último término en las autoexpectativas que ellas internalicen. En el caso de los roles, sabemos que ellos son definidos por la identidad de género que se les asigna a hombres y mujeres, por tanto si ellos cambian, también es posible, a través del mecanismo aquí descrito, que ella se modifique de la misma forma.

Los efectos en el sentido de totalidad, por su parte, se relacionan no sólo con la dimensión del elemento “otros” referido a la mejora del autoreconocimiento, sino también a la dimensión de “los otros” como diferentes. Vimos aquí que fruto de la experiencia participativa surge en estas mujeres un fuerte carácter clasista en la construcción de un “nosotras”, en tanto, si bien hay una identidad cultural compartida, que es el género, esta se mezcla con la de clase –dada su condición de pobladoras-, la cual particularmente en este caso, es la que más parece pesar, o como dice Larraín (2001) “con la que se tiene más lealtades”.

En suma, efectos personales, culturales y en el sentido de totalidad inciden en la construcción de “una” nueva identidad de género en tanto movilizan cambios en el autoconcepto de las mujeres y por tanto en lo que ellas internalizan acerca de cómo las ven los(as) otros(as); y los efectos en el sentido de totalidad, provocando cambios no sólo en éste sentido, sino también en también en la diferenciación con los(as) otros(as).

Hemos descrito el mecanismo por el cual es posible que la experiencia participativa haya incidido en la construcción de una nueva identidad de género, que como hemos visto aquí, en el caso de las pobladoras de La Victoria, ha ido configurando un concepto de mujer más autónoma, con más presencia en lo público, con una mayor distribución de roles en las tareas del hogar y más empoderadas, entre otras cosas. Sin embargo, esto no quiere decir que siempre la participación incida en la identidad de género, según las características que aquí hemos descrito. No hay por tanto “una sola identidad”, siendo su construcción un proceso tensionado por distintos factores, lo que lleva a que el contenido que ella vaya adoptando dependa tanto (1) del cruce de distintas variables como: trayectoria de participación, tipo de organización, si las mujeres trabajan y “vivencias significativas”, (2) del contexto global, que define la condición de la mujer, y del contexto local, que tiene que ver la historia y problemáticas propias de su entorno y, en último término, (3) de cómo se articulen los elementos: los otros, la cultura y los objetos. De la articulación de estos tres elementos es que trataremos en el capítulo siguiente.

Capítulo IV

“Ser Victoriana”

La argumentación que hemos seguido como hilo conductor en este texto, apunta a que la experiencia de participación de las pobladoras de La Victoria ha ido incidiendo en los procesos de construcción de su identidad de género.

La identidad de género se refiere a la construcción social y cultural que posiciona al sujeto(a) como masculino o femenino. La sociedad patriarcal ha definido “el ser mujer” a través de una distinción históricamente determinada: la feminidad. Ésta considera a las mujeres “a partir de su condición: genérica y la define de manera contrastada, excluyente y antagónica frente a la masculinidad del hombre. Las características de la feminidad son patriarcalmente asignadas como atributos naturales, eternos y ahistóricos, inherentes al género y a cada mujer. Contrasta la afirmación de lo natural con que cada minuto de sus vidas, las mujeres deben realizar actividades, tener comportamientos, actitudes, sentimientos, creencias, formas de pensamiento, mentalidades, lenguajes y relaciones específicas en cuyo cumplimiento deben demostrar que en verdad son mujeres” (Lagarde, 1990:3).

Sin embargo, las características de la feminidad que define el patriarcado, van tomando diversas formas dependiendo de los contextos socio-culturales en que ellas se inserten. Así, la identidad de género, del “ser mujer”, no es una condición estática. Como toda identidad, la de género, también se define ante un “otro” de significación y diferenciación, está inscrita en una determinada cultura y se arraiga en un determinado sentido de pertenencia.

Vimos con anterioridad en qué consistía el elemento “los otros”, y cómo incidía en la construcción de determinada identidad de género. Nos abocaremos entonces a ver cómo éste y los otros dos componentes: “la cultura” y “los objetos”, toman forma y van

constituyendo cierta identidad entre las mujeres pobladoras de La Victoria. Antes de entrar en ello es necesario precisar que, siguiendo a Larraín (2001), **la cultura** es definida como aquella que permite al sujeto definirse a sí mismo al identificarse con ciertas cualidades grupales; y **los objetos**, como aquellos que otorgan sentido de pertenencia y permiten proyectar las propias cualidades en ellos “la idea es que al producir, adquirir o modelar cosas materiales, los seres humanos proyectan sus sí mismos, sus propias cualidades en ellas y las ven de acuerdo a su propia imagen”.(op. Cit.: 26).

Partamos entonces por ver cómo los efectos de la participación se concretan en este “otro”, tanto en el sentido de ¿quién soy yo para otros? como en el de ¿a quiénes soy distinto?

1. Los otros

1.1. ¿Quiénes somos para los otros?

La imagen que las mujeres perciben que tienen “los otros” respecto de ellas mismas, está en sintonía con lo que señalamos en el capítulo III, respecto de los efectos positivos que tiene la participación en el autoconcepto o auto-reconocimiento que hacen éstas de sí mismas.

Tomaremos primero como otros a los “hombres”, pues éste emergió como uno de los más significativos, respecto de la construcción de la identidad de género.

La mayoría de las mujeres manifestaron que los hombres ven a las victorianas como mujeres fuertes, luchadoras, comprometidas con el mundo social, donde la participación en la organización social y política es una más de sus responsabilidades, característica que de hecho las distingue de otras pobladoras.

“El mundo de la participación, yo creo que eso es como natural está como integrado...incorporado en nosotras y yo creo que los hombres, los compañeros nuestros lo toman así también, porque no se imaginan una mujer que esté tan metida en la casa”

(Dirigenta organización social, generación intermedia, 46 años).

Los hombres, según ellas, valoran el hecho que participen del mundo social, los hace sentirse orgullosos de “sus mujeres”; incluso para aquellas que tienen parejas surgen varias alusiones en cuanto a que fue su propia participación en organizaciones lo que conquistó al otro, pues en concordancia con la cita anterior, son hombres que no conciben que una mujer sólo se dedique a los quehaceres domésticos.

“Yo creo que a mi pareja lo conquistó el que yo participara, es que nos conocimos en esto, nos conocimos participando, nos conocimos en una reunión partidaria, entonces es como, más encima él cacha toda la carga histórica que también viene por este lado, de familia, y yo creo que a él le gusta harto, de hecho me reta cuando me cacha media inactiva, así como que me dice '¿que pasa que no has ido?'”

(Participante organización política, generación actual, 28).

La imagen que estas mujeres creen que “los otros” tienen de ellas, varía según la generación a la que hagamos referencia, y por tanto, al contexto que caracteriza cada período. Si bien gran parte señala que los hombres las reconocen como activas participantes del mundo social, no hay que olvidar que varias de estas mujeres pertenecen a la generación intermedia, que justamente es aquella en que la participación femenina fue más visible y, donde tanto producto del contexto global como del local, comenzaron a asumir roles dirigenciales. Esto nos hace pensar que el hecho que los hombres conciban a las victorianas como activas participantes del mundo social, está fuertemente mediado por la experiencia común de lucha contra la dictadura. En esta generación gran parte de ellas conoció a sus compañeros participando y, a su vez, muchos de ellos también eran activos miembros de diversos tipos de orgánicas. La lucha contra la dictadura en esta población fue muy potente. La organización se convirtió en la

estrategia privilegiada de resistencia y autoprotección, por ello, y debido a que el contexto de alguna forma lo requería, hombres, mujeres y jóvenes valoraron la experiencia participativa como estrategia de sobrevivencia y acción social y política. No es casual entonces que esta experiencia común favorezca la imagen que sus parejas tienen de ellas.

Señalamos lo anterior porque encontramos entre los relatos de las mujeres comentarios que nos permiten afirmar, que si bien la participación en organizaciones puede favorecer la imagen que los varones tienen de ellas, en tanto las conciben como más integradas al mundo social, ésta depende fuertemente de dos factores, (1) el contexto global que define un determinado modelo de ser mujer, el cual a su vez abre o cierra oportunidades para la participación femenina, y (2) las propias formas que el contexto global toma en lo local. Así por ejemplo, esta imagen de “victoriana” que las mujeres creen tienen los hombres de ellas, actualmente se ve tensionada.

Hoy en la población no sólo encontramos a los hombres luchadores de la dictadura, que valoraban el rol de sus compañeras como activas militantes en organizaciones, sino también encontramos a los hombres ligados al narcotráfico y la delincuencia, para los cuales el rol de la mujer es estar en la casa al servicio de su pareja y no de la comunidad.

“Dependiendo de las personas es como ven a las mujeres de La Victoria, por ejemplo creo que hay este grupo de niños denominados flytes¹², ellos son como a la antigua. Ellos sus mujeres tienen que ser, estar en la casa, si tienen hijos mejor y cuidan a los hijos. Y ellos la pueden atender todo lo que sea pero ellas son las encargadas de tener una casa ordenada o donde sea que vivan, y del almuerzo y todo ese tipo de cosas. Son bastantes como antiguos en ese sentido. Y se mueven en el ámbito de la violencia, de que se gritan garabatos, de que se pegan, todo ese tipo de cosas. Y ellos deben ver a la mujer como algo suyo, propiedad. Hay otras personas que no po, la gente que en general que trabaja, todo... se ve como con respeto, se le ha enseñado que los papás, el colegio la

¹² En la jerga poblacional este termino se asocia con aquellos sujetos que delinquen, se relacionan con el mundo del narcotráfico y penitenciario

abuelita luchó que se yo... que tienen que ser respetuosos, que no hay que pegarle a la mujer... entonces igual ya vienen con otro switch...”

(Participante organización social, generación actual, 22 años).

Para estas mujeres, es de suma importancia entonces organizar a las otras pobladoras, de las distintas generaciones, pues consideran que es una de las formas que tienen para lograr que perdure la imagen de “mujer luchadora integrada al mundo de las organizaciones”, que supuestamente es lo que caracterizaría a las victorianas.

En la construcción de la identidad de género de estas mujeres, no sólo son significativas las miradas de los hombres, aunque en este caso surge como la más visible, sino que se produce más bien una suma de diversas expectativas de distintos “otros” que se terminan articulando como un cuerpo integrado. Así, además de los hombres, también el entorno y los amigos surgieron como “otros” importantes.

Respecto del entorno, acotado básicamente a los vecinos, las mujeres en general señalan creer que su participación es valorada y mirada con “buenos ojos”, hecho que aumenta su autoestima.

“Se nos reconoce en la participación. Porque dentro de la población nosotras además tenemos una organización mucho más participativa, entonces hay otros pasajes que nos reconocen que somos súper participativas, que nos juntamos para hacer esto, que nosotros... se nos reconoce. Y eso da orgullo. Que te reconozcan, que te valoren y que otra gente quiera venir a participar contigo, porque en las calles ha habido gente que ha querido participar con nosotras, no en su calle. Eso es valorable.”

(Dirigenta social, con trayectoria en participación).

La valoración positiva de la participación de las mujeres por parte del entorno, está mediada por la propia historia de la población. La experiencia de lucha que primero se dio por conseguir terrenos y casas, y luego contra la dictadura, favorece esta valoración. Sin embargo, hoy esta imagen enfrenta una enorme tensión debido al tema del narcotráfico. En los contextos anteriores había un objetivo que era compartido entre la comunidad, ya sea para conseguir reivindicaciones materiales concretas, y

posteriormente, para derrotar al régimen militar. Hoy, la población está dividida entre los narcotraficantes y lo que ellas llaman “la gente honrada y trabajadora”. Si bien entonces existe cierto inconsciente colectivo en que se valora la participación -que se puede observar con mayor claridad en la generación fundadora e intermedia- hoy ésta también es cuestionada, ya que para cierto sector de la población que se dedica a la venta de drogas, la participación de las mujeres está asociada a la denuncia. Este hecho ha tensionado y condicionado la valoración que la comunidad hace de la acción social y política de las mujeres.

Los amigos, entre la generación más joven de mujeres y para las que no tienen parejas, también se constituye en un otro significativo respecto del cual se internalizan expectativas, y que refuerzan los efectos positivos de la participación en la construcción de su identidad de género.

“Mis amigos siempre cuando yo les digo que me invitaron a participar en... ellos me dicen que vaya, que yo puedo y que si necesito que alguien de la pelea ‘aquí estamos nosotros’, por mi hija. Ellos siempre apoyándome mucho. Incluso si yo les digo a los chiquillos que tal o tal proyecto, que vamos. A veces ellos no pueden, pero en lo que yo decida me apoyan. Y ellos como súper contentos de que yo participe en algo”

(Participante organización social, generación actual, sin pareja, 25 años).

“Piensan que soy ultra top, es que los amigos que tengo acá también participan, entonces bien, a ellos les gusta y también hacemos cosas, y organizamos cosas”

(Participante organización social, generación actual, sin pareja, 22 años).

Observamos entonces que el quiénes son estas mujeres para “los otros”, va cambiando según las características de cada período histórico, y que la imagen que ellas han ido construyendo actualmente se ve tensionada por diversos factores.

1.2. ¿A quiénes somos distintas?

Como hemos visto, “los otros” como elemento constitutivo de la identidad, no sólo se refiere a aquellos de los cuales internalizamos lo que somos, sino también de los cuales nos diferenciamos. Particularmente, en la construcción de identidad de género de las mujeres de La Victoria, surgen como otros “distintos” relevantes: los hombres y las otras mujeres.

Se observa que para estas mujeres los hombres de la Victoria tienen una identidad poca definida. Cuando se les pregunta por ellos, la mayoría de las opiniones hacen alusión “a que hay de todo un poco”, y les cuesta coincidir en características generales que los definen. A pesar de ello, logran identificar distintos tipos de hombres según generaciones.

Las mujeres señalan que los hombres que participaron en “la toma” eran honestos, trabajadores y luchadores, sin embargo, también coinciden en que eran bastante machistas y que les costaba asimilar la participación activa que tenían las mujeres en las organizaciones. Aunque en muchos casos “la permitían”, ya que ésta era en pro de mejorar las condiciones de vida de los hijos, no era totalmente aprobada.

Las mujeres de la generación intermedia, describen a los hombres de su generación como luchadores, de convicciones, menos machistas y “más compañeros” que en otros lugares y clases sociales, más respetuosos de sus tiempos y con quienes han logrado establecer una relación más de pares que de dominación de uno sobre otro. Evidentemente esta concepción está fuertemente mediada por la historia y la experiencia de represión dictatorial que marcó a esta generación. Es en este grupo de hombres donde se presenta como más internalizado el hecho que las mujeres participen activamente del mundo social.

Respecto de los hombres más jóvenes, las opiniones aparecen nuevamente cruzadas por el tema de la droga. Hay hombres trabajadores, estudiantes que buscan salir adelante y aquellos vinculados al tema del narcotráfico y la delincuencia.

Más allá de estas variantes generacionales del “ser hombre de La Victoria”, llama la atención que si en algo coinciden estas mujeres, es que actualmente todos presentan menos interés -en comparación con ellas- por participar en las distintas organizaciones y sacar a la población adelante. Incluso señalan que la mayoría de los hombres que tenían participación activa durante la dictadura, también se han replegado a sus espacios privados y han abandonado la acción social y política. El interés y compromiso por incrementar los niveles participativos en la población y luchar por el bien generalizado de ella, se instala como la principal diferencia entre hombres y mujeres; de hecho para ellas, la participación masculina aunque existe y es un soporte importante, es básicamente producto del “acarreo” que genera la participación femenina en sus familias y parejas, y por tanto, se describe como mucho más carente de convicción.

“No sé si será distinto. Igual tiene sus cositas. El hombre de La Victoria es empeñoso... pero es más flojo, somos más las mujeres las que participamos en organizaciones, nos movemos. Pero el hombre yo no veo que participe tanto en organizaciones”

(Dirigenta organización social, generación intermedia, 43 años).

“Yo... los encuentro que siguen a las mujeres no más, me refiero a que igual participan bastante, en, igual no sé que más puedo decirte, pero yo siento que a eso cuando siguen a las mujeres que evidentemente igual participan harto, son un sostén un soporte para el tema de las organizaciones de las mujeres y a ellos los encuentro como más desmotivados, más como más centrados un poco en cumplir”

(Participante organización política, generación actual, 28 años).

Las “otras mujeres” constituyen el “otro” diferente importante en la construcción de género de las victorianas. Entre estas “otras” se hace alusión a las mujeres de clases sociales más altas y a otro grupo menos especificado y heterogéneo que es definido simplemente como las “**no victorianas**”.

En ambos casos la principal diferencia entre “las otras” y las victorianas es que para las primeras la participación en organizaciones es un rol más dentro de los otros esenciales que definen el ser mujer.

“Yo siento que no somos tan diferentes a otras mujeres de otros sectores, yo creo que eso es un mito, a lo mejor que el nivel de participación que tenemos es más sensible al mundo social, sí es cierto a lo mejor más conscientes de nuestros derechos, pero conociendo a otras mujeres de otras poblaciones, otras mujeres tan comprometidas como las de La Victoria no somos tan distintas, hay mujeres en otros sectores mucho, muy comprometidas, muy claras de sus derechos y muy cojonudas también entonces no siento que seamos tan diferentes... lo que sí somos peleadoras cuando hay que pelear, somos buenas pa’ discutir y yo creo que el mundo de participación es como una de las tareas más que tenemos las mujeres de La Victoria, es como la familia, el marido, los hijos digamos, el trabajo muchas de ellas y el mundo social, el mundo de la participación, yo creo que eso es como natural, está...y no es así en otros lados”

(Dirigenta organización social, generación intermedia, 46 años)

Esta diferencia se contiene en otra más global, la cual remite al hecho que en La Victoria las mujeres son más libres para opinar, participar, asumir roles masculinos y pelear por lo que creen justo. Incluso señalan que son más libres hasta para denunciar sucesos de violencia doméstica, lo que no implica que ellos no sucedan. Una de las mujeres que no nació en La Victoria, pero vive allí hace varios y que se casó con un victoriano señala:

“Y acá como que me realicé más porque acá como que hay más libertad en esta población, como que tú no soy tan sumisa. Tú puedes tener tu opinión, decidir cosas, si quieres las haces, si quieren te apoyan o no te apoyan... pero igual tú decides las cosas (...) esa libertad se nota por ejemplo en las decisiones que tú tomas. Yo me imagino aquí y allá en el sur en la casa de mis papás que yo hiciera una reunión y dijera a la vecina que hoy vamos a jugar a la pelota entre puras mujeres. Se quedan todas mirando, ‘que eso es de hombres’, ‘qué va a decir mi marido’... y acá tu dices ‘oye chiquillas mañana juguemos a la pelota’, y todas equipadas. Y llegan todas, no están ni ahí. Ahí se notan los cambios”

(Dirigenta de organización social, dueña de casa, sin trayectoria en participación, 29 años).

El hecho que las mujeres se sientan más libres, no implica que efectivamente participen más en organizaciones, sino más bien hace que esta posibilidad sea un escenario factible, o por lo menos, donde el factor machismo no surja como un obstaculizador tan potente para la participación, lo que sí ocurre en otras poblaciones¹³.

2. ¿Cómo son las victorianas?: la relación entre los otros, la cultura y los objetos

Hemos descrito cómo el elemento constitutivo de la identidad -los otros- toma forma concreta entre las mujeres de la población La Victoria. Veamos ahora entonces cómo es que éste se engarza con la cultura y los objetos, y construye una identidad de género particular entre estas mujeres.

Todas las pobladoras coinciden en describir (y autodescribirse) a las victorianas como mujeres valerosas, fuertes, luchadoras, con opinión, con alta conciencia de sus derechos, entre las más nombradas, sin embargo, lo más interesante es que ellas atribuyen estas cualidades a la alta presencia histórica de las mujeres en las organizaciones. La participación en la vida pública de la población surge como un fuerte elemento identitario del ser mujer de La Victoria, condicionando que emerjan varias otras virtudes, como las ya mencionadas.

“Yo creo que la mujer de La Victoria siempre ha participado, en cualquier cosa pero siempre ha participado, eso es como una onda entre mujeres, siempre hemos participado...en la cuadra, en el comité, en cualquier grupo, siempre hemos estado en algo y yo creo que eso a lo mejor nos hace ser más sociables, por lo menos tienen más opinión, yo creo que las mujeres de La Victoria siempre tienen opinión...buena, mala, bien fundamentada o no pero siempre tienen una opinión, a la mujer que tú le preguntes ella te va a decir algo sobre el país, la mujer que está parada en la esquina sin hacer nada, pero ella va a tener una opinión al respecto de algo”

(Dirigenta organización social, generación intermedia).

¹³ Sabitini en un estudio realizado en otra población de Santiago lo identifica como uno de los principales obstaculizadores de la participación femenina: Barrio y Participación: mujeres pobladoras de Santiago, 1995, Sur ediciones.

“Bueno, tiene que ver con la historia, porque además nuestros viejos cuando llegaron a la toma de terreno lo primero que crearon, de las compañeras. O sea había dirigentes hombres y dirigentes mujeres. Y las compañeras eran importantes. Las compañeras organizaban esto, las compañeras, los compañeros organizaban esto otro. Entonces las mujeres fueron involucrándose de siempre a la dirigencia y lo que había después era una cosa natural de que estuvieran las mujeres en la participación y en la organización”

(Dirigente política, generación intermedia).

El que estas mujeres consideren que la participación en el mundo social es uno más de sus roles, es producto de una historia caracterizada por la alta presencia femenina en la lucha social. Dicha presencia ha estado condicionada tanto por el contexto global de participación, como por el local. Hay que recordar que, por un lado, el contexto global condiciona un modelo de ser mujer que determina ciertas motivaciones para la participación; y por otro, que este mismo contexto -no siempre deliberadamente- abre y cierra posibilidades para la actividad social y política para las mujeres, como por ejemplo la excesiva represión masculina del régimen militar, que empujó a las mujeres a asumir puestos de liderazgos en las organizaciones. A esto se suma la propia dinámica del contexto local, que en este caso tiene que ver con la historia de cómo se fundó la población. No hay que olvidar que la relación entre el contexto global y local es siempre dinámica, y que por tanto, el que las mujeres hayan tenido una presencia activa en la etapa fundacional de la población, tampoco es pura casuística y responde también a cuestiones más estructurales definidas en el contexto global.

Así, esta imagen que se ha construido de la mujer victoriana, y que la define por esencia participativa, se funda en el cruce de distintos procesos que de alguna forma han ido configurando un escenario propicio para que eso suceda. Ahora bien, una vez que se ha “naturalizado” como parte del ser mujer de La Victoria, el participar del mundo social y político de la población, esto se empieza a reproducir a través de los diversos mecanismos de socialización que se dispongan. Sin embargo, si bien es un rol que parece totalmente internalizado para estas mujeres, las cuales mayoritariamente cuentan

con antecedentes familiares de participación y tienen una trayectoria en ese sentido, esto no significa que sea así para todas aquellas que viven o nacieron en esta población.

Ser pobladora de La Victoria no implica tener este rol incorporado a su concepción de ser mujer, por el contrario, lo que hemos venido sosteniendo a lo largo de este trabajo, es que aquellas mujeres que han nacido y vivido en esta población (lo que les da una historia e identidad común, que participan y/o han participado en organizaciones sociales y políticas), van consolidando una identidad de género distinta. Ésta no es sólo efecto de su trayectoria personal de participación o sólo producto de la historia de la población, sino más bien, del cruce de ambas variables. Si bien, como hemos visto, la participación favorece cambios emancipadores en la concepción del “ser mujer” y de los roles que ellas asumen, el contenido final que asuma esa nueva identidad depende también de los antecedentes personales de participación, de las condiciones particulares del contexto global y local, y de la interacción entre ellos.

Tenemos entonces dos cuestiones que puntualizar. (1) Este modelo de “ser victoriana” se da principalmente entre las mujeres de la generación intermedia y, hoy, (2) se encuentra tensionado por distintos factores. Respecto del primero, el que se encuentre de manera más importante en la generación intermedia, es debido a que en ella convergen distintos factores que lo facilitan:

1. Para esta generación, la historia y experiencia de la etapa fundacional de la población es más cercana que para la generación actual. La mayoría de ellas son hijas de las mujeres fundadoras de La Victoria y tienen vívidos recuerdos de sus madres participando activamente de las distintas organizaciones y actividades destinadas a suplir carencias materiales y a consolidar la toma. Hay por ende una voluntad de preservar esa memoria colectiva.

2. Esta generación de mujeres respecto de las condiciones estructurales del género, se encuentra justamente en el tránsito entre la escasa oportunidad de la generación fundadora de acceder a educación primaria, secundaria, y superior, y al mercado laboral formal, y las mayores oportunidades de la generación actual. Esto coincide con el debilitamiento -no extinción- del modelo de mujer popular imperante ente la década de los '30 y '60, muy relacionado con el rol de la mujer como encargada exclusivamente de las tareas de reproducción y satisfacción de la unidad doméstica, y el que se comienza a configurar post-crisis del '80, con una mujer mucho más integrada al mundo público en general, aunque por cierto muy limitado e igualmente muy enraizado en la estructura de dominación patriarcal.

3. En estas mujeres, su etapa reconocida como “juventud”, coincide mayoritariamente con los últimos años de la UP y dictadura, período que se caracteriza por una alta participación social en general, donde los pobladores tuvieron una activa participación social y política. En La Victoria, al igual que en otras poblaciones, las mujeres y jóvenes reprodujeron la estructura organizacional existente. En este período, estas mujeres tuvieron una activa participación social, constituyéndose en su principal etapa de aprendizaje como militantes y dirigentes de organizaciones. En esta etapa, y más allá de las diferencias políticas e ideológicas existentes entre las mujeres, había un objetivo común entre ellas que era luchar contra el régimen militar.

Debido a estas mismas condiciones que aquí hemos descrito, es decir, el tránsito del modelo imperante del ser mujer y de las condiciones objetivas para el género, la experiencia de la dictadura y la mayor cercanía con la generación fundadora, hace que para las generaciones actuales el que ellas estén incorporadas al mundo público, y que por lo tanto su participación en el mundo social sea un rol más, se presenta como una condición más propia de las mujeres. Si bien ellas han sido socializadas en una población donde históricamente la participación femenina en organizaciones es bastante activa, lo que incide en su concepción de esta condición, también hay que tener presente

que actualmente existen otras imágenes sociales del “ser mujer”, con mucho más oportunidades de acceder a otros espacios fuera del doméstico, más independientes, con más proyectos personales, etc., lo que también influye en que perciban que la participación en “lo público” ya no es exclusivo para los varones.

Ahora bien, más allá de las diferencias entre generaciones, esta concepción del “ser victoriana” asociada a una mujer luchadora, valerosa y con fuerte presencia en lo público, que es -con sus diferencias- compartido por las distintas mujeres que participan de organizaciones, se encuentra tensionada por dos razones.

Según las mujeres, los conceptos asociados al “ser victoriana”, están hoy en jaque en tres sentidos: El primero, que tiene como foco el desinterés de las mujeres por integrarse a las organizaciones, tensionado, por un lado, por el actual modelo económico y social imperante, en que prima la resolución individual del conflicto, y la reclusión al espacio privado; y por otro, la alta presencia del narcotráfico en la población. Esto produce, además del miedo a participar en organizaciones -pues esta se asocia como una instancia de lucha, oposición y denuncia ante dicha presencia-, un aumento en el porcentaje de adictos en La Victoria, entre los que la participación en organizaciones no genera ningún tipo de interés. El segundo sentido, es que a este modelo de ser victoriana se opone otro, que se alza como un retroceso de los logros alcanzados en temas de género. Se señala que entre “el hombre narcotraficante” prevalece un modelo de mujer-objeto, muy recluida al espacio doméstico y sometida a constantes agresiones físicas. El tercer, y último sentido, tiene como foco los propios cambios estructurales que afectan este modelo de ser victoriana, entendiendo que si bien hoy las mujeres tienen más oportunidades de estudiar, o ingresar al mercado laboral, esto implica menos tiempo disponible para participar de las organizaciones.

Más allá de las tensiones y amenazas que enfrenta el modelo de mujer victoriana en esta población, manifiestan que son ellas mismas, en alguna medida, las responsables de

revertir esta situación. Ancladas en la identidad de género que han ido forjando, surge como un deber ser el organizarse y emprender acciones para mejorar la situación actual de la población. La responsabilidad por el entorno inmediato, por la drogadicción, por el futuro de los jóvenes y niños, sigue siendo un tema más sensible para mujeres que hombres. Si bien entonces en estas mujeres se observa como algo natural el participar del espacio público, y se evidencia un avance en el lugar desde el cual ellas participan, asumiendo progresivamente más cargos de poder y liderazgo, también se observa que por otro lado se sigue reproduciendo un modelo en que los temas del barrio siguen siendo de exclusividad femenina. Hay avances respecto a los roles y estancamiento respecto de los contenidos.

Cabe destacar que entre las mujeres que tienen más trayectoria de participación en diversos tipos de organizaciones, se observa la necesidad de ampliar el espectro de preocupaciones femeninas, y surge la necesidad de trabajar con las mujeres para, por un lado, formarlas políticamente, y que se involucren en las problemáticas más globales de la sociedad, y por otro, para generar instancias para repensarse como mujeres. Si bien podríamos decir que en esta población las mujeres han tensionado el modelo imperante de la condición femenina, ocupando cargos y roles que han sido tradicionalmente asignados para los hombres, también es cierto que, tal como señala una dirigente, aún no se han generado las instancias para pensarse como mujeres desde aquí, para reconstruir en conjunto un ser mujer pobladora de La Victoria. Esta imagen de victoriana luchadora, valerosa, y activa participante del mundo social, estaría más asentada en el imaginario colectivo, que en las prácticas mismas.

“Yo creo que deberíamos, a ver si yo lo miro por mi organización, yo creo que nosotras como organización tenemos que meter el tema de género mucho más como dentro de La Victoria y estamos trabajando pero más afuera de La Victoria y siento que dejamos un espacio ahí eh...y yo siento que a pesar que hay una identidad social fuerte, siento que las mujeres nos hace falta mirarnos como mujeres, tener mucha más conciencia de la situación que vivimos como mujeres y eso se lo digo porque siento que nosotras mismas como organización tampoco hemos ahondado mucho en la situación de las mujeres ahora en La Victoria más

que lo que uno podría captar a nivel como de que lo que uno vive, de tu grupo más cercano, yo no podría decirte las mujeres de La Victoria...yo no tengo como esa perspectiva, yo creo que nos hace falta hacer eso, eso como encontrarnos como mujeres de La Victoria, creo que hemos ido perdiendo porque no veo más dirigentes, o sea no veo mujeres líderes en este momento, porque las que habemos, que somos las más jóvenes, no son ni tan jóvenes y las mas jóvenes no están ni ahí entonces creo que hace falta más, hace falta profundizar con las chiquillas más jóvenes, hace falta un trato de jóvenes con las mujeres más jóvenes, pero no sé cómo, ahí no sé cómo”

(Dirigenta organización social, generación intermedia, 46 años).

El ser mujer de La Victoria, todavía permanece muy subsumido dentro del ser victoriano en general. De hecho, en la generación de mujeres más jóvenes, si bien también surge en sus discursos la importancia que la mujer ha tenido en la historia de la población, en ellas la consciencia de género es bastante más débil que en las mujeres de la generación intermedia. En esto influyen algunas condiciones objetivas para las mujeres, que han ido cambiando favorablemente en algunas aspectos, ya que se ha ido perdiendo la memoria colectiva que tiene gran peso entre la generación intermedia. Siguiendo esta línea, no nos pareció casual que al preguntarles a las mujeres: ¿qué ha sido más difícil para ellas, ser mujer o pobladora de La Victoria?, la mayoría de las mujeres de la generación intermedia y fundadora señalaron la primera opción, y las más jóvenes la segunda.

Para la primera generación, el ser mujer estaba acotado a su espacio doméstico, a sus parejas y sus hijos; para la segunda, si bien se habían abierto algunos espacios, todavía éstos eran muy limitados, y aunque el modelo en que se formaron sus madres se había flexibilizado un poco, aún, como ellas mismas señalan, era “muy rígido y machista”. Las condiciones de género eran entonces bastante menos favorables que para la generación actual, en la cual pesan más las condiciones que surgen de la desigualdad de clase que las de género. Las generaciones más jóvenes se muestran más reconciliadas con su identidad de género, a diferencia de las otras, donde ser mujer era un problema.

Al tema del cambio de oportunidades de las mujeres, hay que agregar el hecho que la población tampoco es la misma del período de la dictadura o “la toma”, donde para

muchos era vista como un ícono de resistencia y lucha social. Ahora se ha construido una imagen de La Victoria como cuna de narcotraficantes y delincuentes. Así, para las mujeres de la generación intermedia, ser de La Victoria se convierte en un valor, y para las generaciones más jóvenes un conflicto, en el sentido que aunque se sienten orgullosas de la historia de su población, también sienten más fuerte el estigma social que actualmente significa ser de esta población.

“Ser mujer, porque me ha costado entender porque las diferencias con los hombres, en mi época, cuando yo era más chica era evidente las diferencias, no teníamos muchas oportunidades, era una cosa más rígida para nosotras, teníamos que ser más sumisas, era una época muy castrante, donde las mujeres como que no teníamos los mismo derechos, a mí me ha costado lidiar con eso. En cambio ser pobladora es algo que a mí me libera, porque me siento orgullosa, me gusta ser victoriana, eso nunca ha sido una carga”

(Dirigenta organización social, generación intermedia, 48 años).

“Por las complicaciones económicas, porque nadie que vive aquí tiene plata, entonces es más complicado ser poblador de La Victoria, y luchar constantemente contra la delincuencia, las drogas que hay, la falta de oportunidades y todo ese tipo de cosas. Hay un estigma de que tú sales para otro lado y ‘ah, es que las poblaciones y la cuestión y todo’ entonces tú sales y dices ‘oye, yo soy de La Victoria’, y yo lo he hecho y me encanta, porque la gente de repente esta hablando mucha tontera, y yo digo ‘yo soy de La Victoria y no toda la gente que vive ahí, es así como tú dices’, entonces igual quedas como mal... Y creo que eso igual es difícil, para trabajar, para ese tipo de cosas, a veces es un pero. En cambio ser mujer a mí me gusta.

Si hubiese sido hombre yo hubiese sido gay. Me gusta, creo que, hasta ahora he sentido más lo otro que el ser mujer”

(Participante organización social, generación actual, 22 años).

Debido a la estigmatización negativa que se ha construido de La Victoria, la generación de mujeres jóvenes tiene sentimientos encontrados con ella. A pesar que se sienten comprometidas con el futuro de este lugar y orgullosas de su historia, la mayoría manifiesta no estar seguras de querer quedarse ahí. Conscientes que han tenido más oportunidades que las generaciones anteriores, señalan querer devolverlo a su población, sin embargo, no están convencidas de seguir viviendo en ese entorno y criar a sus hijos

(las que tienen o tendrán) ahí. Esto, a diferencia de las generaciones fundadoras e intermedias, las cuales manifiestan que a pesar de la situación conflictiva que vive la población, jamás van a dejar La Victoria.

“Una parte de mí se quiere quedar por la historia, porque aquí llegaron mis abuelos desde el comienzo. Me gusta porque en comparación con otros lugares, hay harta participación. Pero igual, por el tema del narcotráfico, de la droga y eso, no me gustaría que mi hijo tuviera eso tan cercano. Igual aquí se tratan mal y quizás mi hijo va a pensar que eso es lo normal, que ande drogado. Y no es así y por eso me gustaría irme, pero siempre voy a tener la vinculación y un romanticismo porque aquí nací yo, mis abuelos, mis papás y me gusta la historia de la gente tan luchadora de acá”

(Participante organización social, generación actual, 18 años).

“Que tenemos una identidad propia, que pertenecemos a este lugar. Yo tengo casa afuera pero jamás he vivido. Yo jamás he ido. Esa casa estuvo abandonada como tres años y nunca he podido irme”

(Dirigenta organización social, generación intermedia, 47 años).

En la generación fundadora e intermedia observamos que en la negativa de abandonar la población surge con bastante la fuerza la idea de no “entregarla a los narcotraficantes”, existe un sentido de propiedad muy fuerte sobre “La población”. En ella se materializan las luchas personales y colectivas de los pobladores, es un lugar determinado geográficamente, que fue “tomado” y en el cual las familias construyeron con su propio trabajo, sus casas, la plaza, las escuelas, calles, etc.; y que después en dictadura defendieron de “los milicos”. “La población” entonces, siguiendo a Larraín, se constituye en un elemento identitario del ser victoriana, en tanto objeto material: “Las cosas materiales hacen pretender o dan sentido de pertenencia en una comunidad deseada. En esta medida ellas contribuyen a modelar las identidades personales al simbolizar una identidad colectiva o cultural a la cual se quiere acceder” (2001:28).

“Nos sentimos parte y dueños del territorio que ganamos, yo creo que es súper importante. Yo soy diferente, soy dueña de una historia, llevo una historia detrás. Entonces al reconocer el lugar de donde uno viene que tiene su historia

me parece súper importante”(Dirigenta política, generación intermedia, 54 años).

Ahora bien, tal como vemos en esta cita, “la población” no sólo representa el logro material de lucha social, sino también se alza como un espacio simbólico que contiene una historia, y un imaginario de cómo es un o una victoriana. Entre lo material y lo simbólico se establece una relación dialéctica que configura el contexto cultural propio en que se configura determinada identidad, la cultura.

La cultura es aquello que permite identificarnos con ciertas cualidades grupales. En este caso la identidad de género se construye sobre una identidad cultural común que es “ser victoriano/a”. Más allá de todas las tensiones a las que se ve expuesta la identidad de género que han construido estas mujeres, existe una cultura que favorece el que ellas mismas y los otros las perciban como sujetas sociales participativas, solidarias, luchadoras e involucradas en las demandas colectivas. Independiente o no que esta cultura se modifique, pues ninguno de los elementos constitutivos de la identidad: los otros, la cultura y los objetos, son estáticos, sino van tomando diversas formas según los diversos procesos, sociales, políticos y económicos que se suceden, para ellas existe un “piso común”, una identidad cultural común, la cual contiene a su identidad de género. En la identidad del victoriano, se destaca el sentirse actores sociales que han cambiado el curso de su propia historia y del país, y en ello el componente organizativo se destaca como el elemento central. Más allá de la droga, la delincuencia, y los diversos fenómenos que enfrenta hoy la población, estos se entienden como hechos contingentes, que por más que deformen en cierta medida el “ser victoriano/a”, no cambian su raíz estructural, la que sigue siendo innegable.

“Yo creo que si, a pesar de los prejuicios, a pesar de la estigmatización de La Victoria, yo creo que igual la gente siente importante la historia de ella... aparte que ese es tu valor, porque si tu miras La Victoria ahora, a lo mejor hay muchas cosas que te dicen no, vivir en La Victoria no, la cosa de la droga, muchas veces ponte tú cuando paseamos por La Victoria uno escuchan como conversan y digo: cada vez hablan peor las chiquillas, cada vez se habla peor, pero si tú

miras para atrás, el valor de la historia de la toma, eso te hace sentir una identidad súper fuerte, ese es tú valor, en el fondo tú valor ya no es ni siquiera tu nivel cultural o lo que estay haciendo ahora sino que tú valor se hace cuando tú tienes como súper bien tu identidad y tu identidad está en recordar que tus raíces son súper fuertes, que son importantes, que tienes un valor histórico (...) de ese valor es la historia, nuestras raíces, da una seguridad de cómo pisar la tierra, el saber cuáles son tus raíces, de dónde vienes, a lo mejor la raíz no es la de más linaje ni la de más pedegree pero es súper importante, ha sido súper fuerte, entonces eso yo creo que igual se sigue transmitiendo a los más jóvenes, yo creo que eso sí, eso de todas maneras, a lo mejor con los años nos hemos ido olvidando de algunas cosas de repente no somos ni tan solidarios ni tan comunitarios como antes pero yo creo que igual a la hora de los qué hubo si hay un apretón a nivel social yo sé que La Victoria se va a organizar, como sea, pero se va a organizar, porque está en ellos, está en nuestros genes digamos...”
(Dirigenta organización social).

Hemos visto a lo largo de todo este documento cómo la experiencia participativa de las mujeres ha ido generando diversos tipos de efectos, los cuales a su vez han incidido en los elementos constitutivos de una identidad de género construida por estas mujeres.

Cómo “los otros” ven a estas mujeres, cómo ellas se perciben distintas, tanto a los mismos hombres de la población como a otras mujeres, sumado a la “cultura de La Victoria” que hemos descrito y el sentido de pertenencia que tienen ellas con la población, ha configurado un “ser victoriana” en que las mujeres ya no sólo se autoperciben como dueñas de casa, esposas y madres abnegadas, dedicadas por completo al espacio doméstico, sino también como “dueñas de su población”, responsables y capaces de dirigir el “nuevo despertar de La Victoria”. Ahora bien, como vimos, este “ser victoriana” es un proceso que se encuentra en constante construcción pues no escapa a los cambios globales que vive la sociedad, ni a cómo ellos van tomando forma en su población.

Lo que implica que no existe una sola identidad de género, sino “identidades en construcción”, y la que aquí hemos presentado es una de ellas.

Capítulo V

Conclusiones

La participación socio-política de las pobladoras de La Victoria ha logrado generar diversos cambios, tanto en la naturaleza de ésta como en las motivaciones y roles que asumen en las organizaciones, mejora de su autoestima y realización personal, conocimientos y habilidades sociales, capacidades de liderazgo, desarrollo de mayor interés por las problemáticas globales y modificación de los patrones de socialización, todos aspectos que directa o indirectamente han incidido en cierta identidad de género que estas mujeres han construido.

El que la participación pueda incidir en la identidad de género se debe a que ésta no es estática, y presenta variabilidad dependiendo de las diversas situaciones sociales y culturales en que se socialice. Si bien entonces, es posible considerar que existe una identidad de género compartida por todas las mujeres -una condición histórica común- también es cierto que el *¿qué es ser mujer?* es un proceso que está en permanente de- y re-construcción.

Lo que son, deben ser y hacer las mujeres, son procesos que han sido construidos y reproducidos socialmente por mecanismos que en muchos casos se presentan de forma totalmente naturalizados, y que por tanto actúan de manera inconsciente; sin embargo también es cierto que es justamente esta condición de ser una construcción social lo que abre la posibilidad de cambiarlo, modificarlo y deconstruirlo. De lo contrario, quienes somos portadoras de esta condición estaríamos condenadas a este determinismo, y pasaríamos a ser sujetas a-históricas y a-sociales; pensar que es posible que la sociedad cambie y las mujeres no, es reforzar la creencia patriarcal que trata de hacer como si la condición femenina fuera “natural”. (Lagarde 1990).

No obstante lo anterior, la posibilidad producir cambios en la identidad de género es un proceso complejo, pues los parámetros de la condición femenina y masculina, están totalmente arraigados e incorporados en los sujetos; como diría Bourdieu (2000), se experimentan como “programas sociales naturalizados”, en los cuales no basta la mera voluntad y conciencia de dicha condición para modificarla. Lo que se ha venido sosteniendo a lo largo de este texto es que lo que sucede, más bien es, que se entrecruzan diversos procesos y fenómenos sociales y personales que van haciendo posible el transformar lo que es ser mujer, y que dentro de esto la experiencia participativa puede constituirse en un elemento importante.

De este modo, el que la participación pueda constituirse en un factor transformador de una identidad de género, distinta a la imperante, no depende de esta por sí sola; ni tampoco significa que *necesariamente* incida *siempre* en la configuración de una condición femenina más emancipada, autónoma y con más presencia en espacios de los cuales las mujeres han sido tradicionalmente excluidas. Es decir, no hay que naturalizar ni esencializar a la participación como gestora, de por sí, de cambios en la construcción de las identidades de género.

Las investigaciones acerca de mujeres pobladoras realizadas durante los ‘80 en el país mostraban como los espacios que la cultura les asignaba en conjunto de relaciones sociales, y en los cuales su presencia era requerida para el “normal” funcionamiento de la sociedad y que les permitían dar sentido a sus vidas, y organizar sus prácticas cotidianas, eran tres: ser madre, esposa y dueña de casa. Esta trilogía de posiciones sociales conformaban el “proyecto” que la cultura asignaba a las pobladoras y que definía el marco de reproducción de sus relaciones sociales (Valdés, 1987).

Así, a través de esta investigación de mujeres en la Población La Victoria, se muestra que aunque la experiencia participativa haya facilitado en ellas la construcción de una concepción de “ser mujer” con variaciones a la que desde la investigación social solía describirse a las pobladoras, en tanto mujeres que viven fuertemente la subordinación al

espacio privado, con muchas resistencias -sobre todo masculinas- para participar de “lo público” y con muy pocos ámbitos de realización personal más allá del ser madres, esposas y dueñas de casa, no sólo ha sido un efecto de ella, sino de una suma de factores que han posibilitado que se convierta en un elemento que, dada ciertas condiciones, pueda generar procesos de transformación.

En este sentido, en esta población se han dado diversos procesos que hacen que la participación encuentre un escenario más propicio para actuar en su faceta transformadora. Uno de ellos se refiere a la propia historia, que se estructura desde los orígenes de esta población, la cual ha configurado un marco, podríamos decir, sobre la cual se ha forjado una identidad del ser poblador y pobladora de La Victoria. Se resaltan como rasgos identitario comunes el sentirse sujetas y sujetos de la historia, los cuales con sus acciones pueden influir sobre la realidad social, y donde -fruto de la organización- puedan transformar sus condiciones de vida material e inmaterial. El nacer en esta población se manifiesta como el nacer en una cultura distinta, donde hay códigos, relaciones sociales, símbolos, ritos y valoraciones distintas a las de otros lugares; más allá de ser pobres, pobladoras, son victorianas (os).

El ser victoriano o victoriana se vivencia como algo “que se lleva en la sangre, en los genes” y que aunque, como es actualmente, esta identidad que han construido se encuentre en tensión debido al problema del narcotráfico, o del “bombardeo” del modelo imperante que tiende a desintegrarla, hay una base común que trasciende. En “la cultura” de los y las victorianas la participación femenina en la “vida pública” de la población se presenta como algo cotidiano. Las mujeres participaron durante el período fundacional, realizando desde labores de resistencia al desalojo hasta construcción de la obra gruesa de la población, y organizándose para suplir carencias básicas, como alimentación. En el periodo de lucha antidictatorial se organizaron a través de distintas organizaciones (de sobrevivencia económica e infantiles), participaron además de jornadas de protestas y ocuparon cargos dirigenciales que antes eran exclusivos para los varones, y

desarrollaron diversas acciones y estrategias de protección para evitar allanamientos. Post dictadura, fueron ellas junto con los y las jóvenes quienes nuevamente comenzaron a reactivar la organización social en la población, fuertemente motivadas por la necesidad afectiva de reestablecer los vínculos rotos en la etapa anterior y de encontrar espacios de acogida para intentar reparar los daños sociales, morales y incluso físicos que había dejado el régimen militar.

Así entonces, que la participación femenina se presente como algo cotidiano, es una construcción que no es fruto de la imaginación sino se levanta a partir de hechos concretos que se han sucedido en la población; es decir, que el hecho que en esta cultura se haga “más natural” el que las mujeres tengan más presencia en la vida pública se debe a que, efectivamente, ellas han tenido una activa y decisiva presencia.

Además de esta cultura, hay un contexto global y local que condiciona que el efecto que tiene la participación socio-política de las mujeres en su identidad de género, tenga mayor o menor incidencia. Antes de explicar esto, es necesario relevar el hecho que aunque existe una interacción mutua y constante entre el contexto global y lo local; “lo local” también presenta particularidades específicas que lo distinguen de lo global.

La participación de las mujeres ha tenido mucho más impacto en su construcción de identidad de género de quienes, o bien pertenecen a generaciones donde las oportunidades de desarrollo para las mujeres eran bastante escasas y pesaba de forma más significativa un modelo de ser mujer “esposa y madre abnegada” (generación fundadora), o entre aquellas mujeres que, además de experimentar el tránsito de esta generación a una con un poco más de oportunidades, el propio contexto político de la dictadura abrió posibilidades a que ellas comenzaran a asumir cargos en las dirigencias de las organizaciones (generación intermedia).

Recalcamos esto porque, si bien existía un contexto global de quiebre del régimen constitucional y represión política que afectaba a todo el país, esto no necesariamente se transformaba en un facilitador para la participación femenina. Probablemente en comunas, poblaciones o barrios, donde la participación fuera escasa, la represión no tan generalizada, y la crisis económica que vivía el país no impactara de forma tan violenta, y que por tanto, no se produjese la necesidad de organizarse ya que no existía ninguna estructura organizacional que mantener, ni necesidad de articular un tejido social para protegerse, ni tampoco buscar soluciones colectivas para enfrentar la crisis, las mujeres tendrían menos motivos para participar.

Acentuamos en cómo el contexto global y local condicionan la intensidad de los efectos de la participación respecto de la construcción de identidad de género, porque del mismo modo que produce mayor impacto en las generaciones fundadoras e intermedias, vemos que en la generación actual -si bien también inciden en construir una concepción de mujer más autónoma, independiente y con mayor presencia pública- ésta se da en un contexto donde las condiciones de accesos a otros espacios más allá del hogar -aunque todavía quede mucho por hacer- han mejorado para las mujeres. En la generación actual, lo que produce más bien la participación es un efecto de reforzar la concepción de mujer que han venido construyendo las generaciones anteriores. Es importante recalcar este hecho, básicamente por dos cosas:

La primera, por que si bien, como señalan las mujeres, actualmente, la concepción de “ser mujer victoriana” aquí descrita se ve amenazada por diversos factores (provocando una suerte de retroceso respecto de la autonomía lograda), el fomentar y generar nuevas instancias de participación de y para las mujeres puede ser una herramienta efectiva para consolidar los avances ya conseguidos.

La segunda, porque por otro lado es necesario recalcar que si bien la participación puede tener efectos positivos en las mujeres -lo que a su vez tiende a favorecer la construcción

de una identidad de género más desapegada del modelo patriarcal, pues mejora el cómo se ven a sí mismas y por tanto como las ven “los otros” (sobre todo los hombres) -, también hay que tener claridad que esta en ningún caso reemplaza la necesidad de que se desarrollen una serie de políticas y reformas integrales tendientes a mejorar la situación global de las mujeres.

Con esto queremos decir que, en términos de políticas públicas, no sólo es importante implementar -por ejemplo en comunidades más carentes- programas sociales tendientes a fomentar la participación social y política de las mujeres, sino que además hay que asegurar y mejorar su inserción al mercado laboral, educación superior y otros ámbitos; la participación de estas mujeres en su comunidad, población, comuna, no es suficiente para provocar cambios en su identidad de género, no hay ni que subestimar ni sobrestimar los efectos de la participación en este aspecto. Señalamos esto porque como ya mencionamos, los parámetros de la condición femenina y masculina, impuestas por el modelo patriarcal están fuertemente arraigados e incorporados en los sujetos (os), y por tanto se requiere más que una tradición de participación femenina en “lo público” (como pasa en la Victoria) para cambiarlo.

De este modo, es como vemos en La Victoria, que si bien la participación ha logrado ir incidiendo positivamente en una nueva concepción de la condición femenina, con nuevos roles que tensionan en algunos ámbitos “el ser mujer” definido por el modelo patriarcal, éste aún sigue fuertemente arraigado. Un ejemplo claro de esto es que aún prima, en la mayoría de ellas, la idea que la política sigue siendo para hombres; se sienten incómodas y no les gustan las formas y lógicas que predominan en ella, sin embargo ante esto no se observa una actitud que intente cambiarla e ingresar y transformar estos espacios - y las que ingresan sienten que tienden a masculinizarse para validarse -; lo que se da, más bien, es que tienden automarginarse.

Ahora bien, aquí surge un elemento interesante; ante esa automarginación crean un espacio propio de acción, “*la población*”, el espacio local (y público) se constituye en el espacio de las mujeres. Ellas gradualmente se han ido apropiando de este espacio, tanto así que hoy la participación masculina es bastante menos visible que antaño. Si bien a primera vista esto puede ser leído como un cambio positivo, en el sentido que del hogar pasen al barrio y ya no sea sólo el primero “su lugar”, se debe tener cautela al analizar este fenómeno, pues esto a su vez puede provocar que se naturalice “lo local” como lo propio de la mujer y seguir dejando “lo global” -aquello donde se define el curso de la sociedad- en manos masculinas. Ante ello hay que pensar formas de cómo potenciar que este paso de lo doméstico al barrio se replique, pero que ésta vez vaya del barrio a la sociedad.

Esto que acabamos de señalar es de suma importancia, pues implica que la participación social y política de las mujeres, su actuación “pública”, si bien genera mejoras en el autoconcepto de las mujeres, produce un cambio de roles y una concepción distinta del ser mujer que en último término incide favorablemente en la construcción de una nueva identidad de género, no implica que ella forje de forma automática una conciencia política de género; es decir, que la participación puede incidir en la construcción de una identidad de género distinta no implica necesariamente que ésta sea una participación con contenidos feministas.

Se observa que los contenidos feministas sólo han surgido de forma incipiente, y que aún los temas, preocupaciones y motivaciones de las mujeres siguen siendo principalmente los temas de “otros”, lo que refuerza como condición genérica el que como señala Lagarde (1990), la mujer como ser social y cultural siga siendo un ser-para y de los-otros y no para-sí-mismas. En este último sentido, quienes podrían facilitar este proceso son aquellas mujeres que llevan más años de trayectoria en participación y quienes tienen experiencia en grupos de mujeres; ahí se observa un nicho que sobre el cual es posible avanzar en esta dirección. Señalamos esto porque son entre estas

mujeres en quienes se observa van surgiendo motivaciones distintas a la preocupación “por otros”, sean estos el barrio, los jóvenes, los niños, los narcotraficantes; en ellas también comienza a presentarse como motor de la participación temas que tienen que ver con cuestionarse y modificar la condición femenina, cómo formar a la mujeres que participen con más conocimientos de la vida cívica, o que participen porque la recreación y el tener un espacio propio es un derecho, entre otras. En este sentido, pensando que estas mujeres reconocen que en temas de género ha sido difícil encontrar puentes con las generaciones más jóvenes, sería interesante pensar actividades que estas mismas mujeres desarrollan en la escuela y liceo de la población, o tratando de visibilizar su trabajo en La Victoria a través de campañas de información y formación.

Quisiéramos agregar un elemento más referido a la distinción que sigue primando entre las mujeres respecto de lo local como espacio propiamente femenino, y su vinculación con los tipos de liderazgos femeninos. Según vimos, la diferenciación con los hombres no sólo se da respecto del espacio privilegiado de acción de cada uno, sino también en cómo se lleva la organización. Así, las mujeres más cercanas a las problemáticas locales se auto-conciben como mucho menos burocráticas, más tendientes a llegar a acuerdos y a escuchar antes de imponer sus opiniones, que son capaces de abarcar los problemas de forma más global y ser más empáticas con las necesidades de los otros. Si bien estas concepciones en cierto sentido tienden a naturalizar a las mujeres como ser de y para otros, también habría que considerar el hecho, que visto de otro punto de vista, podrían usarse a favor de la reactivación del mundo organizacional de la población y de consolidación de liderazgos femeninos.

La Victoria, aunque actualmente sigue presentando un activo organizacional mayor que otras poblaciones de su comuna y probablemente de otros lugares, también es cierto que, tal como señalan las mujeres, hay menos organizaciones que antes, las que existen trabajan de forma desarticulada, y no han logrado integrar de forma masiva a las mujeres más jóvenes de la población. Si tal como señalan estas mujeres, existe en ellas una forma

de liderazgo distinto -el cual ya hemos descrito- quizás no sea tan nefasto ocupar la diferencia a favor, y liderar este proceso que ellas han llamado “el despertar de La Victoria”. Si las problemáticas locales (la droga, la delincuencia, “las preocupaciones locales”) son las temáticas que adquieren mayor relevancia de intervención hoy en la población, las cuales se consideran más femeninas que masculinas, tal vez se convierta en una posibilidad de que las mujeres lideren este proceso y consoliden su presencia en lo público, creándose así un espacio femenino en lo masculino.

Sin embargo, también creemos que para que este pueda convertirse en un proceso favorable para las mujeres, es necesario que éstas re-construyan en un acto reflexivo, lo que (valga la redundancia) han construido, lo que han dejado de ser, lo que son y lo que quieren ser, porque tal como señala J. Kirkwood, un grupo oprimido sólo se vuelve sujeto de su contracultura cuando ha tomado conciencia de sí. Ahora bien, podríamos agregar a lo que señala esta autora que no sólo se requiere del acto consciente para transformarse en contracultura, sino que como toda cultura, para consolidarse también debe producir y crear sus propios ritos, lugares de memoria, relatos, en definitiva, sus propios “productos culturales”.

Nos queda agregar una última reflexión referida al tema de la identidad. Si bien hemos hecho referencia aquí a “una” determinada identidad que han ido construyendo estas mujeres, también mostramos que el “ser mujer de La Victoria” no es un hecho simbólico de una total heterogeneidad. Al decir esto queremos relevar, por un lado, que la oposición hombre/mujer no es el único aspecto a considerarse en esta construcción, pues, como señala Butler (2007), en ella se mezclan otras “especificidades”, y por otro, que a través de la participación es posible que las mujeres vayan re-construyendo, cuestionando y enfrentándose a su identidad de género asignada socio-culturalmente.

Bibliografía

- 1) ANDRÉU, Jaime. 2000. Las técnicas de análisis de contenido. Una revisión actualizada [en línea].
<http://public.centrodeestudiosandaluces.es/pdfs/S200103.pdf> [consulta 20 de Agosto 2009].
- 2) BAÑO, Rodrigo. 1998. Participación ciudadana: elementos conceptuales [en línea]. En: CORREA E. y NOÉ M. (Eds.). Nociones de una ciudadanía que crece. Flacso-Chile. pp 15-37. www.flacso.cl [consulta 25 Abril 2009].
- 3) BAÑO, Rodrigo. 1985. Lo social y lo político. Stgo de Chile, Ediciones FLACSO.
- 4) BOURDIEU, Pierre. 2000. La dominación masculina. Barcelona, Ediciones Anagrama.
- 5) BUTLER, Judith. 2007. El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad. 2ª Ed. Barcelona, Editorial PAIDÓS.
- 6) CALDEIRA, Teresa. 1987. Mujeres, Cotidianidad y Política. En: JELIN, E. (Comp.). Ciudadanía e identidad: las mujeres en los movimientos sociales latino-americanos. Ginebra, UNRISD. pp 75-128.
- 7) CAMPERO, Guillermo. 1987. Entre la sobrevivencia y la acción política: Las organizaciones de pobladores en Santiago. Stgo de Chile, Ediciones ILET.
- 8) CEPAL. 1984. La mujer en el sector popular urbano. Stgo de Chile, PNUD.

- 9) DI LISCIA, María. 2007. Género y Memorias. Aljaba (Luján) Vol.11, pp.141-166.
http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S166957042007000100007&lng=es&nrm=iso. [consulta 5 Diciembre 2008].
- 10) DUNEZAT, Xavier.2006. Luchas dentro de la lucha: Acción colectiva y relaciones sociales de sexo. En: Revista Política, otoño, N° 46, Universidad de Chile, Stgo de Chile. pp..227-249.
- 11) DOÑA, Karina. 2005. Liderazgo femenino: ¿Mito o realidad? [en línea] En: Agenda Pública / Año IV, N° 5, Diciembre 2004 / Enero 2005, Universidad de Chile, Stgo. de Chile.
http://www.agendapublica.uchile.cl/n5/2_dona.html. [consulta 16 Julio 2009].
- 12) ESPINOZA, Vicente. 2003. Pobladores, participación social y ciudadanía. En: Revista Propositiones N° 22. Agosto, Santiago. Ediciones SUR. pp. 21-53.
- 13) FASSLER, Clara. 2004. Desarrollo y participación política de las mujeres [en línea]. En: III Conferencia Internacional de la Red de Estudios sobre el Desarrollo Celso Furtado.
http://www.ie.ufrj.br/celsofurtado/pdfs/desarrollo_y_participacion_politica_de_las_mujeres.pdf.
- 14) FUENTES, Marta. 1992. Feminismos y movimientos populares de mujeres en América Latina. En: Revista Nueva Sociedad, N° 18 Marzo-Abril. pp 55-60.
- 15) GAÍNZA, Álvaro. 2006. La entrevista en profundidad individual. En: CANALES, M. (Comp.). Metodologías de Investigación Social, Stgo de Chile, LOM Ediciones. pp 219-264.

- 16) GARCÍA DE LEÓN, M.1994. Élités discriminadas (sobre el poder de las mujeres). Barcelona, Editorial Anthropos
- 17) GARRETÓN, Manuel. 1990. Espacio público, mundo político y participación de la mujer en Chile. Documento de trabajo Flacso-Programa Chile, Serie Estudios Sociales N° 2, Stgo de Chile.
- 18) GRUPO DE TRABAJO DE LA VICTORIA. 2006. La Victoria: rescatando su historia. Santiago de Chile, Editorial Arcis.
- 19) JELIN, Elizabeth. 1987. Ciudadanía e identidad: las mujeres en los movimientos sociales latino-americanos. Ginebra, UNRISD.
- 20) KERLINGER, F. 1983. Investigación del comportamiento. Técnicas y Metodologías. México, Nueva Editorial Interamericana.
- 21) KIRKWOOD, Julieta. 1990. Ser Política en Chile. 2a ed. Santiago de Chile, Editorial Cuarto Propio.
- 22) LAGARDE, Marcela. 1990. La identidad femenina [en línea]. http://www.iidh.ed.cr/comunidades/derechosmujer/docs/dm_enlinea/Identidad%20femenina%20174.pdf. [consultado 10 Marzo 2009].
- 23) LARRAÍN, Jorge. 2001. La identidad chilena. Stgo de Chile, LOM Ediciones.
- 24) LAMADRID, Silvia. 2008. ¿A dónde van los cambios de la relaciones de género en Chile?. Trabajo presentado para examen de suficiencia en el Doctorado en Historia, Fac. de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile. [no publicado].

- 25) MASSOLO, Alejandra. 2003. Espacio local y las mujeres: Pobreza, participación y empoderamiento [en línea].
<http://www.redelaldia.org/IMG/pdf/EspacioLocalMujeres.pdf>. [consultado 25 Julio 2009].
- 26) MILLÁN, Margarita. 2006. Participación Política de mujeres indígenas en América Latina: El movimiento Zapatista en México. Santo Domingo, República Dominicana, INSTRAW.
- 27) SABATINI, Francisco. 1995. Barrio y participación: mujeres pobladoras de Santiago. Colección estudios urbano. Stgo de Chile, Ediciones SUR.
- 28) STRAUSS, Anselm y CORBIN, Juliet. 2002. Bases de la investigación cualitativa, parte 13. Editorial Universidad de Antioquia.
- 29) VALDÉS, Teresa. 1987. Ser mujer en sectores populares urbanos, En: VALDÉS, T. et al. Espacio y poder, Los pobladores. Stgo de Chile, FLACSO.
- 30) VALDÉS, Teresa. 2000. De lo social a lo político. La acción de las mujeres Latinoamericanas. Stgo de Chile, LOM Ediciones.
- 31) VALDÉS, Teresa y FERNÁNDEZ, M de los Ángeles. 2006. Género y Política: un análisis pertinente. En: Revista Política, N° 46, otoño, Stgo de Chile, Universidad de Chile. pp. 9-23.
- 32) WEBER, Max. 1992. Economía y Sociedad: esbozo de sociología comprensiva. 1a parte, Mexico, Fondo de Cultura Económica.

Paginas Web

- 1) Entrevista a Mario Garcés, 19 Julio 2006.
www.voltairenet.org/article141723.html. [consultado 15 Mayo 2009].

- 2) www.pedroaguirrecerda.cl. [consultado 31 Julio 2009].